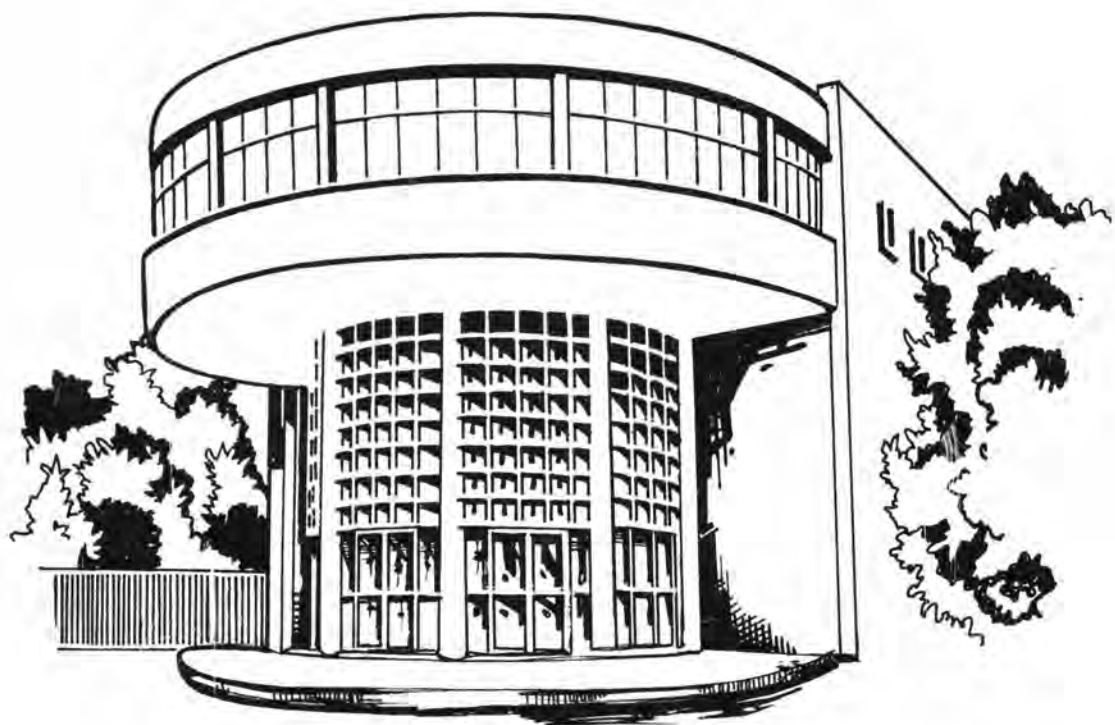


UNIVERSIDAD AUTONOMA DE COAHUILA

---

**HISTORIA DEL HOSPITAL  
UNIVERSITARIO DE SALTILLO  
1951 - 1991**

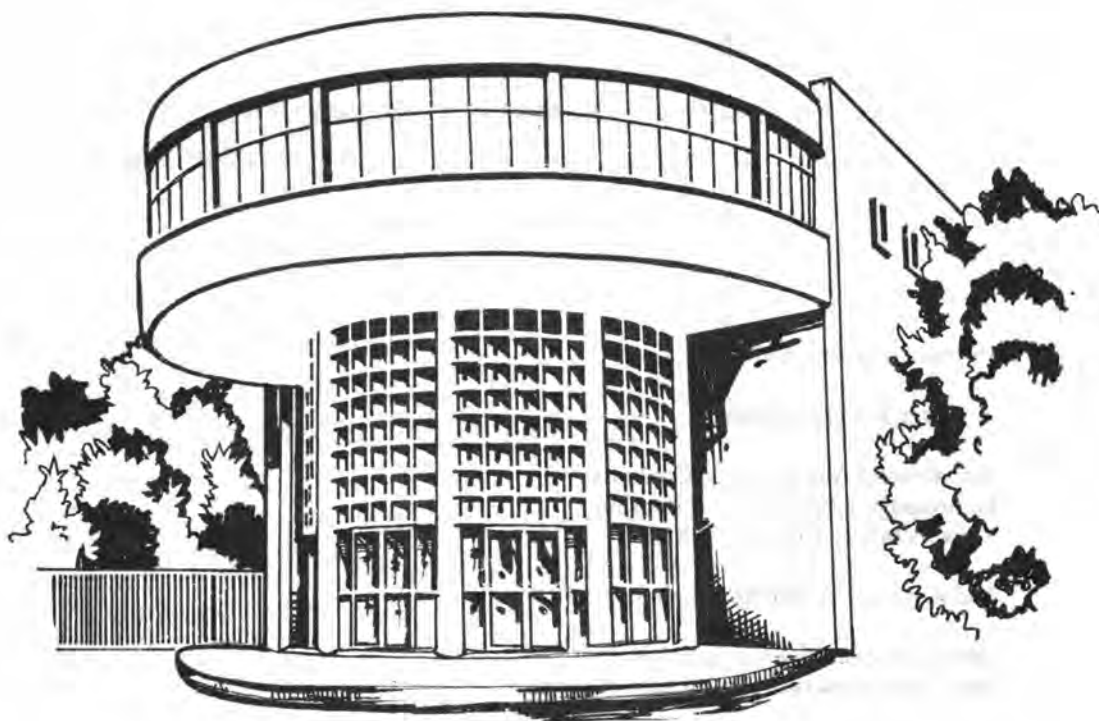


**JORGE FUENTES AGUIRRE**  
*PORQUE ESTUVE ENFERMO Y ME ALOJASTE...*

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE COAHUILA

---

**HISTORIA DEL HOSPITAL  
UNIVERSITARIO DE SALTILLO  
1951 - 1991**



**JORGE FUENTES AGUIRRE**  
*PORQUE ESTUVE ENFERMO Y ME ALOJASTE...*

**Primera edición, 1991.**

**© Jorge Fuentes Aguirre.**

**Universidad Autónoma de Coahuila.  
Coordinación General de Extensión  
Universitaria y Difusión Cultural.**

**Hidalgo sur 435. Saltillo, Coahuila. 1991.**

**Quedan asegurados los derechos de  
propiedad conforme a la ley para el autor.**

## **PROEMIO**

La publicación de la presente obra, es una faceta de la vasta tarea universitaria, sobre todo en el rubro de difusión; tarea que este año la Universidad Autónoma de Coahuila se ha propuesto cumplir para su comunidad.

En materia de fomento editorial, nuestra Casa de Estudios ha dado pasos concretos para establecer un plan coherente y posible que le permita retomar con seriedad la publicación de libros y otras obras que trasciendan en nuestro ámbito socio-cultural.

No sólo el rescate sino la creación de obras de alto contenido y calidad, son dos objetivos que persigue la UA de C en su programa editorial.

Cristalizar este programa significa un cultivo cuidadoso y un trabajo arduo; primero por la escasez de recursos y segundo porque el desafío cultural es elevado.

Consideramos que esta minuciosa investigación de los orígenes, historia y experiencias del Hospital Universitario fortalecerá el conocimiento de la institución incrementando nuestra identidad.

**M.C. Remigio Valdés Gámez**  
**RECTOR**





## PROLOGO

*Lo conocido es finito, lo desconocido infinito, intelectualmente nos hallamos en un islote en medio del océano ilimitado de lo inexplicable. La tarea de cada generación es reclamar un poco más terreno, añadir algo a la extensa solidez de nuestras posesiones. Thomas Henry Huxley (1887).*

Hoy cumple 40 años de abrir sus puertas diariamente, este hospital. Quise decir nuestro hospital, pero en justicia, ha sido también de otros, de los que nos precedieron, de aquellos que no conocimos sino a través de la historia.

El Dr. Jorge Fuentes Aguirre nos presenta con este motivo su libro *Porque estuve enfermo y me alojaste*. Historia del Hospital Universitario de Saltillo. Se trata de una obra magnífica, por todo lo que tiene de historia, por la fuerza del espíritu que encierra, por la amenidad con que narra los hechos y las distintas etapas por las que pasó nuestro nosocomio.

Si leemos sus capítulos cronológicamente en detalle, sus etapas se imbrican como las tejas de un tejado. Tiene su narración ese sabor agradable característico del Dr. Fuentes Aguirre que nos lleva de la mano conduciéndonos por caminos llenos de ternura, así como de dolor humano, traza los perfiles humanos llenos de espíritu heroico, de coraje y de temeridad de aquellos primeros hombres que sólo tenían por delante una esperanza, lograr su hospital.

Es frecuente encontrar que aquellos hombres que fueron iniciadores de obras importantes, sufran la sombra de la amnesia que da el paso de los años, como queriendo ignorarlos. Sin embargo, el Dr. Fuentes Aguirre los hace emerger hoy a la luz de la historia; en su libro da a cada uno su propia luz, los rescata de los profundos nichos del pasado, los hace presentes y reales.

Este libro debe verse como la culminación de una idea largamente acariciada y elaborada, que pretende intencionadamente hablarnos de la responsabilidad que tenemos la presente generación de médicos de dejar un mundo en mejores condiciones que como lo recibimos.

Hoy el autor simbólicamente nos entrega la estafeta en la que una generación pasada ofrece a la siguiente su fuerza y ejemplo como herencia.

*Dr. Enrique J. Sáenz Herrera.  
20 de noviembre 1991.*



## PRESENTACION

Independientemente de los templos dedicados al dios Apolo en Grecia y a Asclepio en la Isla de Tíber, lo que podemos considerar como el primer hospital que existió sobre la tierra fue fundado por la patricia cristiana Fabiola en Roma, el año 294 de nuestra era.

Desde aquel primitivo centro asistencial destinado al hospedaje y atención de los enfermos hasta los flamantes, modernísimos hospitales del tiempo actual tan colmado de prodigiosos avances en la ciencia y la tecnología médica, los hombres de todas las ciudades del mundo, pequeñas o grandes, antiguas o recientes, han demandado con interés de primera necesidad pública el verse dotadas de una o varias instituciones de salud consagradas al exclusivo propósito de servir de albergue y tratamiento al ser humano que padece enfermedad. Saltillo no es la excepción en haber sentido dicho apremio comunitario tan ineludible.

Aunque hubo en esta ciudad algún antecedente de centros médico-asistenciales como la llamada *Casa de Salud* y el añoso Hospital de los Ferrocarriles, ha de decirse que el advenimiento de un verdadero hospital de servicio para la población en general sobrevino hasta hace relativamente poco tiempo. He recibido del doctor Miguel Angel Talamás Dieck, actual Director del Hospital Universitario de Saltillo el muy honroso encargo de reseñar la crónica de cómo fue surgiendo este Hospital nuestro desde cuando sólo era una idea en gestación hasta convertirse en el eficiente centro médico asistencial, de docencia y de investigación que es ahora.

La historia del Hospital Civil de Saltillo, actualmente "Hospital Universitario Dr. Gonzalo Valdés", más que un mero relato de su edificación material, es una auténtica epopeya de abnegados ahincos puestos en común por una continua sucesión de personas ilustres a quienes la compasión hacia el prójimo que sufre les llevó a conjuntar sus empeños de construir un recinto apropiado para el tratamiento de los enfermos, unificando luego un equipo profesional y laboral siempre dispuesto sin limitaciones a velar por la salud de todo aquel paciente que le acudiese, sin distinción de ninguna otra característica que no fuera la de necesitar de una cama de hospital y de un médico para atenderse en su padecer.

He escrito esta historia basándome en los datos fidedignos que recabé a través de entrevistas personales con las muchas gentes que supieron de las andanzas de concebir, dar nacimiento y promover el desarrollo del Hospital Universitario de Saltillo. Al reseñar todos y cada uno de los acontecimientos aquí descritos me he mantenido totalmente alejado de todo aquello que pudiese torcer la veracidad de lo sucedido, pues líbreme Dios de incurrir yo en falsedades o en invenciones de relleno.

Muy afortunado soy de que se haya depositado en mis manos la encomienda de escribir estas páginas para que en ellas quede consignado el surgimiento y el continuo crecer de este hospital que quienes hemos ejercido en él sentimos tan entrañable. Entrego mi libro ahora al señor Director del Hospital como una aportación personal que, aunque revestida de modestia y sencillez, quiere ser digna y noble.

Y ... ¡cómo no!, llegue también esta Historia mía al muy Honorable Rector de la Universidad Autónoma de Coahuila, M.C. Remigio Valdés Gámez, y por su alto conducto a todos los miembros de nuestra comunidad universitaria, tan pródiga en los campos fértiles del humanismo, del intelecto y de la tecnología, valores que aunados a la investigación científica y a la difusión de la cultura le han llevado por senderos siempre ascendentes en los perfiles de la educación superior en México.

Recíbanla así mismo, gracias a la iniciativa del doctor Miguel Angel Talamás Dieck para publicar esta historia con motivo del cuadragésimo aniversario de la fundación del Hospital, todos mis compañeros que ejercen y las personas que laboran en ésta generosa casa nuestra y de nuestros pacientes nacida hace ya cuatro décadas. Hospital que sentimos tan entrañable desde hace ya muchos años. Y más ahora que, como todo adulto ya crecido, ya maduro, puede exclamar con ufanía que la vida la comienza a los cuarenta.

*Dr. Jorge Fuentes Aguirre*  
*Agosto 23 de 1991.*

## CAPITULO I

---

### LOS ORIGENES

#### ¡Y PENSAR QUE NACIO PORQUE HABIA GUERRA!

Estamos en el año de 1942. El panorama del mundo es convulso y desgarrador, lleno de trágicas batallas envueltas en sangre y balas, terror, bombas y muerte. Combates en el mar, en el cielo y en la tierra. La Segunda Guerra Mundial ha llegado a un siniestro apogeo de exterminio de vidas humanas que se prolonga inconteniblemente. Cada día son más los países que se agregan al conflicto. Entre ellos México, cuya participación en la contienda se inició con el envío del Escuadrón 201 a los frentes de batalla. Y mientras tanto, la conciencia ciudadana de los mexicanos se inquietaba en torno a una causa común: la de solidarizarse en alguna forma con aquellos compatriotas que luchaban más allá de los mares.

Uno de esos gestos de unificación moral y material surgió en Saltillo la mañana del domingo 23 de Agosto de dicho 1942, cuando un grupo de personas de la mayor notabilidad y prestigio en el terruño, se convocaron en una comida que tuvo lugar en el Casino. Entre ellos estaban don Melchor Lobo Arizpe, don Marcelino Garza Villarreal, don Emilio Arizpe Santos, don Isidro López Zertuche, don Dámaso Rodríguez, don Segundo Rodríguez Narro, don Jesús de Valle, don Roberto López Villarreal, don Eduardo Suess More y don Ricardo Villarreal, que por aquel entonces era el Presidente Municipal. El tema por tratar era solo uno: reunir un fondo económico para dar testimonio de que las gentes de Saltillo no eran ajenas al problema por el que la nación entera estaba alarmada. Tales dineros, una vez recabados, serían enviados directamente al Presidente de la República para que él los utilizara en la forma que juzgase más conveniente en aquellas calamitosas circunstancias. Se llegó así a la determinación de que cada comerciante y propietario de fincas en Saltillo donara para la causa la cantidad equivalente a un bimestre de contribuciones lo cual, una vez recabado, sumó quinientos mil pesos que fueron enviados a la Capital. Mas el Presidente de la República, general Manuel Avila Camacho, declinó aceptar aquel generoso ofrecimiento de la bonhomía saltillense y lo devolvió a la ciudad recomendando que se usara *para una obra de beneficio colectivo*.

Aquellos hombres de buena voluntad se conjuntaron de nuevo invitando a los representantes de los abogados, de los médicos y de los ingenieros, para decidir el destino que se daría al medio millón de pesos que tenían disponible, que en aquellos tiempos era una muy respetable cantidad. Surgieron varias proposiciones: construir una escuela, un parque público, una nueva cárcel, etcétera. Fue entonces cuando se presentó una iniciativa por parte del sector de los médicos expuesta en palabras del



doctor Carlos Avilés Falco. La ciudad patentizaba una grave carencia -principio denunciando-, la falta de un hospital adecuado a los adelantos de la Medicina. Los centros asistenciales que había eran ya obsoletos, muy antiguos y se requería urgentemente de un nosocomio adecuado para la ciudad.

Seguramente el joven doctor Avilés propuso en forma muy persuasiva su idea, pues además de encontrar aceptación unánime, todos los concurrentes a la junta aquella sugirieron que fuese el propio doctor Avilés quien encausara el proyecto coordinándolo desde esos comienzos, cuestión ésta que fue plenamente formalizada con el debido protocolo oficial cuando el doctor Gustavo Baz, Secretario de Salubridad y Asistencia Pública, envió un oficio al pediatra saltilense el mes de marzo de 1943 comunicándole su designación como Presidente de la Comisión para la construcción del nuevo hospital. Una ilusión anhelada, tanto por los médicos como por todos los saltilenses, estaba a punto de convertirse en realidad. ¡Por fin se modernizaría la atención hospitalaria requerida para los enfermos!

### AQUELLA MEDICINA DEL SALTILLO DE ENTONCES

Para esto he de decir que en este tiempo que reseño, Saltillo tenía 45,000 habitantes, que eran atendidos en sus necesidades de salud por treinta médicos generales y cuatro odontólogos. Por entonces un hospital era el lugar de último recurso para ir a morir. Y a mal morir, pues para morir bien se prefería dejar al enfermo en su hogar. También el hogar era elegido como primera instancia para atender a mamá en sus partos por medio de una partera -*la empírica* le llamaban- o en contadas ocasiones por un médico. Estaba recién pasada la época de la *cirugía de alcoba* en la que, por increíble que nos parezca ahora, los cirujanos operaban habilitando la recámara del paciente como muy improvisado quirófano y la única instancia que aceptaba la gente para ser llevada a los hospitales era en el caso de requerir una operación de suma urgencia y gravedad, lo cual hacía necesario que cada población contara con un centro asistencial para esas atenciones de último recurso. El único sitio de esa naturaleza que tenía Saltillo era la llamada *Casa de Salud*, que estaba al sur de la ciudad, consistente en un conjunto de habitaciones separadas que habían sido anteriormente un leproso, después un lugar de asilo para dementes y ahora, por los años cuarentas, estaba habilitada como *hospital*.

Tal era el ambiente que prevalecía en la ciudad cuando aquellos hombres decidieron que debía construirse un verdadero hospital. Pero ...¿en dónde edificarlo? Había en el poniente del poblado, pasando la calle de Murguía antes llamada *Calle de los Baños* una huerta muy grande en la que se cultivaban los árboles de perones típicos del antiguo Saltillo. En ese predio puso sus ojos el Patronato del Hospital, que para el encomiable propósito de la edificación fue integrado por don Nazario S. Ortíz Garza, don Emilio Tamargo, don Roberto López Villarreal, don Isidro López Zertuche y el licenciado Francisco García Cárdenas como asesor jurídico.

Con aquellos recursos económicos iniciales compraron la tal huerta, mientras en la ciudad de México el arquitecto Mario Pani, comisionado por el propio Secretario de



**EL DR. AVILES pronuncia el discurso alusivo en la colocación de la primera piedra del Hospital Civil Saltillo.**





Salubridad para diseñar el nuevo Hospital, desplegaba su talento de especialista en construcción de hospitales dando forma, cálculos y medidas al proyecto, muy original y atractivo. Entre tanto en Saltillo comenzaba a difundirse públicamente a través de la radio y de la prensa la noticia de que pronto se construiría un nuevo centro médico. Tengo a mano el texto de uno de los mensajes radiofónicos emitidos en la voz del doctor Carlos Avilés el jueves 8 de abril de ese año de 1943, dirigido al sector femenino de la población y publicado en el periódico *El Diario* en su emisión el día 19 del mismo mes. Por su trascendencia quiero reproducir esas palabras en este libro rescatándolas del olvido, pues bien merecen quedar consignadas como fundamento de la historia que vengo relatando.

*Mujeres de Coahuila:*

*Aquí tenéis una oportunidad. Cuando los coahuilenses en generoso impulso reunieron en unas cuantas horas \$500,000.00 como aportación para los gastos de guerra, no pensamos en que tal cantidad serviría para realizar una obra de incalculables beneficios para nuestra patria chica: el nuevo Hospital del Estado. El gobierno se ha echado a cuestras la tarea de plasmar en un bello y moderno edificio el anhelo de todos nosotros y en breve tiempo veremos alzar sus cimientos al poniente de la ciudad. Pero mientras la construcción material está a su cuidado, nosotros los hombres y mujeres de Coahuila tenemos la obligación de prestar la ayuda moral necesaria para que su funcionamiento haga de esta nueva institución nuestro orgullo legítimo.*

Y continuaba expresando:

*El Hospital modificará radicalmente la práctica médica y la asistencia a los enfermos que, aunque nos sea doloroso confesarlo, se encuentra nuestra ciudad con muchos años de atraso no en lo que se refiere en la preparación del Cuerpo Médico en cuyas filas se encuentran viejos y honorables veteranos y jóvenes entusiastas rebozantes de buenos propósitos, sino en lo relativo a la falta de elementos tradicionales en nuestro medio.*

*Terminado el Hospital faltará el resorte vital, la mano que ejecuta y que consuela: la enfermera. Para llegar a ser enfermera se necesita una amplia preparación cultural y una sólida educación moral. La enfermera junto con el médico es la que guarda el tesoro sin precio de la salud y su misión es la más digna y noble de las misiones. Las jóvenes de Coahuila tienen ante sí una nueva fuente de vida: una profesión digna y honrosa que les ofrece amplios horizontes de mejoramiento. Al terminar los dos años que durarán los cursos, tendrán sin dificultad y casi automáticamente acomodo en cualquier institución seria. Mujeres de Coahuila, tenéis un nuevo campo de lucha. Aprovechenlo en el bien de nosotros mismos y de nuestra patria.*

### **PRIMERA PIEDRA... REALIDAD PRIMERA.**

Cuerpo y alma pusieron los organizadores del proyecto en su realización, pues apenas habían pasado escasos días de aquel llamamiento al sector femenino, cuando empezaron a hacerse los preparativos últimos en vías de comenzar la magnífica, esperada empresa. Ya estaban terminados los planos, ya disponible el terreno. Y con el fin de inaugurar oficialmente el inicio de las obras de edificación del nuevo Hospital, llegó a la ciudad el mismísimo Presidente de la República invitado por el Gobernador. Para reseñar debidamente esa ocasión tan trascendente, prefiero transcribir el texto de

la noticia tal y como apareció en el periódico *El Diario* el miércoles 28 de abril de ese año de 1943. En primera plana, a ocho columnas, se lee:

**SALTILLO ABRIÓ SUS BRAZOS CON GRAN CARIÑO PARA RECIBIR AL PRESIDENTE.**

e inmediatamente bajo ese titular, la buena noticia esperada por todos los saltillenses:

**COLOCÓSE YA LA PRIMERA PIEDRA DEL HOSPITAL. AVILA CAMACHO Y LOPEZ PADILLA PRESENTES EN LA HISTORICA CEREMONIA.**

*Por demás sencilla pero altamente significativa resultó la ceremonia que tuvo lugar ayer a las 14:00 horas en los terrenos de la antigua huerta de los Elizondo, para colocar la Primera Piedra del gran hospital que se levantará en esta ciudad con el fondo de \$500,000.00 que los coahuilenses habían aportado como cooperación suya al fondo de guerra y que el Presidente Avila Camacho declinó cortésmente sugiriendo que se invirtiera en la obra que nos ocupa, que sin duda entrará a partir de hoy en un periodo de franca actividad*

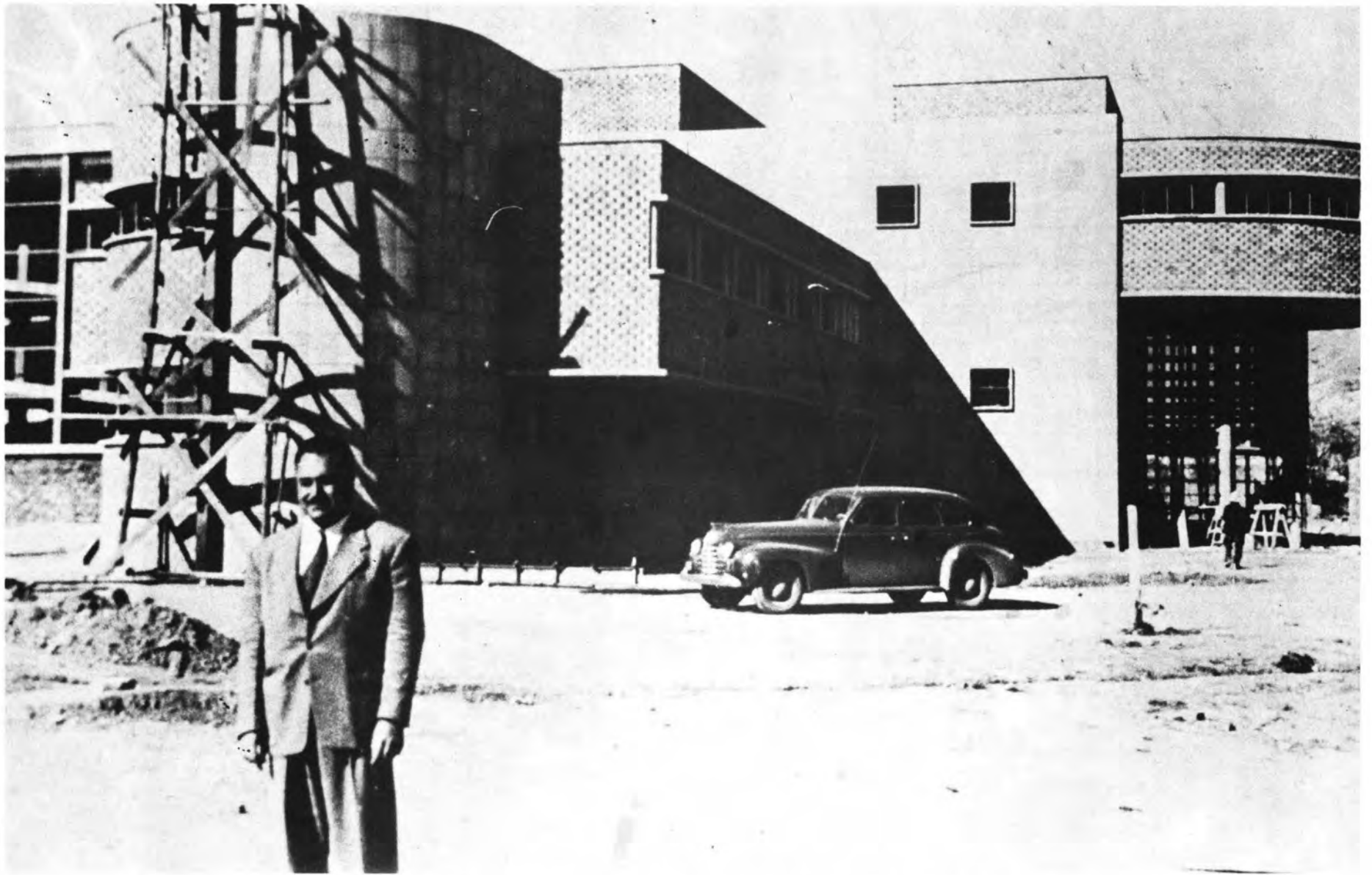
*Poco antes de la hora citada ya se habían reunido en el lugar numerosos galenos y enfermeras dependientes del Sindicato de Médicos y de los Servicios de Salubridad y Asistencia que, como es de suponerse son los más ligados a la obra en cuestión, así como gran cantidad de señoras y damas que se habían situado convenientemente en torno a la mesa en que ambos mandatarios habrían de estampar sus firmas en el acta respectiva*

Y continúa la noticia diciendo:

*Cuando los funcionarios llegaron se les recibió con entusiasmo habiendo sido acompañados por hombres de negocios integrantes del Patronato del Hospital, entre ellos los señores Ortíz Garza, López Villarreal, Tamargo, López Ainsle y otros. Inmediatamente se procedió a firmar el acta mientras fotógrafos y periodistas formaban un círculo en torno a los dos gobernantes captando detalles. A continuación el General Avila Camacho empuñó la herramienta propia de la albañilería para colocar en el lugar respectivo la citada Primera Piedra, que era un bloque de mármol de aproximadamente 20 por 20 centímetros y de unos 15 de espesor en cuyo interior hueco se colocó un frasco conteniendo una copia del acta firmada. A renglón seguido se colocaron las cubiertas de mosaico y en seguida el doctor Carlos Avilés Falco, a nombre del pueblo coahuilense, dió las gracias al Primer Magistrado por la obra que nos ocupa fortalecida con su apoyo e impulsada por la comprensión entusiasta del señor Gobernador. Luego el doctor Avilés se refiere a la trascendencia de la obra que entraña, dijo él, una esperanza para el pueblo que sueña y una promesa para el espíritu; el más fuerte puntal para esa Universidad que anhelamos y que poco a poco irá plasmándose en una realidad.*

Palabras proféticas aquellas del doctor Avilés. Hasta donde yo sé, él fue la primera persona en mencionar aquí en Saltillo la creación de una Universidad, dato éste que aunque desconocido para muchos, saco aquí a la luz porque bien merece el doctor Avilés que esa ambición futurista que en aquel tiempo expresó, se haga pública ahora y se le dé el debido reconocimiento por ella, además de la conquista que estaba haciendo posible en el surgimiento del hospital.

Hay otro aspecto que quiero mencionar con respecto a esta ceremonia que estoy reseñando. Quienes vivieron aquellas épocas de los años cuarentas recordarán que eran famosas las inauguraciones con primeras piedras llenas de palabrería demagógica por parte de los presidentes y los gobernadores. Famosas no solo por su numerosa



**LA CONSTRUCCION DEL HOSPITAL progresa hacia su terminación. Al frente el Dr. Avilés Falco.**





incidencia en todo el país, sino porque ya se venía haciendo costumbre que muchas de las obras inauguradas quedaran en eso solamente, en primeras piedras rodeadas de banderas tricolores siendo después abandonadas por muy diversas razones viniendo a quedar la piedra aquella en un boato publicitario en medio de una ceremonia inaugural que como flor de un día estaba ya cerrada, seca y olvidada. Mas por fortuna, aquella primera piedra del hospital trascendió venturosamente ese nivel de aparato político oficial y las actividades para edificarlo se iniciaron así de inmediato.

### **PASO A PASO... PISO A PISO...**

Ajetreados trabajos los que siguieron a partir de entonces administrados por el señor Salvador de las Fuentes teniendo como planos arquitectónicos aquellos que había diseñado en la Capital el Arquitecto Mario Pani. El ingeniero Víctor Blanco Fuentes comenzó por hacer las excavaciones a punta de escrapas de mulas, y ya terminadas, la Compañía Lezama y Cortina con su supervisor local el ingeniero Edgar Moreno, procedió a poner los cimientos hondos y firmes como para soportar la estructura de siete pisos que estaba proyectada. Al parejo iban disponiendo las instalaciones de plomería que ejecutaba el ingeniero Pablo M. Cuéllar asesorado por el Ingeniero en hidráulica Manuel Antonio de Anda.

Febril actividad la de aquel enjambre humano dedicado al levantamiento de la obra tan bellamente diseñada en el papel, esfuerzos amalgamados en sudor, voluntad empeñada en fincar los fundamentos de un ideal presto a consumarse. Poco a poco se iba llenando aquella grande horadación con la cementera fundamental que apoyaría el peso de la edificación que estaba ya por surgir frente a la Calzada Madero, calzada entonces con camellón florido y palmas vetustas en el centro. Y empezaron luego a levantarse los muros de la fachada y las paredes del interior. A partir de entonces la obra ya quedaría a la vista de los saltillenses. Y quien pasaba por la calzada se acercaban a observar la actividad incansable de albañiles, fontaneros, electricistas, ingenieros y capataces...

Un día los curiosos dejaron de asistir. No hubo ya más gente presencial de los trabajos porque la obra fue descontinuada. Se había acabado el presupuesto para continuarla en aquellos inicios del año de 1946. Y no faltaron muchos escépticos que dijeron en los corrillos de café y en la sobremesa familiar que allí iban a quedar las cosas: en otra de tantas obras inconclusas que emprendía el gobierno. Obras no terminadas que habían empezado con pretensiones de obra monumental y luego quedaban en solares bardeados para servir de caballerizas a los políticos influyentes. Por lo pronto, en aquellos días Saltillo seguía sin centro asistencial en medio de la desilusión de sus habitantes que veían no cumplidas las promesas del gobierno y truncada su esperanza de tener ya un hospital.

Pero en tanto que había incrédulos que se negaban al optimismo, existía también un grupo de médicos que no quitaban el dedo del renglón por ver cómo era posible proseguir con aquella empresa tan deseada, tan urgentemente necesaria. Unidos a ellos se encontraban también prominentes saltillenses que no cejaban en su empeño de

promover la obra. Hablarían unos y otros con los funcionarios del gobierno estatal o federal, expondrían sus motivaciones aquí o allá, pondrían el grito en el cielo, en la tierra y en todo lugar, el caso es que sus anhelados deseos fueron escuchados y la voluntad de los omnipotentes del erario público determinó que se siguiera adelante con las obras. Y así, un día del año 1947 surgieron nuevamente sonrisas de fe entre los saltillenses que se enteraron de una noticia aparecida en *El Diario* un jueves de mayo, noticia que ocupaba parte muy notoria de la primera plana:

#### **REANUDACION DE LAS OBRAS DEL NUEVO HOSPITAL**

Transcribo aquí el texto de tan alborozante comunicado.

*Ayer a las nueve horas fue servido en el Hospital Civil en construcción un almuerzo ofrecido por el señor Gobernador al Sindicato de Médicos de Saltillo, la Cámara Nacional de Comercio, La Unión de Comerciantes en Pequeño y otras instituciones. Ofreció el almuerzo el doctor Carlos Avilés Falco, quien dijo que esa reunión era para celebrar la reanudación de trabajos de tan majestuosa obra de beneficencia y se pedía las fuerzas vitales del Estado su máxima cooperación para que el Gobierno lleve a feliz término ésta trascendental obra. Añadió el doctor Avilés que los médicos estaban dispuestos a cooperar con el Gobierno del estado hasta rendir al máximo de eficiencia en los servicios que se les han encomendado y que hacía un llamado especial a todo el pueblo de Coahuila para que diera todo su apoyo a tal obra.*

*Al término hizo uso de la palabra el doctor Enrique Tovar Ruíz, quien después de felicitar efusivamente al Gobierno del Estado y al Patronato del Hospital habló de la utilidad futura de ese Hospital, en donde hallarán alivio y salud miles de gentes. Entre los asistentes pudimos anotar al señor don Ignacio Cepeda Dávila, Gobernador del Estado, Adalberto Guillén, Secretario General del Ejecutivo y los doctores Gonzalo Valdés, Marcelino L. Garza, Santiago Valdés, Carlos de la Peña, Miguel Farías, Jesús Govea, Rodolfo García Fuentes, Evaristo Cruz Escobedo, Manuel y Arnoldo Elizondo, Rodolfo Garza Cepeda y muchísimas personas más de la Iniciativa Privada entre las que destacaban don Isidro López Zertuche, don Emilio Tamargo, don Marcelino Garza, don Pomposo Peña y otros.*

Volvió así a surgir la esperanza, ahora con nuevos visos de realidad floreciente, de que Saltillo tendría, ¡por fin!, su pretendido Centro Asistencial. Y empezaron de nuevo los trabajos aquellos aunque despaciosamente, pues un mal día murió *Nacho el Gobernador* tan querido, tan llorado.

Como puede verse, no todo fue un auge continuo e incontenible en el nacimiento del Hospital para Saltillo. El desarrollo de su planta física se estaba efectuando a duras penas, con lentitudes y detenimientos, con obstáculos y circunstancias adversas de toda índole.

#### **...Y AQUEL NOVIEMBRE SE ABRIÓ LA FLOR DE UN SUEÑO**

Más por esta vez la buena ventura se iba a poner de parte de los saltillenses: un año después ocupó la gubernatura un hombre que había de dar el impulso culminante y definitivo para la secuencia de la edificación hasta verla totalmente realizada: el licenciado Raul López Sánchez, persona de muy firmes decisiones. Tomando por su cuenta los trabajos, nombró responsables de ellos al arquitecto Benjamín Franklin, Director de Obras Públicas del Estado y encargó a la empresa llamada



**EN EL PROCESO de la edificación, el Dr. Carlos Avilés Falco inspecciona los trabajos acompañado del Presidente de la República, Lic. Miguel Alemán Valdés y del Srío. Mario Ramón Beteta.**





*Constructora*, S.A. de México D.F. la materialización de los planes inconclusos. El director de tal compañía, arquitecto Rafael Martínez Zayas, designó como supervisor residente de la construcción al arquitecto Alfonso Gómez Lara, quien gracias a esa circunstancia vino de la capital a esta ciudad para quedarse aquí, promoviendo desde entonces entre los saltillenses tantos beneficios de arte y cultura como le debemos.

Y mientras proseguían los adelantos en la obra material, la prensa hacía público señalamiento de que ese Hospital sería *de los mejores y más adecuados de la república*. Ahora se elevaba ya, ostentoso y enhiesto, el segundo piso, y el tercero con su fachada semicircular. Y se colocaban ya los ventanales y el enladrillado armónico del frente, mientras en el interior se daban los últimos detalles a las áreas de emergencia, rayos x, pediatría, banco de sangre, cirugía y maternidad. Enyesado en los muros, cableado eléctrico en todas las estancias supervisado por el ingeniero Guillermo Federico Wolff, todo bajo la constante tutela del arquitecto Alfonso Gómez Lara y de los ingenieros Pablo M. Cuéllar, Raúl y Manuel Rivera y Alfredo Paredes.

Para el año de 1951 el Hospital Saltillo era ya una magnífica, esplendente realidad construida con materiales muy de primera y con especificaciones tan controladas así que el gobernador López Sánchez, en una de sus visitas previas a la inauguración, mandó retirar absolutamente todas las puertas que se habían colocado porque tenían chapas de segunda y sustituirlas por otras de muy superior acabado bajo la guía del maestro italiano Luigi Ferro, artífice famoso por sus tallados en madera. No cabía duda: Saltillo contaba ya con un fino, magnífico hospital. Ya sólo faltaban detalles de última hora, los últimos toques, como les dicen a las minucias que quedan pendientes en las obras que requieren de un acabado tendiente a la perfección antes de ser entregadas. Y sería entregada ya, pues faltaban pocos días para que el Presidente de la República llegara a Saltillo a inaugurar el flamante, hermoso hospital cuya construcción recién había finalizado.

Día de grande gozo para todo Saltillo fue aquel 14 de julio de 1950, cuando en celebración de toda pompa y circunstancia fue develada en el vestíbulo del edificio la placa conmemorativa en la que todos los circunstantes leyeron:

El C. Presidente de la República Lic. Miguel Aleman inauguró este edificio que se destina al HOSPITAL SALTILLO. Obra construida y equipada dentro del Programa Asistencial que realiza el Primer Magistrado de la Nación. Saltillo, Coah., 14 de julio de 1950

Rodeaba al Presidente de la República una numerosa concurrencia en cuyo centro estaban el licenciado Angel Carvajal, Secretario de Gobernación, y el Gobernador de Coahuila licenciado Raúl López Sánchez. Y acompañando a las autoridades en su recorrido por las nuevas instalaciones del recién terminado nosocomio caminaban en primera línea de los circunstantes, claro está, los hombres que habían hecho posible el surgimiento de aquel sueño, cincelandolo en la piedra hasta convertirlo en flor de realidad: el doctor Carlos Avilés Falco, que iba mostrando al señor Presidente de la república las estancias y los departamentos ante la mirada complaciente y satisfecha de los saltillenses miembros de la Iniciativa Privada.

Fue a partir de esa semana que comenzó también el equipamiento de materiales, instrumental, camas y equipo integral necesario para poner en marcha ese centro médico tan nuevo, tan moderno. Y un buen día, cinco meses después de haber sido entregado el edificio, volvieron a reunirse en su corredor de entrada las más altas autoridades federales de la Secretaría de Salubridad y Asistencia, invitadas por el Gobernador del Estado, quien ante muchos saltillenses entre quienes estaban más cercanos los médicos involucrados en el desarrollo del proyecto, tiró del cordel que corría la cortina descubriendo la placa que declaraba:

**HOSPITAL SALTILLO** Siendo Presidente de la República el C. Lic Miguel Aleman y Srio. de Salubridad y Asistencia el C. Dr. Rafael P. Gamboa, el Gobernador Constl. del Estado C. Lic. Raúl López Sánchez declaró inaugurados el equipo y los servicios de este Hospital construido y dotado bajo su administración en cooperación con el Gobierno Federal. Saltillo, Coah. a 20 de noviembre de 1951.

La ciudadanía se congratulaba de ver aquel bello edificio terminado y dotado ya de todo a todo para ser puesto en servicio, si bien nadie quería ser el primero de sus huéspedes. Pero alguien tuvo qué serlo: a las diez de la mañana del día siguiente llevaron a la sala de emergencia a un tal Rosalío Grajeda Jordán, hombre de cuarenta años de oficio soldador que había sido atropellado por un automóvil en la calle de Hidalgo. Fue recibido en el servicio de Emergencia por el doctor Enrique Tovar Ruiz y atendido por el doctor Carlos Cárdenas Valdés, traumatólogo. Se había iniciado una etapa de florecimiento en el acontecer médico de Saltillo.

### **HE AQUI UN CORTEJO DE PIONEROS ILUSTRES**

Y ya que hablo de doctores, mire usted cuánta razón había para calificar como de primerísima clase a la planta de médicos del Hospital Saltillo en sus inicios. Estaba como jefe de Cirugía el doctor Gonzalo Valdés, tenido por muy talentoso cirujano de nombradía nacional; el doctor Juan Gallart Galindo, clínico muy sabio, ocupaba la jefatura de Medicina Interna; el doctor Carlos Avilés Falco, pediatra de lo más competente, tenía a su cargo la división de enfermedades infantiles; el doctor Carlos Cárdenas, traumatólogo habilidoso y personaje pintoresco a quien me referiré más en detalle luego; el doctor José Isidoro Valdés tenía a su cargo el servicio de Anestesiología. Al doctor Marcelino L. Garza Peña, primer odontólogo saltillense postgraduado en universidad norteamericana, le fue encomendada la función de los servicios de Odontología y para atender los de Maternidad se designó a los doctores Kerim Talamás y Augusto Barragán. Los indispensables servicios de Laboratorio eran atendidos por el doctor Marcelo Valdés Muriel y los de Rayos X por el doctor Fernando Durán Beittes.

Una muy eficiente corporación de enfermeras había bajo la jefatura de la señorita enfermera Celia Obregón auxiliada por la supervisora María Luisa J. de Montaña. El resto del personal estaba integrado por cocineras instruidas por la dietista Carmen



**RECORRIDO DE LAS autoridades civiles y del cuerpo médico en el Hospital Civil ya terminado. Lo acompaña el Lic. Raúl López Sánchez, Gobernador del Estado.**

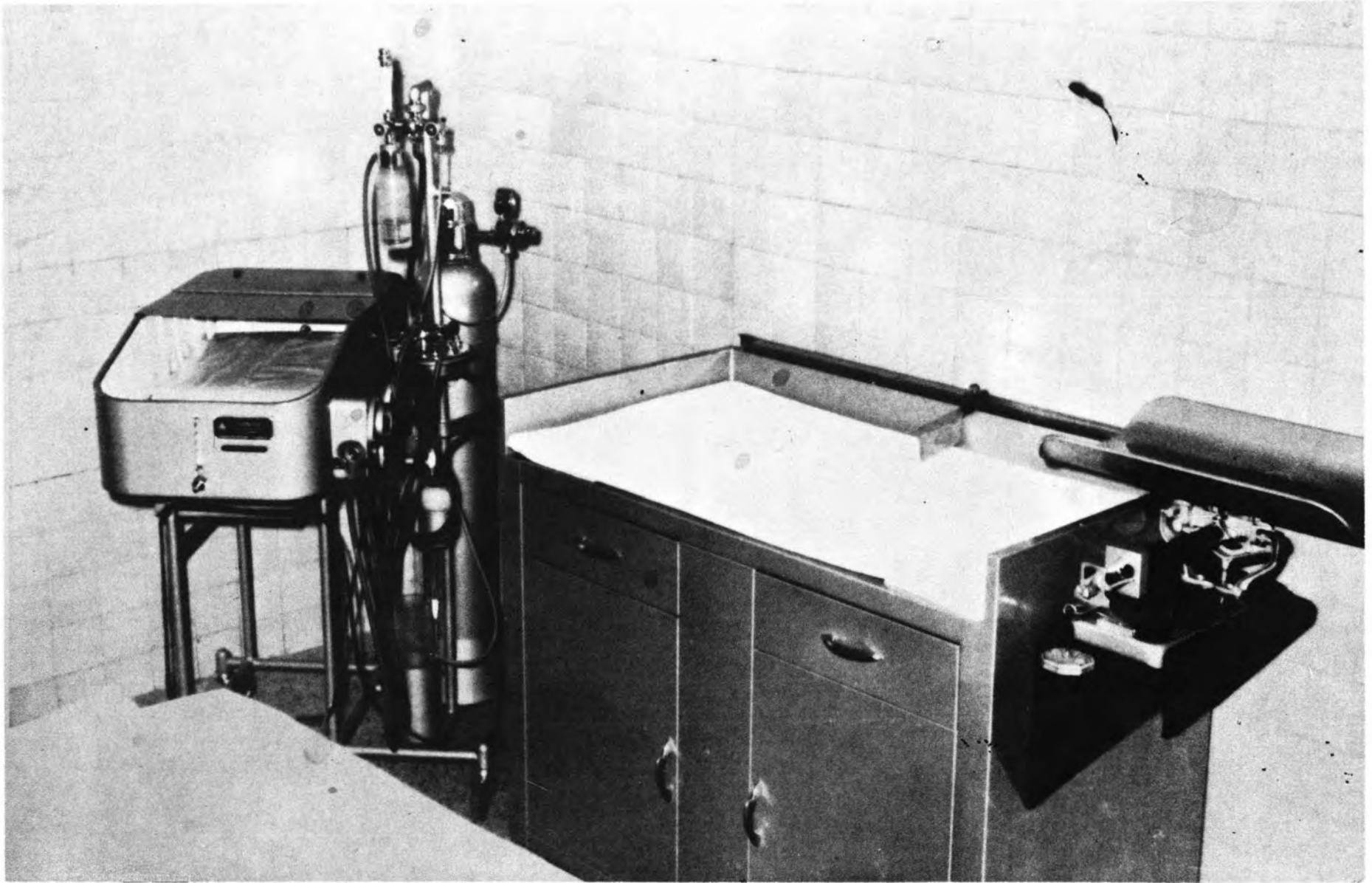




**ESTA FOTOGRAFIA peculiar muestra al cuerpo de Enfermería, acondicionando las estancias y los cuartos privados en días de su inauguración.**







**RESUCITADOR Y MESA de exploración Neo-Natal como parte del equipo recién instalado en el nuevo hospital.**





Paredes, afanadoras y jardineros entre los cuales el más señalado era aquel buen hombre de nombre Benjamín, tan diestro él en el manejo de la tijeras podadoras como en el bisturí de autopsias, pues ayudaba al entonces médico legista municipal Carlos de la Peña. Todo aquel personal encausado bajo la gestión del doctor Guillermo de Hoyos, designado primer Director del Hospital Civil de Saltillo. Allí estaba su oficina, en el área de servicios administrativos del segundo piso del edificio con frente a la Calzada Madero. Y había qué ver allí aquel reloj grande de muy fina marca suiza, que con su largo péndulo iba marcando el transcurrir de los minutos y las horas que pasaban.

Cuarenta años van a cumplirse de aquella gratísima ocasión inaugural del Hospital Civil de Saltillo ahora Hospital Universitario. Cuarenta años de denodados afanes por un constante mejoramiento no tan sólo en su planta física, sino en todos los niveles de atención que han culminado con lo que el Hospital es ahora: un excelente centro hospitalario en el que están custodiados todos los aspectos de necesidades de salud de los habitantes de Saltillo y además de eso, los renglones de investigación y enseñanza médicas puestos al día para lograr el nivel óptimo en el ejercicio de la Medicina que allí se practica. Cuarenta años que se celebran ahora dando ocasión a que se publique este libro en el que por primera vez se reseña la historia del Hospital, tan entrañable para nosotros. Pero sigamos con esta narración, que es mucho lo que tengo que relatar prosiguiendo así con nuestra historia de lo sucedido allí en los días del ayer.

El doctor Fuentes Aguirre, quien ha trabajado en el área de la salud pública durante más de 40 años, es un profesional de la salud pública con una amplia experiencia en el campo de la salud pública. Ha trabajado en el área de la salud pública durante más de 40 años, y ha sido responsable de la gestión de programas de salud pública en diferentes niveles de gobierno. Ha trabajado en el área de la salud pública durante más de 40 años, y ha sido responsable de la gestión de programas de salud pública en diferentes niveles de gobierno.

El doctor Fuentes Aguirre, quien ha trabajado en el área de la salud pública durante más de 40 años, es un profesional de la salud pública con una amplia experiencia en el campo de la salud pública. Ha trabajado en el área de la salud pública durante más de 40 años, y ha sido responsable de la gestión de programas de salud pública en diferentes niveles de gobierno. Ha trabajado en el área de la salud pública durante más de 40 años, y ha sido responsable de la gestión de programas de salud pública en diferentes niveles de gobierno.



**FOTOGRAFIA ORIGINAL** de la parte posterior del hospital, en los días previos a su inauguración.



## CAPITULO II

---

### EN LOS INICIOS DE UNA NOBLE MISION

#### *...Y PONDRE EN USTEDES UN ESPIRITU NUEVO.*

El año de 1952 asumió la Dirección del Hospital Civil el doctor Gonzalo Valdés Valdés, designado por don Román Cepeda Flores, incipiente Gobernador del Estado. Era don Gonzalo -así le llamaban, anteponiendo a su nombre el *don* de quien merece ser tratado como alguien que se ha hecho merecedor a un gran respeto público- un cirujano de extraordinario talento clínico y de un inaudito repertorio de recursos de técnica y habilidad quirúrgica. Yo operé con él muchos años después de aquellos tiempos que estoy reseñando, y puedo atestiguar que, aunque en mi preparación como especialista en los Estados Unidos oficié junto a los sumos sacerdotes de la cirugía mundial, lo que yo le ví hacer y las maneras en que le ví proceder, sobrepasaba con mucho a algunas de aquellas eminencias mundiales de la cirugía. Pero no adelantemos, que por lo pronto estamos en los otros días, aquellos en los que fue puesta en sus manos la Dirección del nosocomio.

Fue la del doctor Gonzalo una gestión en la que puso muy especial énfasis en superar los grados de conocimiento médico en todos los aspectos y en promover entre los colegas que laboraban bajo sus órdenes una renovada dimensión de humanitarismo. Sabio él, galardonado con los máximos honores en el transcurso de su carrera de medicina, quiso diseminar entre sus colegas esa imprescindible urgencia de permanecer actualizados en los avances científicos y tecnológicos de su ciencia. Hombre bueno, humano a carta cabal, buscó lograr que los pacientes que acudiesen al hospital adquirieran no tan solo atención médica sino además, e importantísimo, un tratamiento identificado con la dimensión humana de los enfermos. Puesto en otras palabras, como me lo dijo él mismo un día:

A mí no me interesa tratar la enfermedad como si fuese un objeto aislado del ser humano. Lo que me importa es tratar al hombre enfermo en toda su integridad de persona que sufre anímica y orgánicamente.

Fundó la Sociedad Médica del Hospital don Gonzalo, misma que desde entonces ha prevalecido. Y dióse a la tarea de terminar el Auditorio instalado al costado oriente del edificio para que en él tuviesen sitio de alojamiento las inquietudes científicas y culturales del personal médico de la planta, que se reunía en sus sesiones allí los sábados en punto de las diez de la mañana. Y semana a semana fue produciéndose un creciente diálogo entre colegas que muchos frutos iba rindiendo en el continuo revisar de los conocimientos surgidos en cada una de las especialidades.

Yo recuerdo muy bien una de esas sesiones clínicas. No, no es que yo fuese médico, pero yo era por aquel entonces un joven que quería ser médico y en ese mes de julio de 1954 estaba recién salido de mi inolvidable Bachillerato de Medicina en el Ateneo Fuente. Pletórica la sala aquella de conferencias en la que el doctor Gustavo Morales del Bosque disertaba sobre la emergencia siempre atosigante del dolor abdominal agudo. Terminó su ponencia Gustavito, como le decían cariñosamente sus pacientes y amigos y hubo algún compañero suyo entre los asistentes que hizo una pregunta precediéndola con el ya gastado proemio ese de *me ha parecido sumamente interesante la ponencia del colega, pero quisiera añadir...* Y añadió lo suyo hablando de estadísticas y de investigaciones en tono de suficiencia y ademanes petulantes con el manifiesto propósito de demostrar que él también sabía. Y terminó diciendo que muchas gracias. Fue entonces que ví levantarse de su asiento a don Gonzalo con su corpachón medio agachado y sus lentes cabalgándole sobre la nariz en peligroso equilibrio. Fumaba. Y tras darle una buena chupada a su cigarro dijo en voz muy campechana:

-Qué bueno que cada quien quiere demostrar aquí lo que sabe. Pero más nos valiera a todos dejarnos de andar presumiendo teorías, porque acuérdense que en medicina lo que no sirve para ponerlo en servicio junto a la cabecera de los enfermos no sirve para nada.

Después iba a saber que el doctor no sólo hablaba con la verdad, sino que la actuaba. Cuando en una ocasión me enseñó en su biblioteca un libro de *Los Preceptores de París* ví que en uno de los capítulos, el correspondiente a una técnica quirúrgica complicada y de poco beneficio al enfermo, había hecho él una anotación al margen de sólo dos palabras: *puras mentiras*. Pero eso fue después. Por lo pronto diré que aquel mediodía de sábado que regresé a mi casa lleno todo yo de inspirativos alientos hacia la medicina, hube de someterme al regaño de mi padre porque había llegado tarde a la comida. Cuando le expliqué medio apocado el porqué de mi dilación, él sonrió como para sí. Y supe que en ese momento estaba mostrando su irrestricta complacencia a mi vocación de médico.

Por aquellos días que estoy memorando de la gestión del doctor Gonzalo Valdés al frente de la Dirección del Hospital, la familia López del Bosque, a iniciativa de don Isidro y doña Anita, tuvo la magnánima iniciativa de construir de su pecunio, junto al Hospital, una Capilla dedicada a al Virgen de Lourdes y a su lado la casa que serviría de habitación conventual a las sores, que habían llegado por esos meses de León, Guanajuato, para ministrar asistencia de enfermería a los pacientes, procurándoles al mismo tiempo cuidados del alma.

Allí andaban las buenas hermanas por las estancias, portando su hábito blanco de Hijas Mínimas de María Inmaculada y ayudando a los enfermos tanto en las necesidades de sus padeceres como en servirles de bálsamo confortante con sus palabras de consuelo, envueltas en la suavidad evangélica de quien consuela cristianamente a quien está sufriendo. Iban después ellas al terminar su día de labores al rezo del rosario en la Capilla, misma donde asistían a misa cada mañana antes de acudir a sus obligaciones hospitalarias. Sólo de noche descansaban las Hermanas. Y hay quienes dicen que ni de noche, pues por esos días empezó a difundirse entre todo



el personal del hospital la conseja de que cuando llegaba la media noche se aparecía saliendo de la Farmacia una religiosa que recién había muerto. Pero de ese tan espeluznante como curioso episodio fantasmal hablaré detalladamente cuando se llegue la ocasión.

Seis años completos duró la gestión de don Gonzalo como Director del Hospital Civil. Y durante ellos el centro asistencial empezó a florecer ganándose la confianza de los saltillenses que veían en aquel doctor Valdés al Director entregado en cuerpo y alma a su encomienda y a su especialidad. Muchas veces, muchas, había demostrado ante propios y extraños su extraordinaria creatividad quirúrgica y su peculiar talento en las salas de operaciones. Muchas veces también había dejado constancia de su continua preocupación por hacer que el Hospital fuese cada día mejor lugar de servicio asistencial, afán que le fue reconocido por todos los habitantes de Saltillo, cuando ya terminaban los tiempos de gobierno de don Román Cepeda. Y con ellos los de don Gonzalo como Director.

Muy lejos estaba entonces el doctor Gonzalo Valdés Valdés de imaginar siquiera que andando el tiempo ese hospital que él había dirigido llegaría a ser denominado con su nombre, enalteciendo con ello su ejemplar figura de médico cirujano y su feliz memoria. Mas eso sería años después. Por lo pronto el Hospital continuaba siendo llamado simplemente *el Civil* y él, don Gonzalo, dispuesto a seguir laborando allí en las estancias de cirugía a las que tanto se había entregado desde joven con su vocación plena de entrega.

### LLEGA A DIRIGIRLO QUIEN AYER LO GESTO

El domingo 1 de diciembre de 1957 tomó posesión de la gubernatura estatal el general don Raúl Madero González, quien distinguió a dos médicos militares que estaban en ejercicio profesional en Saltillo, confiriéndoles muy importantes nombramientos: al doctor Felipe González Puente, hombre muy dotado para la medicina y de gran bonhomía le confió el cuidado de su salud personal designándolo su médico de cabecera. La otra designación que determinó el nuevo Gobernador fue sobre la persona del doctor Carlos Avilés Falco, en cuyas manos puso la encomienda de dirigir el Hospital Civil.

Digno hijo del maestro ilustre don Apolonio M. Avilés y pediatra destacadísimo que ya brillaba con la luz propia de sus méritos personales sin tener que pedirle prestados los suyos a su padre. La distinción de éste nombramiento resultaba más significativa por el hecho de que, como se recordará, el doctor Avilés había sido gestor muy decidido y determinante de la idea de construir el hospital en el que ahora era llamado a ocupar el máximo cargo.

Sentiría muy en lo profundo el doctor Avilés que esa obra era muy suya y muy su responsabilidad, pues aún cuando en el tiempo que reseño el Hospital Civil ya se encontraba funcionando plenamente, en cuanto él tomó posesión se entregó a resolver las carencias que se iban haciendo notar conforme aumentaba la población de enfermos, que acudían tanto a las áreas de emergencia como a los procesos de



diagnóstico -sobre todo radiológico- y a los servicios de internamiento, entre los que más ocupación tenían eran los de gineco-obstetricia y los de cirugía. Mes tras mes iba en incremento la cifra de pacientes que eran atendidos en el hospital que ya había cumplido seis años de funcionamiento y requería nuevas adecuaciones para responder a las crecientes necesidades que demandaban los saltillenses.

Una nueva caldera de mayor capacidad fue instalada al tiempo que se reacondicionaba íntegramente el sistema eléctrico en la totalidad de la planta. Y en los primeros meses de 1958 llegó un progreso de máxima utilidad al servicio de Pediatría: la instalación de muy modernas incubadoras y de cuneros. Mas no sólo los servicios materiales fueron mejorados por el doctor Avilés. Tomando en cuenta que los requerimientos de atención médica estaban aumentando, decidió incrementar el personal de atención médica, para lo cual fueron contratadas dieciocho nuevas enfermeras tituladas, mismas que, según he corroborado investigando en las nóminas de aquellos tiempos, fueron asignadas a la atención de pacientes en condición crítica y a aquellos en evolución postoperatoria temprana. Con ello el doctor Avilés estaba preconizando lo que más tarde sería la muy necesaria disciplina de cuidados intensivos.

Hubo una determinación más en el área hospitalaria propiciada en la gestión que vengo relatando: la de poner en manos de las religiosas que se desempeñaban en el Hospital, cada cual con su grado de enfermera titulada, la supervisión de las centrales de servicios de enfermería. Pudiera prestarse a suspicacia de algunas mentalidades el hecho de que en una institución de carácter oficial como lo era el Hospital Civil se le diera tal participación y primacía a enfermeras pertenecientes al sector religioso, mas por los comentarios que he recabado puedo confirmar que la medida de que las religiosas fungieran en calidad de supervisoras fue recibida con entera complacencia y simpatía general. Por lo demás ha de recordarse, pasando una muy somera vista panorámica por las páginas de la historia universal de la Medicina, que desde los ya muy remotos tiempos del hospital romano que fundó Fabiola y los centros asistenciales que levantaron los monjes en los caminos de campaña durante las Cruzadas hasta nuestros días, las instituciones hospitalarias de mayor prestigio y renombre en el mundo siempre contaron con la asistencia de órdenes religiosas específicamente dedicadas a la misión de servir a los enfermos, siendo el caso más famoso de esto aquellas buenas Hermanas de la Congregación de Santa Martha que fundaron en París el Hotel Dieu, hospital europeo en el que tuvo lugar el advenimiento de la Cirugía moderna con Ambrosio Paré, aquel insigne cirujano cuya frase inmortal inscribieron dichas religiosas en su sala de operaciones y debiera también estar enunciada con letras sobresalientes en todos los hospitales que hay sobre la tierra: *Yo cuidé las heridas de mis pacientes...y Dios les curó.*

En tanto que estas mejoras eran introducidas en la gestión del doctor Carlos Avilés como Director del Hospital Civil de Saltillo, surgió otra innovación propiciada por el doctor Enrique Tovar Ruiz, administrador del Hospital: la ordenación tanto de los expedientes de los enfermos como de la casuística de los padecimientos que se presentaban para su atención iniciándose así en el Hospital el muy importante Departamento de Bioestadística y Archivo. Con todo ello, el *Hospital Saltillo*, como le

decía la gente, había entrado definitivamente en una época de adecuación a los tiempos modernos de progreso a la que mucho contribuyeron los nuevos médicos especialistas que el doctor Avilés implementó a la planta asistencial. De ellos hablaré en el capítulo siguiente.

### LOS ESPECIALISTAS DE AQUEL ENTONCES.

Los muchos portentos tan prodigiosos, que día tras día se sucedían en la medicina de nuestro tiempo, hacen del todo imposible que ningún médico pueda estar al tanto de cada uno de los conocimientos que van surgiendo con el avance de la ciencia. Esto ha creado la necesidad de que cada profesionista se especialice en una determinada disciplina, existiendo incluso hasta sub-especialidades muy modernas tales como la neonatología, la genética y la de más reciente advenimiento hasta ahora: la inmuno-psiquiatría.

Pues bien, para quienes estamos acostumbrados a recurrir a tan basto y experimentado personal que ejerce el ministerio médico en la actualidad nos resulta difícil imaginar que hubo un día no muy lejano en que los especialistas no existían en la ciudad; al menos no existían con estudios formales de post-grado que los acreditaran como tales. El común denominador era el médico general, que se graduaba, -declaraban los títulos de las universidades del país-, como *Médico Cirujano y Partero*. Esos colegas nuestros de los otros tiempos atendían todos los casos que se les presentaban en el consultorio o a los que eran llamados a visita domiciliaria, así fuese un niño con enfermedad exantemática o la hemorragia vaginal de una mujer o la insuficiencia cardíaca de un anciano. Quien se decía obstetra, o cirujano o pediatra, no era porque hubiese participado en cursos formales de residencia hospitalaria, sino porque tenía una predilección *en especial* a esos menesteres de operar, o de ver niños o atender partos y los ejercía preferentemente sobre sus demás casos de consulta caracterizándose por esa *especialización* entre la gente común.

Muchos de esos colegas eran muy honestos en su proceder personal y se avocaban a leer libros y artículos sobre la *especialidad* que profesaban, y algunos llegaban a mejor superación de su ser profesional acudiendo a título de observadores a los hospitales de la capital, para aprender los procedimientos y las técnicas utilizadas por las eminencias en determinada disciplina: Velasco Zimbrón en Ortopedia, Ignacio Chávez en Cardiología, Castelazo Ayala en Obstetricia, Federico Gómez Santos en Pediatría, Cosío Villegas en Neumología, Fernando Latapí en Dermatología, etcétera.

De esos maestros habían de surgir los primeros especialistas que llegaron a Saltillo a principios de los años cincuenta inaugurando una nueva etapa en la historia de la medicina saltillense. Y así, convocados por el doctor Avilés, empezaron a laborar en el hospital a donde acudían los enfermos referidos por los médicos generales para su evaluación diagnóstica y su tratamiento. Entre estos especialistas se encontraban según transcribo de una nómina de esos tiempos, el doctor Gilberto Martínez Cárdenas inaugurando el servicio de otorrinolaringología, Marcelino L. Garza Peña en odontología, Raúl López Estrada en cardiología, Adolfo Rodríguez Rivera en

neumología, Eduardo Dávila Garza en gastroenterología, Arnoldo Villarreal Zertuche en Pediatría, Augusto Barragán de la Fuente y Kerim Talamás en Obstetricia, José Isidro Valdés en Anestesiología, Manuel Elizondo Cárdenas en Urología, Fernando Durán Beittes en Radiología y en los muy importantes servicios de Laboratorio, banco de sangre y Patología el doctor Marcelo Valdés Muriel.

Me parece ahora, apreciando el panorama de la gestión del Dr. Carlos Avilés a distancia, que uno de sus más significativos logros fue el haber implementado los nacientes servicios de educación médica en el hospital poniendo a disposición de los pasantes de Medicina que ya estaban a punto de graduarse los servicios del hospital y su personal, para que en ellos obtuviesen una más completa formación profesional. Muchos de los pasantes que asistieron al hospital en ese tiempo fungieron después en él como médicos internos y son ahora muy prestigiados profesionistas en nuestra ciudad: los doctores Antonio Martínez Valdés, los hermanos Ildefonso, Raúl y Rodolfo Villarello, Alberto Fuentes García, José María Dávila Ramos, Enrique Martínez Cabrera, Humberto Verástegui, Darío Hernández Zamarrón, Rodolfo González Carielo, José Cruz Aguirre Oyervides.

Para el año de 1960 la planta médica y de enfermería del Hospital Civil de Saltillo era ya una agrupación muy completa de personas entregadas competentemente al quehacer de curar, dando plenitud y justificación a la razón de ser del hospital. Por su trascendencia en nuestra historia publicó aquí una copia de la nómina correspondiente al mes de enero de 1960 en la cual se aprecian, a más de los puestos de cada médico, los sueldos que percibían. Gentes de otros años... dineros de otros tiempos...

### **¿Y USTED QUE SABE HACER, DOCTOR?**

Como se ha dado a notar en el transcurso de este relato, el nombramiento del Director del Hospital dependía única y exclusivamente de la determinación del Gobernador del Estado en turno, quien lo designaba en el inicio de su gestión para que fungiera en el cargo durante el período de seis años que duraba la administración gubernamental. Pues bien, seis años habían pasado ya desde el comienzo de las fructíferas acciones directivas del doctor Avilés Falco cuando llegó un nuevo Gobernador en el mes de diciembre de 1963, lo cual equivale a decir que llegó también un nuevo Director al Hospital.

Esta vez fue un médico foráneo proveniente de la ciudad de Torreón y se llamaba Jesús Fernández Aguirre, médico gastroenterólogo hermano de don Braulio el gobernador y totalmente desconocido en la ciudad. Los únicos médicos que sabían de él eran los que integraban la *Clínica Saltillo* que estaba por las calles de Aldama y Xicoténcatl, pues sabiéndolos médicos de arraigo y de prestigio en Saltillo, había acudido a ellos pretendiendo que le sirviesen de conducto para presentarse ante los demás médicos que ejercían en el Hospital, a lo cual ellos accedieron con esa *nobleza obliga* que se da entre los profesionistas de las circunstancias del doctor Fernández, que habría de administrar un hospital entre desconocidos para él.





**RECORRIDO EN LAS estancias del hospital durante un simulacro de tratamiento a los pacientes, observa la jefa de enfermeras Celia Obregón y el Dr. Carlos Avilés Falco.**



Hasta el tiempo que vengo reseñando, el funcionamiento médico y administrativo del hospital había sido un asunto regido exclusivamente por saltillenses. Y saltillenses de mucho arraigo y nombradía, además. Pero como suele suceder tarde o temprano en toda ciudad en crecimiento, inevitablemente empiezan a involucrarse en el medio algunas personas procedentes de otras partes que, allegándose a los círculos en que se desempeñan, comienzan a entremezclarse con los originarios del terruño. Para Saltillo en general, y en particular para el Hospital Civil, había llegado la hora de que aquella situación de continuar, digámoslo así, trabajando en familia, se viera interrumpida.

Nuevos huéspedes habían llegado a la casa de Saltillo, y uno de ellos era precisamente el doctor Fernández, quien se presentaba no en calidad de un simple ciudadano más, sino investido con el gratuito atributo de ser hermano del Gobernador. Y bien se sabe lo que en el país significa eso: influencia, canongías, caravaneos. Por de pronto el doctor Fernández ya estaba allí, puesto -impuesto- de Director del Hospital oficialmente y punto final.

Después de un año y medio de estar en el Hospital el nuevo director, se produjo el primer cambio: el de introducir a la planta de médicos un grupo de internos provenientes de la Escuela de Medicina de Torreón dirigida por el diligente doctor Joaquín de Valle, hombre muy talentoso en sus funciones por aquellas latitudes. Esto traería como consecuencia que de allí en adelante se recibiría en el hospital una cuota de seis pasantes que efectuarían allí su internado rotatorio de pregrado. Curiosamente, aún cuando esto implicaba necesariamente una etapa de educación médica formal y constante, no había en el Hospital ni Departamento de Enseñanza ni nadie que tuviese a su cargo la coordinación de los pasantes llegados a efectuar sus prácticas médicas en el hospital. No cabía duda, la etapa aquella de conocerse unos a otros en el hospital había terminado. El *nosotros* que antes formaban los médicos saltillenses empezaba a ser, a partir de entonces, un *nosotros mas ustedes los llegados*, con el doctor Fernández Aguirre a la cabeza.

Fue por esos días, en febrero de 1966 cuando me presenté a ofrecer mis servicios al doctor Fernández como cirujano plástico-reconstrutivo recién egresado de mis estudios de post-grado en los Estados Unidos. Recuerdo como si fuera ayer la entrevistas curiosísima de que me hizo objeto el doctor Fernández Aguirre en aquella ocasión. Tras exponerle el motivo de mi visita expresando que era mi deseo colaborar con mi especialidad en la planta de médicos, él me preguntó que qué era lo que yo hacía en mi especialidad, aclarándome ante todo que en el hospital no estaba contemplada ninguna plaza para cirujano estético.

- Ni yo hago cirugía estética -repuse
- ¿Entonces a qué se dedica?
- Reparo defectos congénitos, como labio leporino...
- Pues aquí eso lo hace el doctor Gilberto Martínez...
- Hago cirugía para extirpar tumores faciales...
- Pues aquí eso lo hace el doctor Gonzalo...
- Trato pacientes con quemaduras...
- Pues aquí eso lo trata el doctor Rico...



-Veo accidentados con heridas de tejidos blandos... Pues aquí eso lo hacen los médicos de emergencia y el doctor Villarelo.

En este punto me dieron ganas de decirle que muchas gracias por haberme recibido y hasta luego, pero me detuve cuando me hizo un ofrecimiento con su lento hablar:

-Mire doctor, nos hace falta un cirujano para las emergencias de noche, pero tendrá que entrarle a todas las cirugías de urgencias que lleguen, y en las mañanas trabajar bajo las órdenes del doctor Gonzalo Valdés. El sueldo no es mucho, agregó - pero es un poquito más que el de un interno.

Y por tal de tener acceso a trabajar en el Hospital, acepté, máxime que ya sabía yo que estar en los quirófanos junto a don Gonzalo sería un privilegio para mí independientemente de quién fuera el director del Hospital. Y agradeciéndole al doctor Fernández, me encaminé al piso de Cirugía para iniciar mi ministerio médico quirúrgico en el Hospital.

Casi coincidentalmente con mi ingreso al Hospital Civil, el Director nombró un subdirector en la persona del doctor Felipe Calderón, quien empezó a fungir en su cargo estableciendo un efectivo enlace entre la Dirección y los médicos que, por ser sus coterráneos se sentían identificados con él y colaboraban de una manera más estrecha en la atención de los servicios. Esta medida estratégica de don Jesús fue unida a otra más: la de encomendar en mis modestas manos la Jefatura del Departamento de Educación Médica, inexistente hasta entonces, mismo que quedó fundado a partir de aquel mes de abril. Desempeñé el puesto por corto plazo, tan corto como el que el doctor Calderón fungió como subdirector. Ambos nos separamos de nuestros cargos por razones que no viene al caso comentar aquí y continuamos en nuestros servicios médicos al igual que los demás colegas, entre quienes se habían agregado por aquellas fechas otros especialistas: el doctor Carlos García Leos, ingresado al Servicio de Otorrinolaringología, el doctor Jaime Mancillas en el servicio de Dermatología, el doctor Fortunato Rodríguez Castañeda en el servicio de Urgencias Quirúrgicas y Obstetricia, el doctor Enrique Rodríguez del Río en Gastroenterología y el doctor Hugo Castellanos Ramos, en el Servicio de Medicina Interna.

### **LA MONJA QUE SE APARECE EN EL HOSPITAL**

Fue por esos días cuando me tocó ser testigo presencial de un extraño caso que se presentó en el hospital una noche que yo salía de operar y caminaba por uno de los corredores, que a esas horas estaba solo y en penumbras. Pero déjeme el lector relatar todos los pormenores de ese espeluznante incidente.

Para esto he de decir que yo era un joven estudiante de medicina cuando oí hablar por primera vez de esa extraña cuestión. Era el mes de septiembre de 1956. Salían los médicos de su sesión clínica y platicaban en la puerta del auditorio del hospital. Recuerdo que entre las pláticas del corrillo que se hizo allí, hablando de las visitas a los enfermos internados, Juanito Gallart le dijo al doctor Gonzalo: -Yo mejor procuro no venir a pasar visita muy de noche, no sea que se me aparezca la monja esa que dicen. Y

don Gonzalo, con su imprescindible cigarro en la boca, le contestó: -¡Ah qué Juan, tú haciendo caso de esas habladas! ¡Malajos con los aparecidos!

Y así quedó aquello, como quedan esas historias viejas que se nos meten debajo de la piel desde que las oímos siendo niños o jóvenes. Pero resulta que diez años después, cuando ingresé a ejercer mi especialidad en el hospital, volví a oír hablar del asunto tenebroso aquel por boca del doctor Durán Beittes. Salíamos de estudiar a un enfermo en su gabinete de Radiología en el sótano del hospital cuando me dijo: -Pues ahora resulta que a la laboratorista que vino ayer en la noche a tomarle una muestra de sangre a este paciente, la asustó la monja esa que dicen que se aparece.

Eso incitó mi curiosidad y quise saber más al respecto. Pregunté aquí y allá a médicos, enfermeras, afanadoras y camilleros. El rumor era general, coincidente: que sí, que había una monja que se aparecía en las noches allí dentro. Que salía casi siempre del banco de sangre caminando hacia la farmacia, donde desaparecía. Cierto o no, el caso es que a mí me constaba que mucho personal evitaba pasar por esos lugares ya después de las once de la noche.

Así estaban las cosas cuando se me llegó lo de aquel día, o mejor dicho, lo de aquella noche, una noche de enero de 1968. Era invierno, un invierno de mucho frío y mucha niebla, y yo había terminado de operar a un campesino traído a la media noche del ejido de Santa Teresa de los Muchachos, con una bala alojada en pleno rostro. La intervención quirúrgica fue tan laboriosa y prolongada, que terminé ya cerca de las cuatro de la mañana. Salía del hospital rumbo a mi automóvil cuando ví que una enfermera que iba delante de mí por el pasillo, al pasar frente a la farmacia, de repente se echó a correr desesperadamente sin razón aparente alguna. Viéndola así, diríase que de aquella carrera suya dependía para ella salvar su vida. Extrañado de la rara actitud de la joven en tan solitario y calmado ambiente, fui tras ella para ver si le podía ayudar en algo. La encontré en la puerta de salida, recargada en el marco, muy pálida y agitada. Temblaba todavía cuando yo le pregunté qué le pasaba.

-¿No la vió usted? -acertó a decirme-. Era la monja, la monja que se aparece...Iba yo al banco de sangre para sacar un suero cuando la ví salir de la farmacia y se me emparejó caminando a mi lado. Yo creí que era la madre Aurea, la que se queda de guardia, pero cuando le dije buenas noches, ella no me respondió ni volteó a verme, como si estuviera sorda. Entonces me fijé en su cara y se la noté muy tiesa y pálida, como de cera. Y ví que tenía la mirada fija hacia delante, como de muerta con los ojos abiertos. Allí fue cuando me entró mucho miedo y sentí un escalofrío en todo el cuerpo y en los cabellos, y como que me paralizaba de susto. No supe cómo, pero yo le corrí, corrí de ella... Sí es cierto doctor, sí es cierto que se aparece esa monja -concluyó diciéndome entre sollozos que luego se le hicieron llanto nervioso, entre el que volvió a decirme-: Yo no creía, pero sí es cierto... Dicen que es el ánima de Sor Marcela Grimaldi, la monjita que vino de León, Guanajuato, la que trabajaba en la farmacia del hospital, la que murió de una hemorragia del cerebro allí en la casa de las Hermanas. Y la enfermera señalaba con su mano hacia el frente, donde está la casa conventual de las Hijas Mínimas de María Inmaculada, que a esas horas de la madrugada estarían en los últimos minutos de sueño antes de sus oraciones de Maitines y su misa de alba.

Cuando subí a mi automóvil tuve la sensación de que yo también tenía prisa por alejarme de aquel escenario de ánimas en pena.

La conseja de la religiosa que se aparece en el hospital persiste hasta la fecha, y personas que me merecen el más amplio crédito por su seriedad, me han dicho que a ellas también, alguna noche de esas muy oscuras, en los corredores solitarios y penumbrosos del Hospital...

## CAPITULO III

---

# LA LLEGADA DE LOS TIEMPOS NUEVOS

### ME VOY A MORIR A LAS DIEZ, HIJO...

Terminó don Braulio su gestión y fuese el doctor Fernández Aguirre. Se fue no sólo del Hospital, sino también de la ciudad a la que había llegado nuevo gobernante, el ingeniero Eulalio Gutiérrez Treviño, persona muy querida por las gentes de la entraña coahuilense y de muy prestigiados antecedentes como Presidente Municipal que había sido de Saltillo.

¡Cómo olvidar la memorable ocasión que siguió! Eran las siete y cuarto de la mañana del martes 9 de diciembre de ese año 1969 cuando el timbrar del teléfono me despertó del sueño.

-¡Hola maestro!; habla el doctor Calderón -oí por el auricular-. Quiero comunicarte que don Eulalio me llamó para que me haga cargo de la Dirección del Hospital. Te espero en el Auditorio en un rato más. A las nueve me va a dar posesión el licenciado Villegas Rico, Secretario General de Gobierno. Además... bueno, después lo comentamos más despacio, por lo pronto prepárate para fundar el Servicio de Cirugía Plástica en el Hospital. Tú serás el Jefe.

Era el doctor Felipe Calderón Mireles quien hablaba. Saltillense también, renombrado urólogo adscrito a la planta del Hospital desde 1960 e hijo de maestro muy afamado en las lides educacionales de la entidad. Con el doctor Calderón, que nombró como subdirector al doctor Juan Manuel Farías, se iniciaría una etapa de progreso ininterrumpido en el hospital.

Tan pronto como comenzó su encomienda, percibió que una de las mayores inquietudes que privaba entre el personal, expresada en forma de clamor general, -y muy justificado, además-, era la de pretender la obtención de mejores prestaciones y una remuneración económica más adecuada a los tiempos que se vivían. Los sueldos del personal médico, de enfermería y de intendencia, no habían sido aumentados desde... bueno desde hacía casi seis años. A pesar de las muy reiteradas peticiones hechas a la administración anterior, todo había quedado en aquella crónica excusa de *falta de presupuesto*. Mas he aquí que el nuevo director, habida cuenta de que en el pasado inmediato formaba parte de los médicos que recibíamos un exiguo emolumento; tomó cartas en el asunto y él supo cómo, pero un buen día de 1970 se informó, para beneplácito general, que habría aumento de sueldo para todos en el Hospital. Desde los jardineros hasta los jefes de servicio pasando por las afanadoras y galopinas.



Aquello, como es natural, no solamente estimuló el entusiasmo de todo el personal en la prestación de una más eficiente colaboración al servicio de los enfermos, sino que también atrajo la participación más estrecha y unificada de los doctores sumando sus afanes a los de la dirección, que quería ver al Hospital transformándose en un mejor centro asistencial cada día. Y con todo ese estímulo y entusiasmo, un buen sábado de mayo de 1970 volvió a verse colmado de médicos el auditorio. Se habían vuelto a programar las sesiones clínico-patológicas semanales y aquella primera reunión era para dar nuevo surgimiento a la Sociedad Médica del Hospital Civil, en cuyos procedimientos de aquel día resultó electo Presidente de la misma el doctor Juan Gallart Galindo, quien como se recordará se desempeñaba en la jefatura del Servicio de Medicina Interna.

Mientras esto sucedía en Saltillo, allá en la Capital estaba teniendo lugar un suceso muy infausto íntimamente relacionado con nuestra historia. De él quiero ocuparme porque bien merece quedar consignado no solo en este libro, sino en todos aquellos que hablen de la Historia de la Medicina en Saltillo. Porque el hombre que por desgracia lo estaba protagonizando es un personaje que pertenece a las páginas de todas las historias de nuestros hospitales y de nuestra Medicina. Hablo del doctor Gonzalo Valdés Valdés. Y en este libro, que en parte es un libro de él mismo, tengo el honor de dar a conocer por vez primera ante propios y extraños los detalles de sus últimos momentos de vida en este mundo.

Una semana antes de los días que vengo reseñando, caminando yo con don Gonzalo en el hospital rumbo al piso de Cirugía, noté que subía las escaleras con mucha fatiga. Se detenía de trecho en trecho para recuperar la respiración y luego continuaba ascendiendo jadeante.

-Ya no andaré mucho por aquí, doctor- me soltó en tono de mal augurio-; estoy más enfermo que muchos de mis enfermos. -Vió el cigarro que tenía en su mano cual inculcando al fumar como la causa de su enfermedad y luego, dejando de hablar de sí mismo me dijo:- A propósito de enfermos, yo quisiera que me haga el favor de ir a consultar a mamá Juanita. Está inconciente desde hace tiempo y tiene en la piel unas úlceras de decúbito. Usted sabe de eso-. Y yo, concediéndole la primacía en experiencia, objeté: -Pero doctor, es como si me pidiera ir a la casa del obispo a enseñarle cómo se reza el Padre Nuestro. El me respondió deteniéndose en el último peldaño:- ¡ah qué doctor, no se subestime ni me suba tanto. Nos vemos ésta tarde en la casa de Rayón. Sirve de que después de que vea a mi suegra le enseñe unos libros de Cirugía escritos por los Preceptores de París. Son una joya de literatura médica que usted apreciará mucho.

Aquello era el principio del fin. De allí en adelante los hechos se desencadenarían terriblemente incontenibles. Accediendo a lo que nunca había aceptado antes, el doctor Gonzalo se sometió a unos exámenes radiológicos del tórax mientras su esposa Graciela estaba en México visitando a su hermano José. Y un día que ella le llamó preguntándole cómo estaba, él, que ya tenía el veredicto mostrado con patética certeza en las radiografías aquellas, disfrazó la verdad: -Estoy bien, solo tengo una gripilla. Ya encontrarás novedades cuando regreses. Anticipó el regreso doña Chela, presintiendo

malas nuevas. Y malas nuevas había: don Gonzalo estaba notoriamente deprimido y triste. -¿Qué te pasa? -le preguntaba ella con insistencia. Y por toda respuesta él contestaba: -Estoy cansado. ¿Qué crees que cuarenta años de trabajar como he trabajado son cualquier cosa? Intuiría algo su esposa, pues le demandó: -Si estás enfermo cúrate; tú sabes cómo. Y él repuso con su simpleza característica: -Mira, de algo me he de morir, y no va a ser de parto.

Al principio era una mancha muy pequeña en la base del pulmón izquierdo, pero sus malestares fueron aumentando, razón por la que él, que conocía como nadie el diagnóstico y el pronóstico de su enfermedad, convino a que le llevaran sus familiares a México. Le abrieron su expediente de ingreso en el Hospital 20 de Noviembre trasladándolo luego al segundo piso, tercera sección y lo encamaron en el cuarto número uno. Allí sobrevendría el desenlace final. Estaba en aquella cama atendido por los más prestigiados neumólogos de México. No, no podía recurrirse al recurso de operarle el tumor aquel: el otro pulmón estaba tan enfisematoso que imposibilitaba la anestesia general. Por una extraña paradoja de la vida le estaba negado al doctor Gonzalo Valdés el beneficio de la cirugía. A él, que tantas vidas había salvado precisamente por medio de la cirugía. Ya sólo quedaba esperar. Esperar sin más remedio.

Y en esa espera desahuciada, él no dejaba de verse constantemente las uñas y pedía a su hijo Gonzalo que le dijera de qué color tenía los labios. Así, detectando uno a uno los signos de avance de su enfermedad, sabiendo muy bien cuál sería la siguiente manifestación clínica en orillararlo cada vez más hacia el final de su vida. Desgracia de los médicos es esa de conocer anticipadamente cómo se desencadenarán, paso a paso, los acontecimientos de nuestra enfermedad postrera hasta que...

Hasta que el lunes 21 de septiembre la dificultad respiratoria se le agravó en grado extremo. Entraron los especialistas a examinarlo, y saliendo del cuarto acordaron hacerle una traqueotomía, pero el doctor Eduardo Valdés, sobrino suyo, se opuso a ello. Tan grave estaba ya don Gonzalo. Y cuando a eso de las seis de la tarde tuvo un rato a solas con su hijo mayor, le anticipó en voz apagada: -Yo creo que me voy a morir como a las diez de la noche, hijo.

No se equivocó el doctor en su último pronóstico: unas horas después la voz de alarma irrumpió en los altavoces del hospital alertando a los médicos para una emergencia crítica: -Atención médicos de guardia, urgente presentarse en dos, tres, uno-.

Ellos entendían la clave. Acudieron de inmediato los doctores Francisco Carreón y Juan Lino Fernández. Analépticos cardio-respiratorios, intubación traqueal, masaje cardíaco... No, ya no respondió su organismo. A las diez y veinticinco de la noche don Gonzalo se encontraba con Dios, que ya lo conducía a la vida que no termina nunca. Y todo comenzó a ser paz y gozo para él.

Hoy recuerdo a don Gonzalo Valdés como él era: hombre bueno colmado de un extraordinario talento quirúrgico y de modestia; caminando sin prisas por las estancias del hospital portando su corpachón un tanto encorvado. El nudo de la corbata puesto distraídamente fuera de lugar y las gafas cayéndole sobre su nariz. Una mano metida



en la bolsa de su saco desabrochado, la otra sosteniendo el cigarro al que daba una buena fumada para después restregarse la cara y seguir moviendo sus labios cual si estuviese probando algo.

Yo sé que ahora, en viéndome desde Allá mientras yo hago aquí un resumen muy breve de su existir, él me replicaría con una modestia ya liberada:

-¡Ah qué doctor; le faltó decir lo mero bueno: que me hicieron miembro del Instituto Smithsonian, que renuncié al Seguro Social porque querían que desfilara el Primero de Mayo imagínese nomás! También le faltó mencionar que fui el que introduje la Cirugía Metódica en Saltillo y que formé allí muchos cirujanos, que fui Jefe de Cirugía en el Hospital durante treinta años y director del Hospital al que la Universidad le impuso mi nombre. Total de cosas... hubo también muchas anécdotas más que se le quedaron en el tintero, como la vez aquella que fui a consultar a un señor muy pobre y... total de cosas...

Si, don Gonzalo, me faltaría contar todo eso y mucho más acerca de usted. Pero pierda cuidado de que yo las haya omitido, que a Dios no se le olvida nada. Y menos aún habrá pasado por alto concederle bienaventuranza eterna a quien, como usted, mereció la excelsa gloria prometida en el Sermón de la Montaña a los que hayan tenido en la tierra misericordia con los que sufren. Por eso ya escuchó usted en su juicio eterno por boca del Señor: -Entra en Mi Reino para siempre, Gonzalo... Porque estuve enfermo y fuiste a visitarme.

Había transcurrido menos de un año de aquella pérdida tan lamentable cuando un grupo de médicos y de personas con muy legítima conciencia de dar su lugar y su reconocimiento a quienes lo merecieron por sus hechos, promovieron ante las autoridades de gobierno la iniciativa de imponer al hospital el nombre de don Gonzalo, que tantos días y noches de su vida, meses y años, le había dedicado en cuerpo y alma. La aceptación de la idea fue inmediata y así, aquel sábado 23 de octubre de 1971, el Secretario General de Gobierno Lic. Oscar Villegas Rico develaba la placa alusiva ante los familiares del doctor Gonzalo, haciendo ver a todos que a partir de esos momentos el Hospital dejaba de ser *el Civil* para ostentar con muy enaltecido orgullo su nuevo nombre:

*Hospital Civil de Saltillo Dr. Gonzalo Valdés Valdés*

en perpetuo homenaje a la memoria insigne de tan eminente figura de la Medicina saltillense.

### LA MUERTE VIAJA POR TREN AL HOSPITAL

Hemos llegado al año de 1972 y estamos ya en sus últimos meses. ¡Cómo olvidar aquellas circunstancias en las altas horas de la noche, las primeras horas de aquel fatídico martes 5 de octubre! Fue primero un telefonazo de la señora Eloísa Gutiérrez Treviño, quien me llamaba de la Cruz Roja urgiéndome ir allá cuanto antes *porque ha sucedido algo terrible* -me dijo. No pregunté más por la premura que noté en su voz, y al ir transitando por las calles a oscuras empecé a escuchar un incesante ulular de sirenas, de una, de otra, de muchas; por un rumbo primero, por todos después. Lo

supe momentos más tarde: había ocurrido en las afueras de Saltillo, en el lugar conocido como *Puente Moreno*, una de las peores catástrofes mundiales de ferrocarriles de que se tenga memoria. Había descarrilado un tren repleto de peregrinos que provenían de la festividad religiosa de San Francisco el día anterior celebrada en Real de Catorce.

Imposible olvidar las escenas de aquella madrugada y las de las mañanas, tardes y noches que siguieron. El Hospital parecía, más que hospital, un lugar de depósito de víctimas de una guerra calamitosa. Decenas, cientos de muertos apilándose en la morgue, muchos de ellos desmembrados, mutilados espantosamente, otros irreconocibles de tan calcinados por las quemaduras. Heridos, cientos de heridos lacerados horriblemente, sangrantes, todos acumulándose en medio de sus ayes dolorosos en los corredores del Hospital porque ya las demás estancias eran insuficientes.

Febril actividad de médicos y enfermeras por doquier en el Hospital, todos dados a la urgentísima labor de salvar la vida de quienes se les pudiera rescatar de la muerte que campeaba inmisericorde, de operar uno tras otro a aquellos infortunados seres humanos, peregrinos con los que el destino se había encarnizado, gente humilde toda ella. El quehacer en los quirófanos era incontenible, ininterrumpido, con todos los médicos, cirujanos y traumatólogos reclutados allí sin excepción, con descanso apenas para tomar un café en medio de los procedimientos. Llanto y gemir de familiares en búsqueda del padre, de la madre, del hijo que no aparecía por ningún lado. Entrometimiento inoportuno de reporteros, de agentes del ministerio público, de gente curiosa con codicia de morbo. Dolor; tragedia. Luto y sangre. Sudor y cansancio de médicos y enfermeras. Hogares destrozados. Lágrimas. Muerte y duelo.

Yo ví llegar al Hospital a don Eulalio aquel martes como a las once y media de la mañana, inquietado por la situación aquella tan fatalmente desastrosa. Llevaba el ceño torcido de preocupación bajo la tejana, que se quitó para enjugarse el semblante sudoroso de sus ya siete horas de andar supervisando las faenas de salvamento en el lugar de la tragedia, en los hospitales, en su despacho donde se recibían incesantes llamadas de todas partes de la república ofreciéndole solidariamente ayuda. Llegó a la oficina de la Dirección acompañado del licenciado Humberto Gómez Villarreal, su inseparable colaborador, para obtener reportes de las circunstancias, para ofrecer su aporte en los que fuese necesario. Más personal, más materiales de curación, sangre, más medicamentos... más ataúdes...

Recuerdo haber seguido en los quirófanos lado a lado con otros cirujanos y traumatólogos, intervención tras intervención, cinco días más en los que escasamente íbamos los doctores a nuestras casas, si acaso para dormir lo indispensable. Luego fueron menguando las circunstancias tan críticas. Los corredores del Hospital empezaban a desalojarse de heridos. Algunos de ellos porque eran dados de alta. Otros porque morían. Yo no sé cuántos perdieron la vida en aquel percance. Unos dijeron que más de trecientos cincuenta, otros que más de quinientos. No lo sé. El Libro de Records Guinness que consigna los acontecimientos que alcanzan las mayores proporciones mundiales señaló que fueron 475 víctimas. No lo sé. Lo que sí sé es que

si alguien me preguntara cuáles son los días en que más he trabajado continuamente y menos he dormido, y en los que más me he conolido por la tragedia de r is semejantes, yo contestaría sin vacilar que fueron esos de la tragedia de Puente Moreno. En cuanto al Hospital, pasó airoso aquel dolorosísimo reto que el infortunio de los malaventurados peregrinos le había impuesto.

Todavía muchas semanas después proseguían los trabajos en las áreas de Cirugía y en los cuartos de internamiento en los que muchos heridos, sobre todo por quemadura o por fracturas, continuaban su largo período de recuperación. Hasta que finalmente, allá por el mes de marzo del siguiente año salió la última víctima apoyando sus pasos en muletas porque le habían amputado la pierna derecha. Era un zapatero de barrio que había perdido en la tragedia a su esposa y a su hijito de tres años. Y llevaba él la cara marcada por una cicatriz en la mejilla. Pero más marcada aún por la dolorida expresión de tristeza que ponía en todo su rostro un gesto de congoja que movía a compasión.

### TOGA Y BIRRETE DE UNIVERSITARIO

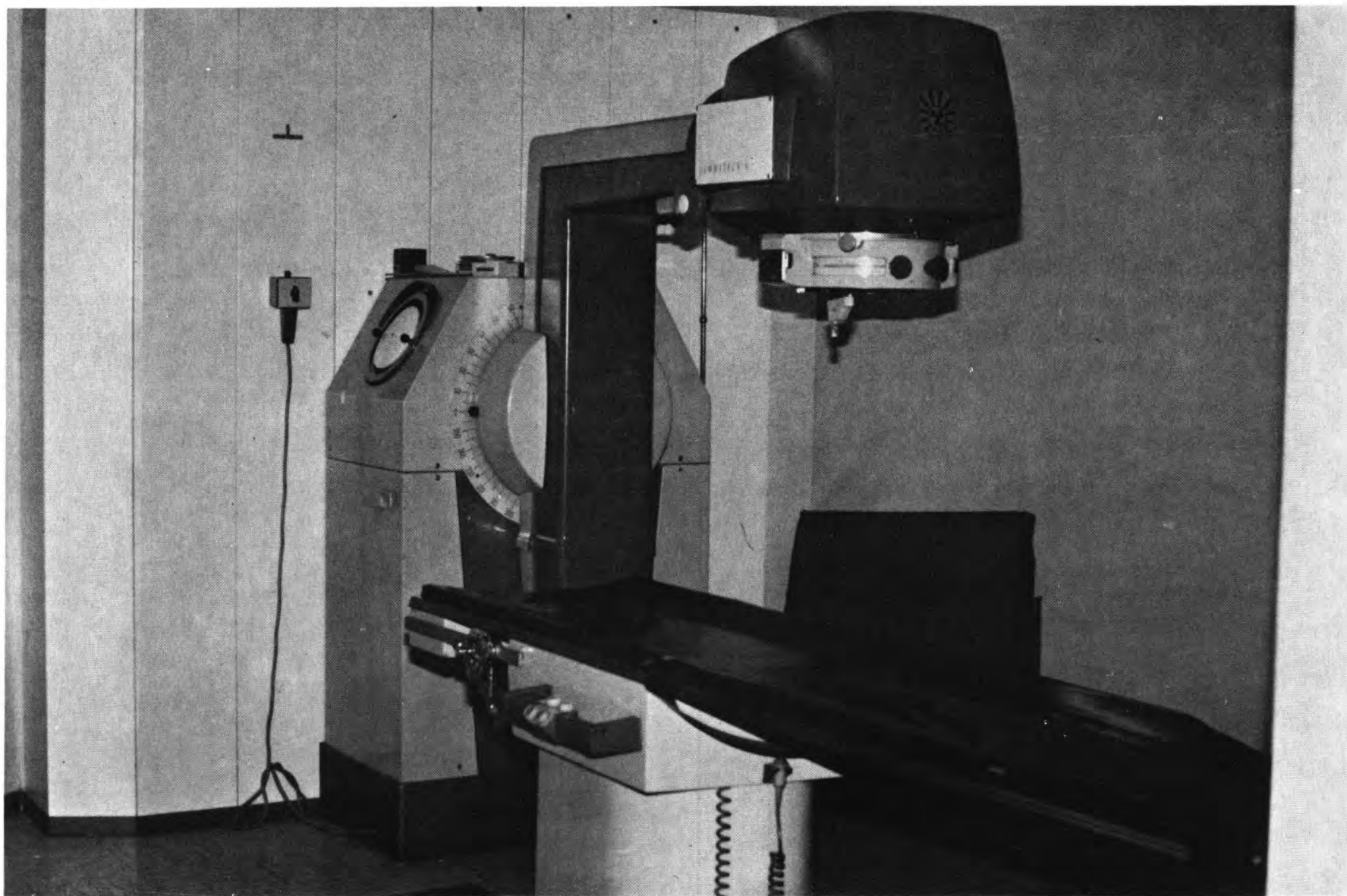
En los meses que siguieron con el doctor Calderón Mireles al frente del Hospital se suscitaron varios progresos de extremada valía. Era la época de la Medicina Nuclear y ésta hizo su entrada al Hospital inaugurándose la Bomba de Cobalto, avance que ya hubieran querido para sí muchos otros centros asistenciales de la República. Además de eso los cuartos llamados de Distinción fueron totalmente remodelados instalándose en ellos nuevos servicios sanitarios, tapiz y cortinería, confiándose dichos trabajos al arquitecto Raúl Ramos Mazatán. Por esos días se habilitó también el departamento de Diálisis para atención de los pacientes con insuficiencia renal, lo cual, junto con el servicio de Terapia Nuclear, dio un toque de manifiesta modernización al Hospital.

El año de 1975 se sucitó una circunstancia que habría de cambiar radicalmente a partir de entonces la vida interna del Hospital Universitario: he aquí que por decreto del gobernador don Eulalio Gutiérrez Treviño, el Hospital dejaba de pertenecer al Estado para incorporarse al patrimonio de la Universidad Autónoma de Coahuila, que por esos meses estaba estrenando su autonomía teniendo como su primer Rector electo al licenciado Melchor de los Santos Ordóñez. La decisión concertada de transferir el Hospital a la Universidad tenía oficialmente una doble finalidad: la primera era la de pasar sus manejos presupuestales a la Universidad haciéndolo depender de la Rectoría totalmente. El segundo objetivo era más prioritario que el anterior, pero como opción para habilitarse en el futuro: la de servir como centro de educación y adiestramiento a los futuros médicos que cursaban su carrera en la incipiente Escuela de Medicina de la UAC, que recién había nacido en aquellos meses.

El decreto que daba formal noticia de esa transferencia del Hospital Civil *Dr. Gonzalo Valdés Valdés* del Estado a la Univeridad fue publicado en el Periódico Oficial correspondiente al sábado 12 de julio de 1975 y dice textualmente:

*3o. Las instalaciones, equipo, instrumentos y todos los bienes muebles que actualmente están destinados al servicio del Hospital Civil Dr. Gonzalo Valdés Valdés de la ciudad de Saltillo, pasarán*





" BOMBA DE COBALTO ".



a formar parte del patrimonio de la Universidad Autónoma de Coahuila.

*4o. Los terrenos y edificios que actualmente están destinados al servicio del Hospital Civil pasarán a formar parte del patrimonio de la Universidad, para la cual el Gobierno del Estado... deberá transmitir a la Universidad la propiedad de dichos inmuebles previos los trámites legales correspondientes.*

*5o. Los trabajadores de base y de confianza que al entrar en vigor este Decreto se encuentren laborando al servicio del Hospital Civil, pasarán a depender de la Universidad Autónoma de Coahuila.*

*6o. Las cantidades que actualmente destina el Gobierno del Estado al Hospital Civil Dr. Gonzalo Valdés Valdés... y todos los demás recursos que por cualquier medio se destinan al mencionado Hospital, se entregarán a la Universidad Autónoma de Coahuila para que esta Institución se encargue de su sostenimiento a partir de la fecha en que entre en vigor este Decreto.*

He querido recabar y exponer este documento para hacer del conocimiento público los detalles del protocolo por medio del cual a partir de ese día 12 de julio de 1975 el Hospital era ya, de hecho y de derecho, una parte de la Universidad. Las relaciones administrativas y laborales tanto de su personal de confianza como de sus elementos de base, dependerían directamente de las determinaciones del señor Rector y sus colaboradores.

Este cambio fue recibido con mucho beneplácito por los médicos. Formados en Universidad y sabedores de lo que ser universitario significa en su muy amplia dimensión del humanismo abierto al pensamiento, volver a la Universidad era como volver a entrar en la casa paterna viviéndola allí, en el Hospital.

No, no hubo cambio alguno en la Dirección por lo pronto, pues el Rector solicitó al doctor Calderón que continuase en su cargo hasta en tanto Rectoría tomaba la decisión de nombrar a su nuevo Director en los siguientes meses. En lo que sí hubo cambios, y muchos, fue en la situación laboral del personal, que desde entonces quedó afiliado al sindicato de la Universidad percibiendo con ello todas las prestaciones de que gozaban los trabajadores de las demás dependencias. Ese año el desayuno del Día del Médico que tradicionalmente ofrecía la Dirección a los facultativos que ejercíamos en él, ya no fue presidido por los representantes de las autoridades del Estado, sino por el Rector en persona.

### INICIA CON FORTUNA FORTUNATO

El año de 1976 había comenzado abriendo para el hospital un horizonte de renovadas amplitudes y perspectivas. Su nueva condición de Universitario le supeditaba a vincular estrechamente sus autoridades con las de la Universidad en una relación continua e inseparable entre los más altos funcionarios en ambas instituciones. Dado que el Rector acordó con sus colaboradores darle al hospital nuevos encauces administrativos, determinó llegado el tiempo que se había estipulado para la continuidad de la gestión directiva del doctor Calderón, que ya se había extendido por seis meses. Fue entonces que la mañana del viernes 16 de abril de 1976,



fuimos llamados ante la presencia del Rector el doctor Fortunato Rodríguez Castañeda, a quien entregó el nombramiento de Director, el doctor Alfonso de Jesús Valdés Dávila, designado sub-Director y quien escribe, para otorgarle el cargo de Jefe de Educación Médica.

Era el doctor Fortunato un médico gineco-obstetra que había ingresado al hospital el mes de septiembre de 1966 y a la sazón se desempeñaba como catedrático y Secretario de la Escuela de Medicina de Saltillo, circunstancia que le hacía compartir sus labores con los psicólogos Ariel González Alanís y Orlando Salvador Rendón Yáñez, enviados por la Rectoría a dicha escuela por su vasta experiencia en Orientación Vocacional y Psico-pedagogía. Seguramente fueron esos nexos de trabajo los que manifestaron ante los emisarios de la Universidad las dotes administrativas del doctor Fortunato, cuestión ésta que llegó al conocimiento del Rector durante los acuerdos internos con sus colaboradores para asignar nuevo Director. En cuanto al doctor Valdés Dávila, fue propuesto a su vez por el doctor Rodríguez para que fuese su colaborador por haber convivido largos años como funcionarios compañeros en los Servicios Coordinados de Salubridad.

Tras efectuar una evaluación integral de las circunstancias que prevalecían tanto a nivel del personal como de los recursos económicos y materiales, se llegó a la determinante conclusión de que el Hospital, dado el crecimiento de sus demandas públicas, era una empresa que ya no podía seguirse manejando sobre su marcha de cada día ni en manos de una o dos personas. Requería toda una nueva estructuración, un organigrama nuevo contemplando la creación de departamentos responsabilizados del manejo de áreas específicas. Atendiendo a esto fue convenida con la Rectoría toda la transformación que se necesitaba para la conducción eficiente del Hospital obteniéndose como resultado que la Universidad no sólo aprobase aquella reestructuración, sino también que implementara personal de confianza asignado a los nuevos departamentos: una contadora llamada Magdalena Marrufo, enviada por Tesorería, un administrador procedente de la Oficialía Mayor, la Lic. Felcitas Molina, una Trabajadora Social, la señora Susana Farías y una dietista, la señorita Concepción de la Peña. He de consignar una innovación que se introdujo en ese tiempo: la de establecer una Jefatura de Enfermería, designación que hasta entonces no existía estando encargadas como coordinadoras, según se recordará, las religiosas adscritas a cada servicio. El nombramiento de Jefe de Enfermeras fue otorgado a la Enfermera Sofía Ríos Salazar. Con todo ello se conjuntaba ya un cuerpo de funcionarios que tenía por tarea fundamental el lograr una mayor eficiencia en todos los niveles, tanto en los de atención médica, como en los de la captación de recursos económicos y buen uso de los elementos materiales.

Cada mañana en punto de las ocho los responsables de cada área nos reuníamos en torno al escritorio del Director para comentar las circunstancias y necesidades de los distintos departamentos: Enfermería precisaba cubrir a dos enfermeras incapacitadas, a Administración le urgía reponer batas de cirujano para quirófano, Enseñanza requería habilitar una aula para presentación de audiovisuales, en fin Bien pronto surgió la necesidad de dotar a cada departamento de una oficina, pues hasta esas



"JEFATURA DE ENFERMERAS".



fechas la única oficina que tenía el área administrativa situada en el segundo piso del Hospital era la Dirección. Los escritorios del resto del personal estaban allí, dispuestos abiertamente en aquella área semicircular muy basta, como en las oficinas burocráticas del gobierno.

El problema de instalar cubículos para los nuevos departamentos fue resuelto de inmediato por la empresa *Talleres El Popo*, cuyo fundador y gerente, don Rodolfo Aguirre Dávila, hombre de gran talento e ingenio para diseñar mobiliario de oficinas, propuso hacer privados para cada funcionario utilizando tablaroca, lo cual se llevó a cabo el mes de julio de ese año. En una de esas oficinas, la que ocupaba el Departamento de Contabilidad tuvo lugar un trance muy comprometido que puso en peligro la vida de nosotros los directivos provocado por las acciones nefastas de ciertas personas. De ello hablaré más tarde, por lo pronto continuaré diciendo que el área administrativa, ya modificada en su planta física, promovía también cambios trascendentales en el ámbito del personal.

### NUEVOS HORARIOS... PROTESTAS NUEVAS.

El cambio empezó con el aspecto más poco grato de ejecutar para los médicos directivos: el someter a los colegas que trabajaban en el hospital a horarios de entrada y de salida registrados en tarjeta individual checada en reloj fechador, exigencia ésta impuesta por la Universidad, que así como enviaba ayuda, determinaba también requerimientos rígidos y escrupulosos.

Para esto he de decir que hasta esos días los médicos laborábamos en un horario que, aunque acordado por la Dirección, no era sometido a cumplimiento con exactitudes registradas por reloj. Sin que nadie nos controlara horarios de entrada ni de salida, todos cumplíamos responsablemente y, que yo recuerde, nadie incurrió nunca en libertinaje alguno dentro de aquella libertad que se nos daba, a la cual correspondíamos trabajando incluso en tarde, noches y madrugadas que se nos llamaba para atender emergencias fuera del horario normal. Y ningún médico chistaba. Trabajábamos por gusto a la profesión, no por cumplir con una *chamba*.

Un día de trabajo normal para los médicos era llegar entre 9 o 10 de la mañana y retirarse al terminar de pasar la visita o de consultar, a eso de las 11 o las 12 del medio día. Los cirujanos entrábamos a nuestra respectiva cirugía programada desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde y acudíamos muchas veces a operar emergencias a toda hora del día y de la noche sin perder sueldos extras ni nada. Mas ahora cambiaba todo eso. La Oficialía Mayor de la Universidad demandaba acabar con ese estado de cosas y determinar horarios fijos por turnos matutino, vespertino y nocturno bajo observancia de tarjeta checada con registro de reloj *checador* para todo el personal. Todos, incluidos los médicos.

Aquella medida no fue vista con mucha simpatía hacia los directivos y generó protestas personales de algunos doctores, sobre todo de los de mayor antigüedad, alegando que si bien antes acudían a cualquier hora sin pretender cobros extras, en ésta nueva condición se limitarían al horario fijo y no más. Y todos dejaron bien clara



su postura de que no acudirían fuera de ese horario. Eso hizo necesario crear nuevas plazas de médicos para cubrir los turnos a tiempo completo, mismas que fueron autorizadas una semana después integrándose a la planta nuevos especialistas. En esos trances andábamos cuando llegó al Hospital un grupo de personas enviadas por la Rectoría. Provenían de la Capital, concretamente de un despacho denominado *Mancera Hermanos* y eran expertos en lo que se llama *eficientización de tiempos y movimientos*. Su misión consistía en determinar el modo de actuación de cada funcionario y de cada departamento en relación al flujo de pacientes desde el momento de su ingreso por el Departamento de Admisión, hasta el de sus salidas del hospital tras haber liquidado sus cuentas en el Departamento de Caja. Y hubo nuevo departamento de admisión y de caja, por supuesto, y nuevos lineamientos para solventar esos trámites de ingreso y egreso.

Las protestas hacia los nuevos requerimientos laborales tuvieron manifestaciones más airadas por parte de los trabajadores. Diré antes que en ese tiempo en la Universidad, y consecuentemente también en el Hospital, existían dos sindicatos formalmente reconocidos por la Rectoría: uno llamado Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma de Coahuila, el STUAC, en cuyas filas se agrupaba la mayor parte del gremio, y otro denominado Sindicato de Trabajadores Administrativos y Manuales de la Universidad Autónoma de Coahuila, el STAMUAC, que reunía a la minoría y pertenecía a la corriente ideológica de izquierda. Este sindicato era manipulado por personas de reconocida filiación comunista, socialista, marxista y maoísta, y era tenido por una facción que utilizaba las tácticas propias de esas tendencias: fomentar la anarquía, la disidencia agresiva, la violencia, la impugnación sistemática a las autoridades, etcétera.

No tardaron mucho esas gentes del STAMUAC en pregonar su descontento contra los nuevos horarios controlados, cuestión que los líderes calificaron como *acciones prepotentes de la Dirección del Hospital*. Un buen día llegamos a laborar en la mañana y nos encontramos con que *las oficinas estaban tomadas* por esos del sindicato. En esos tiempos eran frecuentes las *tomas de oficinas*. Al propio Rector le tomaban la oficina de la Rectoría si no con frecuencia, sí con intolerable oportunismo circunstancial cada vez que se les ofrecía negociar algún asunto bajo protesta. El caso es que ese día que digo los adictos al STAMUAC estaban muy sentados en las escaleras de acceso a la Dirección impidiéndonos el paso. Allí habían dormido, a juzgar por las cobijas esparcidas en desorden por el suelo y todo género de basura de comestibles que tenían a su derredor. El Director habló a la Oficialía Mayor; de Oficialía llegó un propio a *dialogar con los manifestantes* y al medio día, tras yo no sé qué arreglos, se fueron esos del STAMUAC dejando el ámbito sucio y maloliente.

### ¡LES QUEDAN CINCO MINUTOS... O QUEMAMOS!

Una de las principales funciones que todo Hospital debe tener es la indispensable tarea de enseñar la ciencia médica y promocionar los nuevos conocimientos adquiridos divulgándolos entre el personal que ejerce la Medicina. Para ello el Departamento de

Educación Médica y Enseñanza creó dos procedimientos: uno dirigido a los médicos internos por medio del cual cada mañana tendrían una sesión de diferente especialidad impartida por quienes la ejercían en el Hospital; la otra, dirigida a los médicos de la planta, eran las sesiones clínico-patológicas que volvieron a efectuarse los sábados por la mañana. Con esto empezó a resurgir no solo el intercambio y diálogo científico del Hospital, sino el interés del personal por permanecer actualizado.

Nuevos gafetes de identificación personalizada se hicieron para cada médico, a quienes la Dirección había establecido el uso obligatorio de bata clínica para sus actividades hospitalarias. Nuevo instrumental médico fue comprado en la firma *Medical Hope* de San Antonio, a donde se trasladaron los doctores Fortunato Rodríguez y Alfonso Valdés. A su regreso se abrió un concurso para diseñar el escudo y lema que había de ser distintivo del Hospital Universitario de Saltillo, concurso que fue auspiciado por el Departamento de Enseñanza. Ese concurso causaría las circunstancias del peligroso trance aquel que comentaba antes, pues he aquí que los días en que dichos directivos andaban de viaje, el Sindicato del STAMUAC fue a la Rectoría a quejarse de que en lugar de andar comprando equipos y materiales en Estados Unidos la Dirección debiera abrir más plazas *para los compañeros a los que no han dado trabajo porque según el doctor les faltan papeles*. Entre paréntesis diré que eso era cierto: el doctor Fortunato no les quiso dar trabajo de enfermeras a tres mujeres porque les faltaban nada más unos papeles: los de sus estudios de enfermería. Y vino a suceder que el día que se cerró el dicho concurso, al yo salir de mi oficina para ir a la del Director con el fin de mostrarle los dos trabajos que el jurado había seleccionado finalistas, ví mucha gente de aspecto pueblerino en el vestíbulo. No encontrando al doctor Fortunato allí, fui a donde él estaba, a la oficina de la contadora. Cuando entré, las muchas gentes que estaban cerraron de golpe la puerta tras de mí, y quedamos aislados dentro de aquella oficina la trabajadora social, el director, la nutricionista y quien escribe. Una vez fuerte se oyó tras la puerta:

-A partir de ese momento quedan secuestrados. No sale nadie. -Y agregó en tono amenazador: Si en media hora el Director no accede a la reinstalación de fulano y de fulana, quemamos las oficinas.

El tal fulano y la tal fulana eran dos empleados del Departamento de Intendencia que habían sido rescindidos por la Oficialía Mayor. Y quien nos amenazaba era... bueno, no menciono nombres; no quiero que queden aquí en vergüenza gentes que tal vez ahora que el comunismo fracasó en todo el mundo hayan reconsiderado juiciosamente sus posturas ideológicas enderezándolas. Pero el caso es que estábamos allí, incomunicados, y por las evidencias del griterío de la chusma que estaba fuera, la cosa iba en serio. -¡No sa-len! ¡No sa-len! ¡Este puño sí se ve!, ¡éste puño sí se ve! -¡Les quedan quince minutos! -clamó el líder.

Fortunato vio por la ventana hacia la calle. -Está alto -dijo como para sí impensadamente. No teníamos teléfono al exterior. De pronto empezó a entrar humo por los resquicios de la puerta, humo negro.

-¡Les quedan cinco minutos! Para ellos serían minutos. Para nosotros aquello era algo eterno. Susana Farfás vio por la ventana al doctor Alfonso Valdés, que cruzaba la



calle proveniente de la Farmacia Madero. Fortunato le habló: -Llámale pronto al licenciado Aguirre Castro que venga a levantar un acta. Nos tienen encerrados- le dijo.

A los diez minutos abrieron la puerta como matones de película y quiso avalanzarse la turbamulta. Uno de ellos que sería el líder los contuvo.

-Dejen que hable el doctor.

-Y dirigiéndose al doctor Fortunato en actitud agresiva le preguntó con tono hosco:-

-¿Va a reinstalar a los compañeros?

-Ahorita vienen de Oficialía a hablar sobre eso, le dijo.

-¿Cómo sabe? ¿Quién les habló?

-El doctor Valdés, de allá de recepción.

-Pues entonces venga con nosotros; vamos para allá.

-El líder tomó de un brazo al doctor Fortunato como para llevarlo, pero él se sacudió mirándolo de frente.

El hombre lo esquivó dejándole el paso hacia recepción a esperar al enviado de Rectoría. Claro que quien llegó fue el licenciado Luis Manuel Aguirre Castro. Levantó un acta de abandono de empleo de los secuestradores con uso de violencia. Y cuando la firmábamos Fortunato y los testigos, ellos, los del STAMUAC, se fueron maldiciendo. Uno lanzó un escupitajo al suelo.

## CAPITULO IV

---

# DE LA APASIONADA ENTREGA A LA APASIONADA INTRIGA

### ¡LOS PACIENTES NO SON CACEROLAS!

Sé de antemano que escribir este capítulo me va a ser dificultoso por una circunstancia: porque me involucra personalmente dado que soy el protagonista de los hechos. Mas como aquí no se trata de escribir mi historia personal sino la historia del Hospital, habré de apartarme de juzgar los hechos presentándolos objetivamente tal y como fueron sucediendo. Por otra parte este libro es una crónica histórica y estoy obligado a decir la verdad, pues es mi responsabilidad moral y mi deber como escritor consignarla con toda fidelidad, independientemente de que haya sido yo quien intervino en esos acontecimientos. Afronto conscientemente el riesgo que representa el hablar de mí mismo, pues quienes me conocen pueden atestiguar que nunca he sido dado ni a la vanagloria ni al engreimiento. Y Dios me siga librando de eso.

Pues bien, los primeros días de aquel diciembre de 1976, fríos y neblinosos como suelen ser los finales del otoño saltillense, traería para el hospital una circunstancia que ya estaba prevista con antelación: el vencimiento del permiso que el Centro de Salud había otorgado a los doctores Fortunato Rodríguez Castañeda y Alfonso de Jesús Valdés Dávila para ausentarse de sus puestos a fin de desempeñar los cargos que la Universidad encomendaba en sus manos. Ha de decirse que nadie más que ellos y la Rectoría estaba al tanto de aquel carácter temporal de sus gestiones, de tal manera que cuando nos hicieron saber en la junta de funcionarios del Hospital que ya estaban a punto de retirarse debido a esa eventualidad, fue una sorpresa para todos.

Mayor sorpresa fue para mí, que estando enterándome de aquella situación en la oficina del doctor Fortunato, recibí un telefonema personal del Rector llamándome a presentarme en su despacho esa mañana *para platicar acerca de un asunto urgente* -me dijo.

La entrevista que sostuvimos una hora después era, lo diré simple y llanamente, para proponerme que yo me hiciera cargo de Dirección del Hospital. Acompañaba al Rector en su despacho el Licenciado Ariel González Alanís, Secretario General de la Universidad, y entre ambos invocaron los argumentos que según esto obraban para que hubiese pensado en mi designación inmediata para encargarme de ese puesto directivo. Debo decir aquí que mi vinculación con el Rector De los Santos Ordóñez no era algo nuevo ni improvisado. Había surgido desde el año de 1974 cuando yo, como maestro fundador y Director de la Escuela de Psicología, coparticipé con él en la Comisión Legislativa de la Universidad integrada para formular la Ley Orgánica y el

Estatuto Universitario en su recién adquirida Autonomía. Ahora que estaba siendo llamado a dirigir el Hospital Universitario, lo consideré un gran honor. Pienso que llegar a dirigir un hospital es la más alta distinción a la que puede aspirar todo médico. Sin embargo, bien sabía yo porque ya lo había constatado, que en algunos lugares, en algunas ocasiones, distinciones como esa suelen ser llenas de obstáculos y de senderos espinosos.

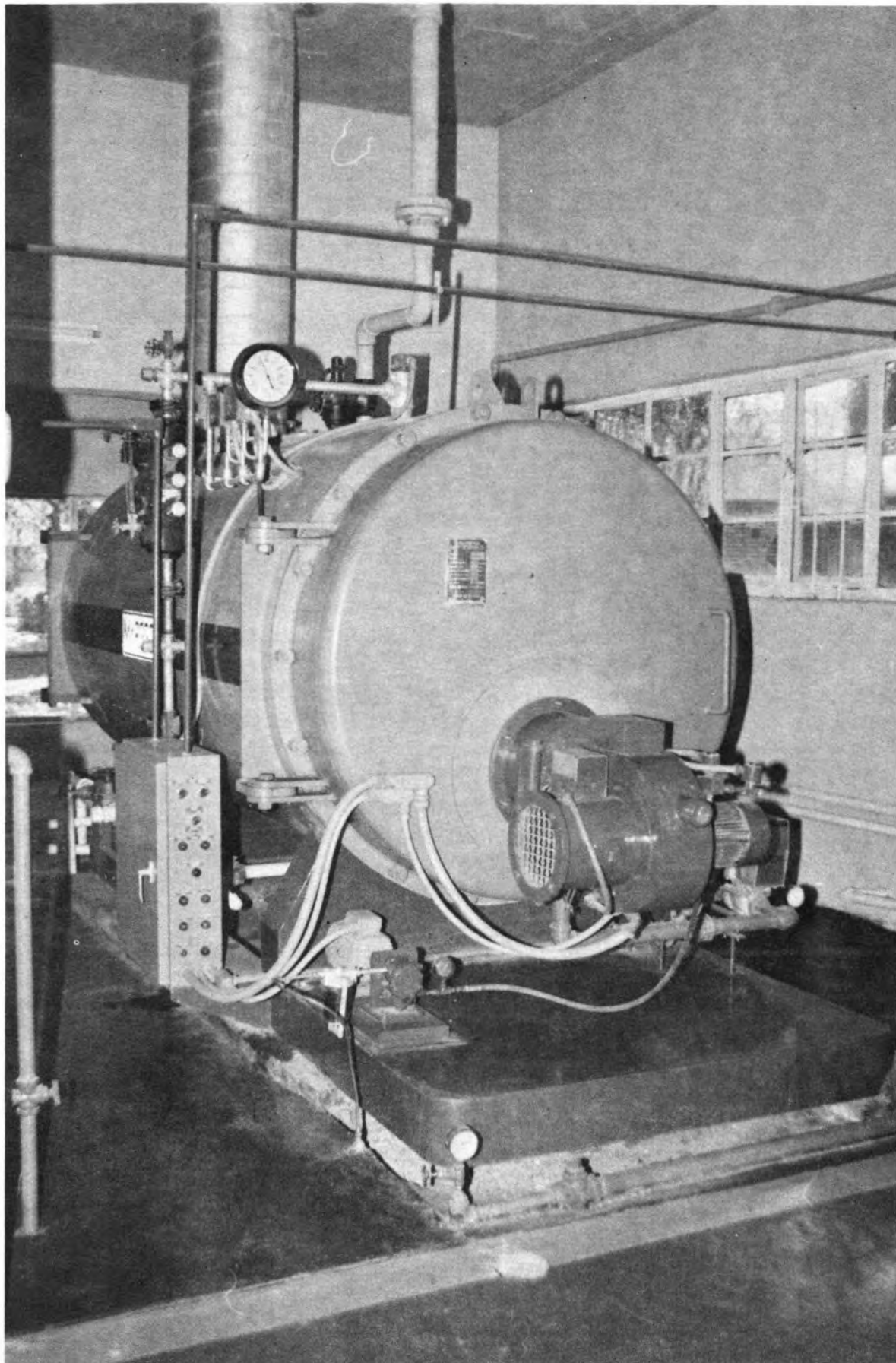
Acepté la Dirección del Hospital, sí, pero desde el momento en que se me estaba proponiendo fijé ante el Rector mi postura por adelantado: aquel 15 de diciembre de 1976 en que me extendería el nombramiento quería yo que me diera como regalo de Navidad la concertación de una entrevista con los dirigentes de los Sindicatos involucrados en el Hospital para manifestarles mi posición ante posibles desórdenes y movimientos anárquicos que ellos suscitaran. El Licenciado De los Santos era, a la vez que muy inteligente, sumamente sagaz para sus estrategias políticas, de tal modo que aquella mañana, cuando en el comedor del Hotel Camino Real me entregó el documento en el que me designaba Director del Hospital, lo hizo delante de los máximos líderes de esos sindicatos a quienes dijo: -El nuevo Director del Hospital quiere hablar algo con ustedes. Y entonces delante del Rector, del Licenciado González Alanís y del Coordinador de Planeación Académica, Lic. Pablo Reyes Dávalos, les expresé a los dirigentes tanto del STUAC como del STAMUAC hablándoles claramente y sin ambages, que yo no permitiría que se usara el Hospital como órgano de presión para lograr sus fines políticos. Terminé diciéndoles en voz de censura que las huelgas y los paros y las tomas de oficinas eran para lugares donde hacen escobas, cacerolas y tornillos, no donde la materia prima del trabajo son seres humanos, y sobre todo seres humanos enfermos. Y que si cometían esos desmanes en contra del Hospital impidiendo la libre gestión en el tratamiento de los pacientes, yo vería personalmente cómo conseguir que los abogados tipificaran esa tropelía como un delito contra la salud según se establece en el Código Sanitario.

Ellos asentían. Pero me dio la impresión de que estaban oyendo condiciones que les tenían sin cuidado. Afuera, hacia el poniente, se veía por las amplias vidrieras del comedor del hotel la panorámica lejana de Saltillo con su Cerro del Pueblo junto al que estaba el Hospital. Yo sabía que había fijado muy de cara a cara mi actitud ante los líderes sindicales. Lo que no sabía entonces era que con eso había empezado a escribir la primera página de un capítulo malaventurado que junto a la noticia de mi nombramiento, la prensa se encargó de titular con letra bien notoria transmitiendo el comentario de esos líderes acerca de mis palabras:

#### *MANO DURA EN EL HOSPITAL*

Era la versión libre de los representantes sindicales. Bien visto estaba que desde esos comienzos no supieron interpretar que con un hospital no se juega y que yo, como Director, tenía como primer responsabilidad la de velar por la atención de los enfermos, no por los intereses de los que se decían representar a los trabajadores. Si siempre ha sido nefasto el sindicalismo en México como sistema viciado, corrupto y protector de toda laya de lacras y de ineficiencias, en tratándose de un centro de





"CALDERAS".





atención médica esas trapacerías no pueden tolerarse ni tener cabida. Pero eso era lo que yo pensaba... Otra cosa era la que ellos tenían en mente.

### UN PACTO PARA RECONSTRUIR EL HOSPITAL

Ya estaba todo dispuesto para el comienzo de mi gestión, que inicié nombrando a mi personal de confianza: al doctor Raymundo Verduzco Rosán, en quien yo ví un habilidoso carácter muy idóneo para el manejo de las relaciones con los médicos, le confié a la Subdirección; en la Administración designé al C.P. Francisco Javier Valdés Valdés, muy competente él en la negociación de transacciones financieras. Recibí con mucho agrado como Contador General al C.P. Jesús Rodríguez, enviado por la Tesorería de la Universidad, pues siempre le he tenido como una persona de absoluta honradez, honestidad a toda prueba y muy eficiente en cuestiones contables en las que, a propósito, seguía trabajando el Despacho aquel de Mancera Hermanos. Y además de ellos, estaban en torno a mí excelentes colaboradores como el Lic. Hilario Flores, en el Departamento de Compras; Armando en Almacén; Marín Treviño Hernández en Intendencia; Lucio Salazar en Lavandería; Virtudes y Armandina en el área administrativa y María del Carmen Magromalo, como mi secretaria particular.

Muy pronto se presentó la oportunidad de brindar al Hospital nuestra primer gestión benéfica: la de tramitar la importación del equipo que había sido comprado en San Antonio, Texas, meses antes, mismo que tras las gestiones aduanales fue internado al país y recibido en el Hospital a fines de marzo de 1977. Equipos diagnósticos, instrumental quirúrgico, material de laboratorio, ambús pediátricos, cánulas, sondas, y nuevo arsenal para el Departamento de Odontología dirigido por el Dr. Jaime Valdés, odontólogo muy versado en su ciencia y muy dicharachero él.

Por esos mismos días se compró una caldera para substituir la ya muy antigua con otra de mayor capacidad, así como nuevos y más eficaces máquinas para la lavandería. Todo ello estaba haciendo necesario contar con más dinero, por lo que hubo que tramitarse un aumento del subsidio para el Hospital ante la Secretaría de Salubridad y Asistencia en México. Antesalas, entrevistas con funcionarios menores y luego mayores evidenciando con muy precisa documentación la precaria situación económica del hospital; nuevas esperas, nuevas antesalas, hasta que por fin, el aumento de subsidio fue conseguido colocándolo en un rubro especial, pues la llamó *Programas Especiales para Educación Médica*.

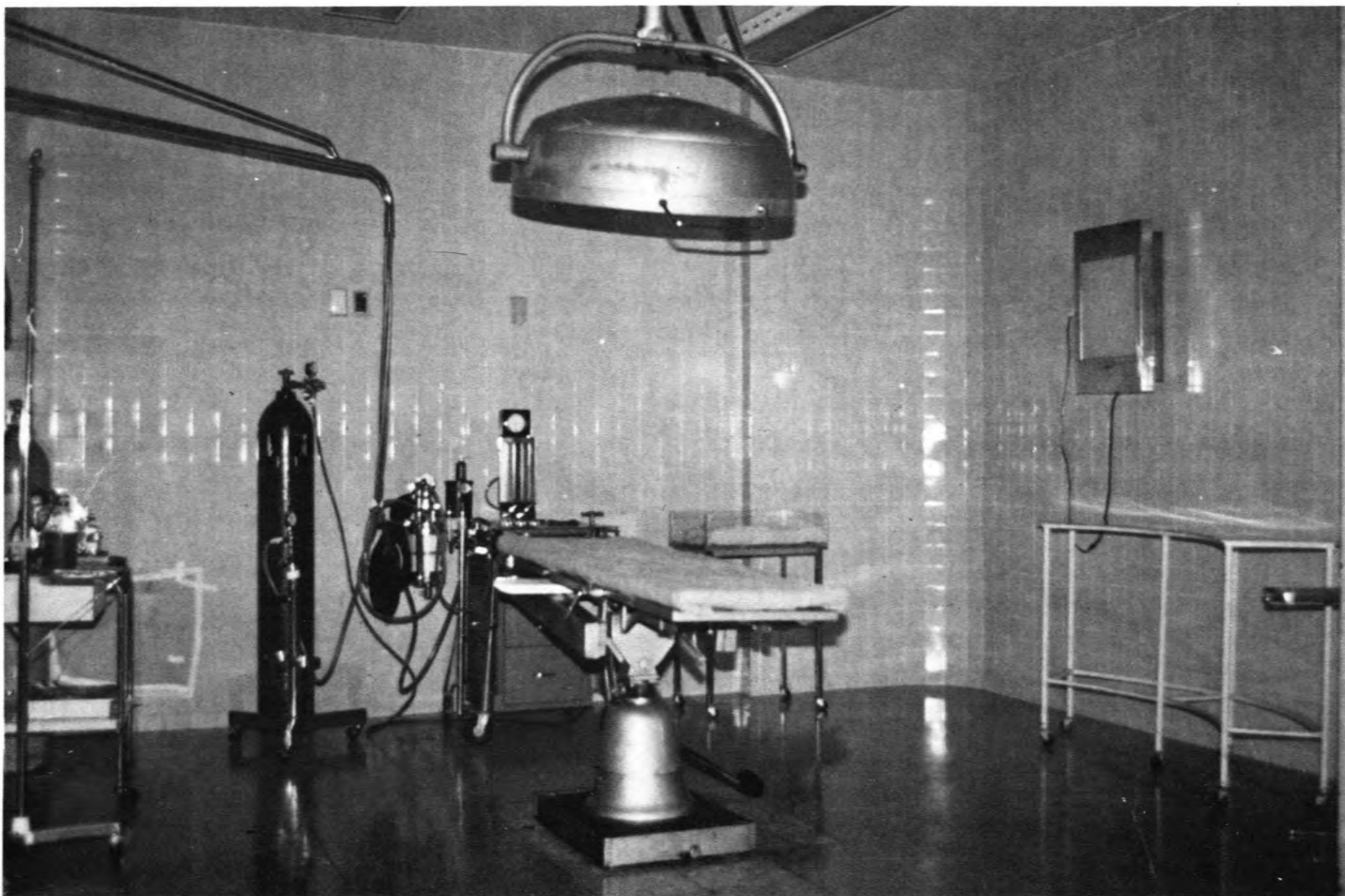
Al regreso de uno de esos viajes nos encontramos con una novedad nada grata: el Sindicato del STUAC había emplazado a huelga al Hospital argumentando violaciones al contrato colectivo de trabajo. En esta ocasión respetaron las áreas del hospital sin poner banderas ni obstaculizar labores mientras las pláticas de avenimiento se efectuaban ora en el Hospital, ora en la Oficialía Mayor. Luego de tres semanas el conflicto fue sofocado conviniendo en una nivelación de sueldos con los Hospitales Universitarios de Torreón. Unas semanas más tarde era nombrado por la Rectoría un Coordinador de Hospitales: el doctor Arnoldo Villarreal Zertuche.

A principios del mes de abril de 1977, en una plática con el Rector, le expuse una tras otra las necesidades de modernizar el Hospital en las totalidades de su planta física y sus instalaciones, que ya venían cayendo en deterioro y causando problemas muy serios. En una ocasión -y me tocó sufrirla personalmente-, se apagó la luz del quirófano por una sobrecarga de corriente en el exiguo centro de carga eléctrica del piso. Terminé mi cirugía aquella terrible herida facial con luz de baterías. En otra faltó agua todo un día en el área de pediatría y maternidad: se había roto una tubería de abajo. Dentro de aquel cuadro de carencias, los cuartos de internamiento así como los quirófanos y las salas obstétricas ya no eran suficientes. Todo ello requería con urgencia que se restructurara la edificación, reconstruirla, incrementar sus áreas haciéndolas de mayor amplitud. Así lo expuse al Rector, quien consideró que mis pretensiones sobrepasaban la capacidad de construcción que la Universidad tenía por sí misma. Y efectivamente, se trataba de remodelar el nosocomio totalmente. Hablaba yo de construir otro Hospital dentro del Hospital mismo, vaya...

La empresa era titánica, ciertamente. Pero se empezó a hacer factible gracias a la participación de una persona sumamente eficaz: el Arquitecto Ismael Ramos Martínez, Director del CAPFCE, quien destinó equipo humano para planificar la reconstrucción concebida. Y cuando sus colaboradores pusieron manos a la obra en la mesa de trazos, comenzó a germinar aquella flor tan ilusionada por nosotros. Así, un día, el lunes 19 de septiembre de 1977, firmamos el doctor Raymundo Verduzco Rosán y un servidor los planos acordados mutuamente, trámite que se hizo en las oficinas del citado Arquitecto Ramos Martínez. Por otra parte del CAPFCE signaron el propio jefe y sus colaboradores Ing. Rodrigo Rodríguez, Germán Hernández Torres y Jesús Santos Méndez.

La ejecución de aquellos trabajos, desde el primero hasta el último detalle de la obra, quedaba pactada aquella fecha para que se realizara hasta la terminación completa de sus tres etapas, independientemente de los cambios que hubiese en los directivos del Hospital o de la Universidad. Yo quería aquello como una obra para el futuro, para Saltillo, no para mi gestión directiva. Y la garantía para su remodelación completa incluía todo el edificio, desde los sótanos hasta el piso más alto, y de costado a costado.

Quienes ven ahora el Hospital sin haber conocido el edificio anterior no tienen idea de cuan diferente era entonces. Al entrar por el frente había de subirse una larga, cansada escalinata de más de veinticinco peldaños que conducía a un vestíbulo en cuya parte posterior estaba un mostrador semicircular que servía de área de recepción y de central telefónica atendida por las inolvidables Socorrito y Tuti, tan de Arteaga ellas. En el corredor situado al lado derecho había cuatro consultorios para consulta externa incluyendo la de oftalmología y de otorrino y en el izquierdo la oficina de la Madre Superiora, en funciones de Coordinadora de los Servicios de Enfermería, un consultorio de medicina general y el departamento de Odontología. A ambos lados del fondo estaban los pasillos de acceso al área hospitalaria, uniéndose luego en un corredor donde se encontraba la farmacia, el banco de sangre y el laboratorio. Tras



"SALA DE OPERACIONES".





ellos se llegaba al primer piso, el de Maternidad, Pediatría y Medicina. En el segundo piso se llegaba a Ortopedia, Cirugía y quirófanos.

Visto en la parte posterior el Hospital estaba dividido por dos pasajes para ambulancias y otros vehículos que daban acceso de un lado al departamento de emergencias y del otro a la morgue y a las rampas para camillas hacia los pisos superiores. Dichos pasajes se comunicaban en el costado poniente del Hospital en un retorno, que es donde ahora se encuentra el área que está entre el Hospital y el nuevo edificio de Consulta Externa. Así era básicamente el hospital antes de que se diseñara el esquema para su remodelación tras muy largas pláticas entre nosotros los médicos directivos, que exponíamos los requerimientos de orden práctico, y los arquitectos, que presentaban diseños hasta que llegamos de común acuerdo a un proyecto definitivo.

Con todo esto que estoy refiriendo alguien pudiera pensar que resultaba muy petulante de nuestra parte el modificar una edificación que ya de por sí estaba muy bien proyectada. No, no se trataba de ninguna petulancia ni de pretensiones, descabelladas. Por el contrario, veíamos con admiración y respeto lo muy bien hecho que estaba el hospital en su construcción original desde todos los puntos de vista. Lo que pasaba es que ya para entonces, a veintiséis años de haber sido edificado para una ciudad de cincuenta mil habitantes, estaba resultando insuficiente para el nuevo Saltillo de cuatrocientos mil habitantes, y para una tecnología médica en la que ya se había avanzado hacia los conceptos de cuidados intensivos, áreas de aislamiento y nuevos recursos en hidráulica, electricidad y otros servicios de infraestructura que era urgente actualizar.

### **EL CORTE QUIRURGICO DE UN LISTON INAUGURAL**

Las obras se iniciaron de inmediato al día siguiente con el Ingeniero Francisco Charles y el Arquitecto Germán Hernández Torres supervisando los trabajos comenzados en el tercer piso, el correspondiente a Cirugía y quirófanos. Aquello nos representó la necesidad de trasladar temporalmente las intervenciones quirúrgicas al departamento de Gineco- Obstetricia. Y mientras las obras avanzaban iban aflorando, flamantes y modernizados, los cinco quirófanos, la Central de Equipos con sus nuevos autoclaves de mayor volumen, el cuarto vestidor de médicos, el de enfermeras y la sala de recuperación post-quirúrgica.

Mas no era suficiente construir las estancias: había que dotarlas de mobiliario, para lo que se adquirieron dos nuevas mesas de operaciones neumáticas marca Champaine -que es como decir marca Cadillac en la compra de un automóvil-, nuevas máquinas de anestesia, y lámparas de quirófano de gran intensidad lumínica. Además de todo eso, hubo otra necesidad insoslayable: el hospital, sobre todo en las áreas de Cirugía, era muy frío en los tiempos de invierno y sumamente caluroso en la estación de verano. Todos los que operábamos allí recordamos cómo en la temporada de frío las enfermeras encendían en los quirófanos calentadores eléctricos, que a menudo provocaban una sobrecarga en el circuito y fundían los fusibles de la central eléctrica del piso, apagándose la luz quirúrgica hasta en tanto se desconectaba el calentador, se



llamaba a una persona de mantenimiento y ésta iba, se cercioraba de la falla, bajaba por sus fusibles a un cuarto que servía de almacén, carpintería y taller de soldadura en el sótano y luego los instalaba. Por otra parte el Hospital debió de haber estado siempre muy bien recomendado ante Dios, no me explico cómo utilizando calentadores eléctricos en quirófanos donde se usaban gases anestésicos de alta concentración ambiental no hubo nunca ninguna explosión que lamentar, como aquella sucedida en el Hospital Civil de Monterrey por circunstancias similares en la que murieron el paciente, los médicos y las enfermeras que estaban dentro de aquel quirófano fatal.

Lo mismo sucedía en tiempos de calor: era tal la pesadez del ambiente por las altas temperaturas que durante las operaciones los cirujanos indicaban a la circulante introducir ventiladores oscilatorios al quirófano. A veces también botaban los fusibles y se apagaba la lámpara porque se usaban. A veces los tales abanicos no funcionaban o hacían mucho ruido... o simplemente no estaban disponibles porque alguien más los estaba utilizando.

Este estado de cosas hizo urgente y necesario la instalación de un sistema de aire acondicionado y calefacción para resolver el problema. Y puesto que se iban a instalar para quirófanos, bien valía la pena, pensamos, extenderlos a todo el piso en reconstrucción, cuyos cuartos remodelamos dotándolos de oxígeno y aspiración ductal e incluyéndoles nuevo mobiliario y cortinaje.

Mientras todo esto sucedía en el Hospital, allá en la Universidad se tenían malas noticias: había estallado una huelga general por los dos sindicatos y la Rectoría estaba tomada por el STAMUAC. Tampoco en esa ocasión hubo trastorno alguno en el Hospital y tras las negociaciones se llegó a un arreglo. En esos días, el Rector De los Santos, nombró al Profesor Jorge Bautista Sandoval como nuevo Oficial Mayor sustituyendo al Profesor Salvador Yeo Núñez.

El mes de enero de 1978 el área quirúrgica quedó terminada en su totalidad. Ya estaba habilitada para que los cirujanos atendieran de nuevo allí a sus pacientes y para que estos tuviesen en ese trance operatorio un ambiente agradable -dentro de lo que el término *agradable* puede significar en un hospital-, incluido un sistema de música de fondo suave y apacible. Sólo faltaba que se iniciaran las labores. Y se iniciaron. Se iniciaron a partir de la mañana del jueves 26 de enero, cuando acudió el Rector de la Universidad a la ceremonia de inauguración en la que cortó el simbólico listón con su muy bonito moño azul de fiesta dando con ello entrada a los circunstantes. Y como de servicios quirúrgicos se trataba, decidí que aquel corte de cordón lo efectuara el licenciado De los Santos Ordóñez con mi propio bisturí. No faltaba más.

Siguió de inmediato la reconstrucción del segundo piso, donde estaban alojados los servicios de Maternidad y Pediatría, que a su vez fueron distribuidos en otras secciones del Hospital mientras se remodelaban. Y en eso estaban los ingenieros cuando fue presentando un requerimiento a la Universidad por parte de la novel Escuela de Medicina: pretendían que su director fuese también Director del Hospital Universitario, esgrimiendo el argumento de que así sería verdaderamente un Hospital-Escuela. Para evaluar aquel asunto el Rector formó una *comisión mixta* que

se encargara de solventarlo llegándose a un convenio entre las autoridades de la Escuela y las del Hospital éste conservaría su propio director, mas en beneficio de la Escuela se estipuló un contrato de exclusividad para sus médicos pasantes mediante el cual ya no admitiría más internos de otras escuelas o facultades.

Y en esas tramitaciones estábamos cuando se llegó el 23 de octubre, día del Médico de ese año de 1977, que fue especialmente significativo porque por primera vez el Hospital lo celebró conjuntamente con el Club de Esposas de Médicos que presidía la señora Graciela Quintanilla de Garza, esposa del inolvidable Chelino, primer odontólogo del Hospital y muy entusiasta promotora de las mejores causas ciudadanas. Juntos ella y un servidor fuimos anfitriones de la comunidad de médicos del hospital y sus esposas, tanto en la Misa de Acción de Gracias que ofició el padre Humberto González en la Capilla del Hospital, como en el desayuno que fue servido en el patio posterior, junto a las estancias de Consulta Externa.

Poco a poco iba quedando terminada la remodelación de los servicios de Gineco-Obstetricia y Pediatría, y cuando estaba a punto de concluirse, surgió en la Universidad un cambio inminente de panorama: la gestión del licenciado Melchor de los Santos llegaba a su final y aquel mes de enero de 1978 la prensa empezaba a manejar nombres de sus posibles sucesores en la Rectoría. Uno de esos nombres era el mío con titulares en los diarios, como el que apareció en el periódico *El Sol del Norte*:

**EL TESORERO DE LA UNIVERSIDAD DESTAPA AL  
DOCTOR FUENTES AGUIRRE COMO CANDIDATO A  
DESEMPEÑAR EL CARGO DE RECTOR.**

Yo le agradecí mucho al licenciado De los Santos Ordóñez, y se lo sigo agradeciendo ahora porque fue una distinción muy grande para mí, que me haya invitado a dialogar con él en torno a mi participación como candidato viable a sucederle en la Rectoría, mas arguyendo ante él que la índole de mi profesión no me permitía separarme de ella para desempeñar otra actividad que requería tiempo completo durante tres años, decliné la proposición y seguí ejerciendo la Medicina.

**ESTALLA UNA INFAMANTE GUERRA DE PAPEL**

Unas semanas más tarde la Universidad tenía ya nuevo Rector: el licenciado Oscar Villegas Rico, quien durante su campaña había visitado el Hospital en compañía de quien sería Secretario General de la UAC, el licenciado Javier Cedillo de la Peña y del Oficial Mayor, Lic. Alberto Luis Salazar. Juntos recorrimos las obras que se efectuaban en el piso de Maternidad, que ya estaba por terminarse faltando únicamente su equipamiento. A eso fuimos a México unos días después el Administrador Francisco Javier Valdés y quien escribe, a obtener cotizaciones de equipos para esas áreas. Y regresando de ese viaje, como siempre me sucedía, me esperaba otra novedad nada buena para mí: el Rector decidía separar de su cargo a mi Administrador para encomendarle la Tesorería de la Universidad. Yo felicité a

Francisco Javier por esa promoción. En lugar suyo el licenciado Villegas envió al contador Sergio Valdés.

De allí en adelante los acontecimientos habrían de sucederse en forma rápida, sorpresiva e incontenible. El mes de junio de ese año de 1978 se desató de súbito una campaña en la prensa tendiente a desprestigiar mi actuación como Director. Qué raro, antes me tenían por tan bueno que hasta me mencionaban como candidato a Rector. Ahora resultaba que era tan malo que hasta pedían mi destitución. Bien visto estaba que aquellas notas de prensa exhibiéndome como funcionario de un hospital en que al decir de los periódicos los servicios *no funcionaban bien*, y que *cobraba muy caro a los pobres*, y que *no atendía demandas de los trabajadores* tenían otros objetivos en su falta de veracidad. Y así fue, en efecto. El jueves 21 de julio de ese 1978, a las 3.30 de la tarde, el sindicato del STUAC *tomó* la Dirección exigiendo respuesta a un pliego petitorio en demanda a supuestas violaciones de relación laboral.

Hubo pláticas, muchas, y los puntos fueron resueltos en medio de un clima tenso entre nosotros los directivos, el Coordinador de Hospitales doctor Villarreal Zertuche y los líderes y lideresas sindicales. Pero media hora después de firmado el acuerdo del arreglo, los del sindicato dijeron que no se irían de allí. Que no se irían porque tenían otra petición que habían discurrido: pedía que se destituyera en forma definitiva e inmediata al Director, al Sub-Director y a la Jefa de Enfermeras.

El conflicto aumentó, ahora con la participación de algunos médicos cuyos nombres no menciono, como tampoco menciono los de las lideresas y líderes sindicales. Sé quienes eran todos y cada uno de los que participaron en ese movimiento contra mí, pero estoy escribiendo una historia y no es nada ético aprovecharme de ésta oportunidad para delatar personas ni acusarlas por hechos del pasado. Eso no es noble y no va conmigo. Por otra parte, ya para estos tiempos todos ellos habrán comprendido lo que entonces hicieron. Yo no soy quién para juzgarlos, y deseo que Dios no se los tome en cuenta. Diré además que cuando escribo esto ha disminuido totalmente la fuerza que tenía el sindicalismo tan nefasto de los otros tiempos de populismo, cuando ser líder sindical de cualquier color remuneraba bastante bien. Ahora el tiempo se ha encargado de poner en su lugar a los líderes más señalados de los sindicatos nacionales. Están en la cárcel por traficantes de influencias, por corruptos, anárquicos y por ladrones.

Pero volvamos a nuestra historia. Cuando los tales sindicaleros pedían mi destitución, dieron al asunto un cariz tan desorientado enfocándolo contra mi persona que hube de ser muy tajante a mis declaraciones a la prensa. Para ser totalmente fiel en mi crónica, copio aquí el texto de una noticia aparecida en *Vanguardia* el día 25 de julio de 1978.

*Muy por encima de los intereses que se están manejando está mi prestigio. No estoy casado con la silla del Director ni tengo la Dirección del Hospital como un modus vivendi. Si tengo el puesto es porque así lo consideró necesario para la buena marcha del Hospital el actual Rector.*

Sorpresivamente el doctor Jorge Fuentes Aguirre tomó la palabra tras escuchar una serie de imputaciones que le hacían los representantes sindicales del Hospital Universitario la tarde de



ayer. Y continuó diciendo:

*La intencionalidad manifiesta para desacreditarme está supeditada a otros fines que no son precisamente a corregir los puntos del pliego petitorio... Veo un movimiento tendencioso -agregó- para lograr otros fines, pero lo que no permito por ningún motivo son las imputaciones, porque primero están mis hijos y mi prestigio profesional que la Dirección pasajera de un Hospital.*

### **¡PONGAN DE DIRECTOR AL JARDINERO!**

El día 11 de agosto, cuando los trabajos de reconstrucción del Departamento de Maternidad quedaron totalmente terminados, las lideresas volvieron a tomar la Dirección, y ante tan intolerable relajamiento del orden y las actitudes tan aberrantes y tan lesivas, empezó el principio de el fin: renunció primero la Jefa de Enfermeras, Sofía Ríos Salazar; un día después el doctor Raymundo Verduzco a la Subdirección y al día siguiente renuncié yo. Les dije a los del sindicato que ya me iba. Y que si querían sentar en mi silla al jardinero para con él poder jugar a sus antojos, que lo pusieran. Y adiós.

No quiero pasar por alto el dejar aquí consignada una parte del texto de mi renuncia, que llevé personalmente ese día al licenciado Villegas Rico.

*En razón de que mis principios de conducta y mis convicciones como médico y como universitario me impiden continuar en el desempeño de mi gestión como Director del Hospital Universitario de Saltillo, ante las circunstancias que prevalecen en el mismo, presento a Usted con ésta fecha mi renuncia irrevocable al cargo de Director de la mencionada institución, con el fin de que se haga factible el restablecimiento del orden en la misma, por el bien de la propia Universidad.*

La tarde del martes 15 de agosto de 1978 entregué la Dirección al doctor Arnoldo Villarreal Zertuche, nombrado por el Rector como Director Interino, y colorín colorado.

[The body of the page contains extremely faint and illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the paper. The text is too light to transcribe accurately.]



## CAPITULO V

---

### TIEMPOS DE PAZ... TIEMPOS DE CALMA

#### DE TOSES A TOSES... DE PERROS A PERROS....

Era el doctor Villarreal Zertuche un médico de mucho arraigo social en Saltillo, muy de la política él, persona de una gran bonhomía y dotado de un extraordinario talento para mantenerse siempre presente en la cuestión pública desempeñando sus cargos sin darse a sí mismo a la notoriedad. Estas cualidades le hacían ser muy bien visto por todos los sectores y estar concurrido con las autoridades incluyendo a los dirigentes sindicales. Así, aunque *la base sindical* del Hospital se inconformó con ese nombramiento porque querían imponer a otro médico cuyo nombre tampoco escribo porque no soy persona ni de rencores ni de venganzas, la Rectoría se impuso firmemente y el doctor Villarreal Zertuche se quedó.

Había sido Rector él, cuando la Universidad era una dependencia más del Gobierno en turno, y luego Diputado Federal del PRI por Coahuila. Ahora se le designaba Director del Hospital, y aunque por aquellos tiempos estaba ya alejado del ejercicio médico y de la práctica hospitalaria, tuvo su primer acierto accediendo la Subdirección a alguien que poseía una base experiencia en el ejercicio cotidiano de su profesión: el doctor Hugo Rogelio Castellanos Ramos, internista de muy amplio prestigio sumamente entregado a sus pacientes y hombre de gran calidad humana. El día de su nombramiento fue inaugurado el Departamento de Maternidad.

El otro puesto vacante era la Jefatura de Enfermería. Nadie más apropiado para asignárselo que a la señorita enfermera Dora Villa Mata, llamada cariñosamente *Doris* por todos en el Hospital y en quien siempre ví una persona de extremada dedicación a su vocación y una colaboradora de inestimable valía, sobre todo en los quehaceres de quirófano donde ella se desempeñaba con tal eficacia que los cirujanos anhelábamos que fuese ella nuestra instrumentista en las intervenciones dificultosas. Sumamente sencilla y modesta era Doris.

Y continuó siendo remodelado el Hospital en su segunda etapa, lo que sería el piso de Ortopedia, Medicina Interna y Pediatría. A propósito del servicio de Medicina, cuando se llevaba a cabo su remodelación ocurrió la pérdida muy lamentable de un personaje que había entregado parte de su vida en esas estancias hospitalarias dedicado al ejercicio del diagnóstico, que él desempeñaba de manera eminente y muy talentosa. Hablo del doctor Juan Gallart Galindo, quien falleció víctima de una encefalitis viral que contrajo de uno de sus pacientes. La tarde que llevamos su cuerpo al cementerio, tras decir la oración fúnebre a nombre del Cuerpo Médico de Saltillo, me puse a recordar su memoria simpática y feliz.

Ya no queda ninguna señal de que en ese domicilio se alojaron los quehaceres de su vocación, mas cada vez que paso por esa esquina de las calles de Bravo y De la Fuente, me acuerdo del letrero que yo veía en las vidrieras de la puerta: *Dr. Juan Gallart Galindo.- Medicina Interna.-* Y entonces siento, en medio de la nostalgia ante su memoria, un incontenible venir de evocaciones que me trasladaron a los días aquellos de mis diecisiete años.

Esa mañana que recuerdo llegó el doctor Juanito a nuestra casa llamado por mi madre entre inquietudes porque mi padre había enfermado. Sentado junto a su lecho con el estetoscopio al cuello, él iba palpando aquel abdomen dolorido con una destreza que mantuvo absorta toda mi atención de bachiller a punto de ingresar en la Facultad de Medicina. Examinó después el tórax auscultándole con minucia, inspeccionó la cavidad bucal interna en mano y luego le ví sacar de su maletín un recetario y escribir algo en él. Luego, palmeando en el hombro a mi padre, le dijo en tono de picardía bonachona: -Si sigues como estás ahora, vas a curarte hasta de las medicinas que te receté. Y mi papá le respondió con un -Ah qué Juanito. Creo que fue aquella mañana de 1954 cuando empezó a esbozar en mi mente la imagen del médico ideal que yo quería llegar a ser. Así como él: competente, campechano, con un simpático don de gentes. Y no puede evitar sonrojarme cuando al despedirse le dijo a mi madre señalándome: -Aquí el doctor y yo seguiremos al pendiente de Marianito. Esa era la primera vez en mi vida que alguien me llamaba así, *doctor*.

Después dejé de verlo por muchos años, todos los que me transcurrieron mientras estudiaba mi especialidad en las universidades de los Estados Unidos. Y a mi regreso al terruño, cuando ingresé al cuerpo médico del Hospital Civil, tuve oportunidad de apreciar en toda su dimensión la capacidad profesional tan basta que poseía el doctor Gallart. Le veía ejerciendo en las salas de Medicina Interna con una habilidad sorprendente para desentrañar los enigmas diagnósticos que a otros colegas escapaban, y con un talento muy notorio en sus indicaciones terapéuticas. Y además de la admiración que con todo ello suscitaba en mí, también me atraía su disposición espontánea hacia el trato simple y guasón para con los médicos, sus pacientes, las enfermeras, afanadoras, con todo mundo, vaya... Hasta con un bolerito despistado que le propuso en uno de los corredores del hospital asearle los zapatos. -Mira muchachito -le dijo-, yo te dejo toda la alameda para tu negocio; déjame tú el hospital para el mío. Y puso en sus manos el costo de diez boleadas.

Médico educado en la tradicional disciplina de la Medicina francesa, sabía imponer un cálido humanismo sobre la frialdad de las teorías y de la práctica impersonal. ¡Cómo olvidar aquella noche del martes 23 de agosto de 1966 cuando habiéndole yo elegido para que fungiese como comentarista de mi trabajo de ingreso a la Sociedad de Médicos de Saltillo, él ofreció en respuesta a mi ponencia una verdadera cátedra acerca del ejercicio profesional advirtiéndome a los muchos compañeros que asistían el no dejarse llevar por la creciente burocratización de la Medicina en la que -dijo-, caemos en el riesgo de atender a los enfermos cinco minutos e invertir cinco horas en trámites de papeleo de expedientes.

Poco tiempo después habría yo de recibir de manos del doctor Gallart la Presidencia de la Sociedad Médica del Hospital. Y la mañana de ese sábado me previno no desilusionarme si la asistencia de nuevos médicos a las sesiones clínicas era escasa. -Con don Gonzalo Valdés y Enrique Tovar que vengan, ya tienes lleno completo y discusión clínica para rato. Y en esos días estábamos cuando le sobrevino aquel accidente automovilístico en la carretera a Monterrey. -No me maté de milagro -me dijo mientras le operaba las heridas de la cara-, así que no me vayas a matar tú ahora.

Pero además de su admirable juicio clínico, Juanito tenía otra faceta de su persona que lo engrandecía: su carisma de saber enseñar. Maestro nato, sembró lecciones sabias en todos los niveles de educación médica de nuestro medio, desde las academias de anatomía que dictaba en las aulas ilustres del Ateneo Fuente, hasta las cátedras de patología que disertaba entre los internos del hospital pasando por el adiestramiento sanitario que divulgó en muchas generaciones de la Escuela de Enfermería. Fue su invariable propósito de entregar a los demás lo mucho que él sabía lo que le llevó a ser pilar fundamental en la creación de la Escuela de Medicina de Saltillo, misma en la que dejó una huella de constancia ejemplar que todavía se recuerda en los días de este presente al que llegué en mis recuerdos ante su consultorio ahora clausurado por su ausencia definitiva.

¿Ausencia? Bueno, es un modo inevitable de decirlo. La realidad es que los hombres como él no se van nunca. Dejamos de verlos, pero no de sentirlos en la presencia palpitante de sus obras, en la memoria de los muchos amigos que supo hacer, en el reconocimiento de tantos pacientes a quienes les entregó su ciencia para curarlos y su humanismo para confortarlos. Y en las enseñanzas de las tantas generaciones de médicos y enfermeras que se nutrieron con su sabiduría.

Por todo ello él, Juanito, sigue presente entre nosotros que le recordamos así, con su aristócrata cabellera cana ondulada, vestido de guayabera blanca con una mano en el bolsillo y el maletín en la otra y sonriendo, sonriendo siempre, dispuesto a la broma que le fluía tan espontáneamente.

Ya me iba del sitio de mis recuerdos en aquella esquina de su consultorio cuando en eso pasó por la acera un perrillo, un perrillo pinto de esos callejeros, sin historia ni dueño que los llame. Y al verlo me dio por reirme. Me reí porque recordé una ocasión en la que se le acercó al doctor Gallart una señora deteniéndolo a la entrada del Casino, a donde llegaba a jugar su dominó de costumbre tras las horas del consultorio. Muy preocupada ella, le preguntó que qué jarabe sería bueno para su hijo, que tenía ya cuatro días con tosidades muy rebeldes según esto.

-Bueno, pero hay de toses a toses -la ilustró el doctor Gallart-: tos de catarro, de bronquitis, de pulmonía, tosferina... -No, esa tos de mi hijo -puntualizó la señora- es tos de perro. -Bueno -repuso Juanito-, pero hay de perros a perros: pequineses, pastor alemán, gran danés, collie...

Advierten los rigores religiosos que todos los humanos habremos de rendir cuentas al morir. Ya me imagino al doctor Gallart habiéndose presentado ante el Señor con



sus manos plenas de cosecha y su rostro sonriente, seguro de salir airoso de las cuentas que se le piden, diciéndole al Creador -Bueno, pero hay de cuentas a cuentas...

Cuando abandonaba el lugar de mis recuerdos ante su casa, que fue también el consultorio suyo, se inauguró tras la Sierra de Zapalinamé la claridad de una luna llena que puso nostalgias en el celaje de Saltillo.

### EL HOSPITAL ADQUIERE UN NUEVO ROSTRO

Sí, ahora yacía él allí en el cementerio, pero aquí en el recuerdo seguía viviendo muy intensamente, tanto en la ciudad como en el ámbito del hospital, donde por de pronto seguía oyéndose el incesante, inevitable ruidor de cinceles y martillo demoliendo muros para dar espacios a las nuevas áreas, con lo cual el aspecto del Hospital fue cambiando radicalmente.

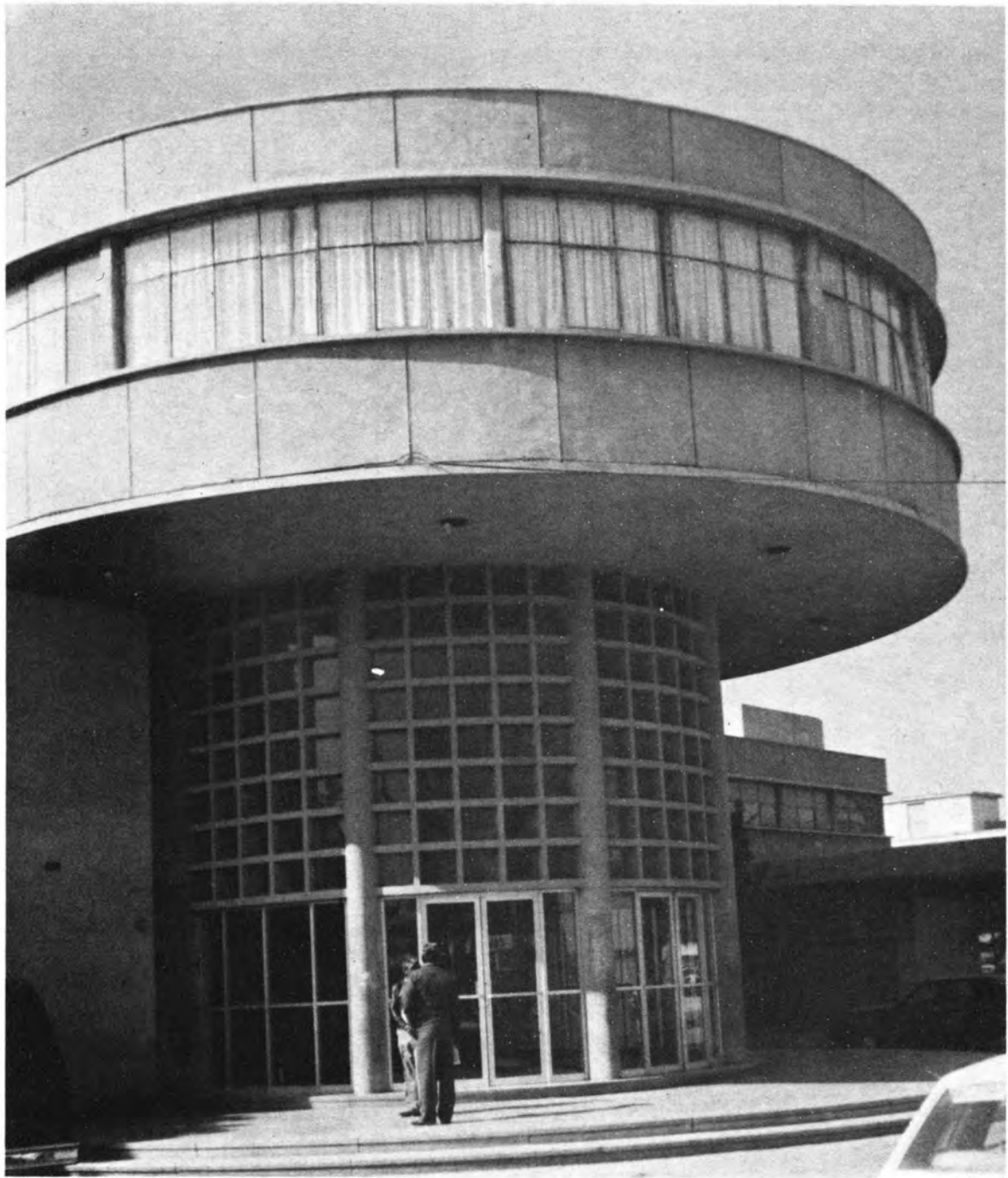
Como se recordará, antes había una alta escalinata de peldaños de granito rojo que conducía al primer piso. Esta se demolió para dar sitio a una entrada a nivel del piso. Por cierto durante esas demoliciones y las anteriores de las estaciones de enfermeras, se puso en patente manifiesto la muy alta calidad de la construcción original, cuya solidez dificultaba el derrumbarla para que fuese surgiendo poco a poco el nuevo vestíbulo de acceso general, el área de urgencias, de farmacia, de admisión y de trabajo social.

Un edificio por separado había sido construido para dar cabida a los laboratorios, al Banco de Sangre y a la Consulta Externa. Allí continuaba sus infatigables trabajos la enfermera Alma González distribuyendo los pacientes enlistados desde las ocho de la mañana según correspondía a cada especialista. Desde entonces empezó a tener lugar, promovida por ella cada época navideña, la infaltable *posada de Consulta Externa* cuya tradición no ha cesado.

En esas estancias de la consulta externa compartía yo, entre paciente y paciente, muy sabrosa plática con un médico que era de ameno trato y de muy grata plática envuelta en recuerdos de antaño: el doctor Gustavo Morales del Bosque, Tavito, de inolvidable y muy gozosa memoria. Sonriente siempre y muy afable, con su cabellera blanca de científico. Y muy científico que era él; uno de esos médicos que siempre estaba al día y que poseía el raro carisma de un humanitarismo desbordado hasta el sacrificio. Yo diría si se me permitiese la expresión, que Tavito era un sacerdote y un médico, de tan místico que se desempeñaba en su ministerio. Y un santo, de tan buen hombre que era. Murió un mal día mi amigo Gustavo Morales llevándose todas sus obras buenas y dejando sobre la tierra su memoria imperecedera.

A principios de los años ochentas se instalaron los elevadores en el hospital, aunque he de decir que los médicos seguíamos utilizando las rampas y las escaleras para llegar a los pisos, pues no faltaron ocasiones en que los tales elevadores se inmovilizaran entre piso y piso con gentes dentro muy llenas de angustia y pánico por todo el tiempo que transcurría hasta las maniobras para volver a activar el elevador y rescatarlas.

La basta superficie donde antes habían estado las oficinas administrativas, la concesionó el doctor Villarreal Zertuche a una familia para que la habilitase como comedor incluyéndole una cocina donde se preparaban comida para el personal que



**ENTRADA PRINCIPAL AL HOSPITAL UNIVERSITARIO DE SALTILLO.**





quisiera comprar allí sus alimentos. En esas cercanías del segundo piso se construyeron las nuevas oficinas para el director, el subdirector, el administrador y el área contable. La remodelación estaba ya por completarse, mas fue suspendida por no sé qué razones durante los últimos meses del interinato del doctor Villarreal Zertuche, que ya se había prolongado por cuatro años. En eso entra en escena el hombre que estaba destinado a darle terminación. Me refiero al doctor Enrique Sáenz Herrera, a quien el licenciado Villegas Rico dio posesión de la Dirección del Hospital Universitario el día 14 de octubre de 1982.



## **CAPITULO VI**

---

# **Y LES DARE UN CORAZON DE CARNE**

### **EL DOCTOR AVILES, PROFETA EN SU TIERRA**

Era el doctor Enrique Sáenz Herrera un pediatra de mucha nombradía en Saltillo, llegado el año de 1977 proveniente de la Universidad de Guadalajara y el Hospital Infantil de la Ciudad de México, donde fue discípulo dilecto del maestro Luis Torregrosa. Si alguien me pidiera definir su personalidad diría en breve que era un hombre muy sensible, muy humano y muy culto. Esas características las plasmó en su gestión y fueron la tónica y el ornato de su desempeño.

Período de Dirección con tintes sumamente peculiares fue el que le tocó vivir al doctor Sáenz Herrera. Por principio de cuentas es el único Director en la historia del Hospital que ha fungido a través de cuatro rectores sucesivos, pues en esos tiempos la Universidad vivió un época de inquietantes circunstancias que causaron una inestabilidad turbada por agitaciones políticas internas que determinaron frecuentes cambios en el gobierno universitario. Recibió el nombramiento de manos del licenciado Oscar Villegas Rico en la fecha ya citada, luego prosiguió durante las gestiones del licenciado Valeriano Valdés, del arquitecto Jesús Ochoa Ruezga y del ingeniero Jaime Isafas Ortiz Cárdenas, en cuyo período rectoral terminó su Dirección.

Independientemente de esas frecuentes transiciones en los mandos de la Universidad, hubo en el Hospital tiempo de acciones muy benéficas iniciadas con el apoyo que dio el licenciado Villegas Rico al doctor Sáenz para continuar aquellas obras de remodelación que habían quedado suspendidas. Y en la secuencia de esos trabajos de readecuación de las estancias del Hospital, ¿qué más podía hacer un hombre de formación escolástica como el doctor Sáenz? Así fue, en efecto, y sin más trámites desplazó la cocina y el comedor del área donde habían sido concesionados e instaló en su lugar una biblioteca con 25 mesas y 150 sillas para que al mismo tiempo sirviese de sala de conferencias. Maderas en el piso, libreros de finas maderas en los muros, espacioso el lugar ese donde el mes de diciembre se dio cita lo más granado de la Sociedad Médica de Saltillo convocada por el Director, que había concebido la iniciativa de hacer un homenaje al doctor Carlos Avilés Falco con motivo de que en esa fecha, día dos de diciembre de 1983, se le impondría su nombre al Departamento de Pediatría recién terminado. Aquella mañana recordé intensamente al doctor Avilés.

Allí está, en su biblioteca aquel día que digo, día que el doctor no olvidará nunca. Penetremos a la intimidad de su hogar para ver cómo empezó a transcurrirle aquella mañana.

Descansando con un libro entre sus manos, el buen hombre aparta de vez en cuando su mirada de las páginas y la posa en la pared de enfrente, donde cuelgan unas placas de bronce que hablan de reconocimientos que ha recibido en su ya larga vida. ¡Qué de recuerdos se le desatan en viéndolas! Memorará tal vez aquella asamblea de gran solemnidad científica en la que, revestido de toga y birrete, le fue conferido el nombramiento de Académico de la Sociedad Mexicana de Pediatría. ¡Cuántos esfuerzos, cuánta entrega de su ser durante tantos años afanado en lograr la salud de la niñez había depositado antes de verse honrado con tan enaltecida distinción!

Recordaría entonces el doctor los inicios de su ministerio en Saltillo, primero como médico general y luego en calidad de especialista en enfermedades de la infancia recién graduado en Cleveland, a principio de los años cuarenta. Y estando en esas reminiscencias se acordaría también de que por aquellos años, a más de su creciente trabajo de consultorio y visitas domiciliarias, andaba empeñado en hacer realidad un sueño que había concebido: el de crear un hospital para Saltillo. El había propuesto la idea de edificarlo y a él le confiaron los trámites de su ejecución. Pasaron por su mente en rápida sucesión las imágenes de las diversas etapas de la obra hasta culminar con el día feliz de la ceremonia inaugural del flamante edificio, él en el centro de la escena entre el Presidente de la República, el Ministro de Salud, el Gobernador y mucho acopio de colegas suyos. Sonrió satisfecho el doctor en su poltrona ante la memoria de aquella conquista sintiendo con eso una recatada conciencia de misión cumplida.

Vuelve el doctor su vista a las páginas de la obra de Platón que está leyendo, y los *Diálogos* del filósofo tornan a traerle más recuerdos. *Pocos son los llamados al aplauso de los suyos -lee- pues los suyos ven como mejores las obras que ejecutan los hombres de otras tierras.* Dado a la reflexión como humanista que es, se preguntó: ¿habría podido ser profeta en su tierra él mismo? Cuántas de sus iniciativas, de sus promociones, de sus sueños hechos ya realidad habían pasado desapercibidos para el común de las gentes en Saltillo. ¿Cuántos sabrían que además del Hospital Civil gestó también la Escuela de Enfermería al tiempo que mientras impartía la cátedra de Anatomía Humana en el Ateneo Fuente profetizaba el nacimiento de la Universidad en nuestro Estado? Lamentablemente, algunos que sabían éstas cosas le escatimaban el reconocérselas.

Y entre tanto, sobrellevando resignadamente tal ingratitud, tenía también qué tolerar con prudencia las llamadas de padres y madres exigiéndole su entera disponibilidad para atender a deshoras a sus enfermos demandándole el sacrificio de su tiempo de diversión y descanso. Y es que la gente exige del médico lo que muchas veces no es capaz de exigirse a sí misma. Y recordó con eso el caso aquel de un enfermito de familia rica. Volvió a verse ante el pequeño, pálido y tosiento. El preguntaba a la madre si su hijo había tenido fiebre por la tarde y la señora, que había pasado la tarde fuera de su casa jugando canasta le preguntó a su vez a la sirvienta. Y a la dicha sirvienta seguía interrogando la mamá del niño acerca de todo lo que el doctor le preguntaba de su hijo hasta que el pediatra se exasperó clamando: -¡Mire señora,



déjeme solo con la criatura y la sirvienta, pues ella es la que está haciéndola de madre mientras usted anda por allí de socialitos!

Con evocaciones así le habría llegado a su pensar una pregunta inevitable: *¿qué pensarán de mí los demás?* Bien seguro estoy yo de que los demás lo consideramos un pediatra honesto, colmado de moralidad y dueño además de profundos conocimientos y experiencia en su especialidad. Yo lo recuerdo en los días aquellos de los años sesenta cuando llegué a ejercer la Medicina en Saltillo. Aún me parece verlo acudir a pasar su visita en el Hospital con su porte erguido, caminar presuroso, maletín en mano y guayabera de un blanco immaculado. Bien pronto supe porqué era el pediatra más solicitado en la ciudad. Es que su talento diagnóstico y el escrupuloso orden con que llevaba su práctica atraía a los pacientes. Había qué ver el cuidado y pulcritud clínica con que examinaba a los niños, y su elaboración metódica de expedientes a cada enfermo en los que consignaba con minucia las fechas en que a cada cual le tocaba su vacunación preventiva. Pero a más de eso, había algo en el doctor Avilés que mucho llamaba mi atención: su asombrosa memoria para retener conceptos científicos y fórmulas farmacológicas, facultad ésta que ya quisieran para sí muchos médicos jóvenes.

No hace mucho externó ante mí dos de los principales motivos que inspiran su actitud profesional: *No se puede ser médico de medio tiempo o a medias tintas. O se es, o no se es* -me dijo, para en seguida confiarme que su mayor satisfacción como pediatra era cuando una madre antes atribulada por el padecer de su hijo y ahora alegre y optimista ante su buena evolución, le decía llena de gratitud: *-¡Gracias, doctor Avilés!*

Con ese mismo espíritu magnánimo sigue el doctor consultando todavía, y por muchos años más, espero. Por todo esto, por su competente ejercicio profesional, por las obras que realizó, por su ser de hombre bueno y culto, el doctor Avilés es dueño de un prestigio muy dilatado que ahora se encuentra allí en su biblioteca recordando, recordando...

Le vendría una cierta melancolía ante sus memorias. Mas tiene qué interrumpirlas. Es que su esposa Enriqueta, que tanto le ha apoyado en su vida, y sus hijos Carlos el ingeniero, Rafael el pediatra, y Sergio el comunicólogo, han llegado ya por él para llevarlo al Hospital Universitario. Porque esa mañana del lunes 28 de noviembre de 1983, la Universidad de Coahuila y el Hospital mismo van a rendirle homenaje y tributo de reconocimiento, el de denominar con su nombre el Departamento de Pediatría del Hospital Universitario.

Y dejando el doctor su libro, levantándose de la poltrona, pensó con íntimo contento que después de todo le había llegado la hora del aplauso público. Ahora sí sabía la respuesta el doctor Avilés. Se le estaba ofreciendo un patente testimonio de que sí había llegado a ser profeta en su tierra.

## DE LO ADMINISTRATIVO AL HUMANITARISMO

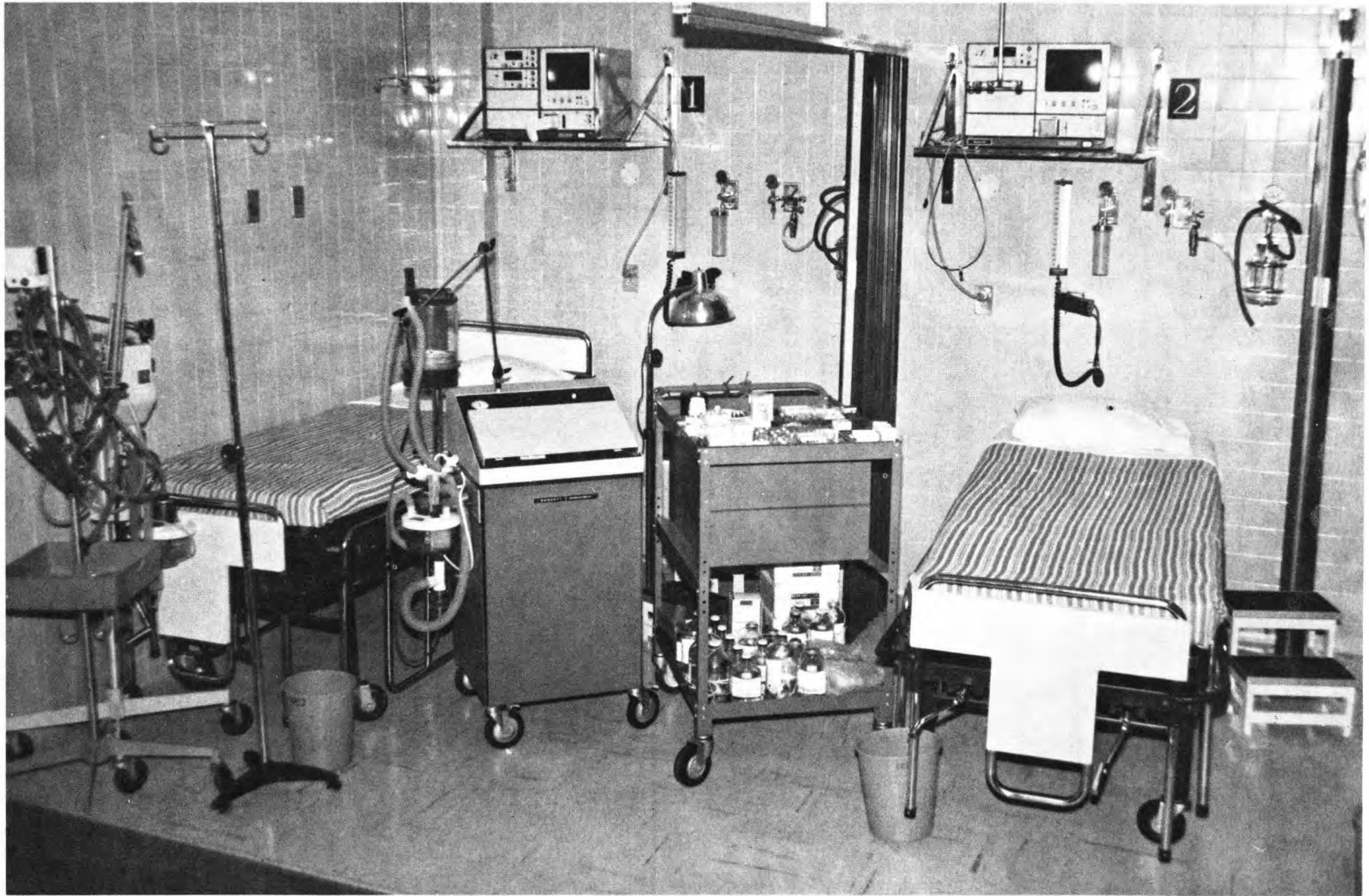
Muchos otros trabajos esperaban al doctor Sáenz, pero había uno muy urgente: el de darle una nueva vertebración al sistema de funcionamiento interno del Hospital,

para lo cual era preciso modificar los esquemas de mandos intermedios diseñando un nuevo organigrama, tarea en la cual colaboró el licenciado José María Fraustro, comisionado por la Universidad para los efectos de aquella reorganización administrativa. Una vez implementada, se posibilitaron los encauces apropiados para iniciar otras mejoras en la planta física jerarquizadas por necesidades de atención hospitalaria. Así, se amplió, -diríase mejor que se hizo nuevo de todo a todo-, el servicio de urgencias convirtiendo aquellos cuartos inapropiados de paredes despintadas y llenas de anotaciones de números telefónicos en cuatro estancias verdaderamente adecuadas para prestar un servicio de emergencia, con muros de azulejo blanco, anaqueles para dispositivos y medicamentos, un *carro rojo* dotado de equipo e instrumental para tratamiento de casos críticos y ductos de aspiración y de oxígeno intramurales, lo cual fue extendido en una red de distribución general a todo el hospital proveyendo de ese utilísimo recurso a cada cuarto del nosocomio, incluyendo el recién creado Departamento de Terapia Intensiva.

Ha de hablarse aparte de éste servicio, dispuesto en el área de los servicios quirúrgicos, aislado del público por un cancel de reserva para entrada solo de personal autorizado y con visitas de familiares controladas rigurosamente. Había en él cuatro camas con colchones neumáticos y su respectivo monitor electrocardiológico, un desfibrilador, tres aparatos de succión Gomco, un *carro rojo* y una central de enfermeras con personal disponible las veinticuatro horas para vigilancia permanente a menos de tres metros de distancia a cada enfermo en condición grave. Departamento de muy extremos recursos es ese de Terapia Intensiva, que ahora llegaba al Hospital Universitario como seña inequívoca de su actualización a la terapéutica de últimas instancias. Cuán deseable es que en todos esos departamentos de Terapia Intensiva se tenga la conciencia ética de la inmensa diferencia que hay entre el prolongar artificialmente una vida que ya no lo es y el dejar que el paciente muera tan naturalmente como nació: de acuerdo al designio de Dios y no al de una ciencia que pretende enarbolar recursos triunfalistas para oponerse a ellos, siempre inútilmente. Pero baste de digresiones, que estamos en un libro de historia, no de filosofía médica.

Continuó en avance la tercera etapa del proyecto de remodelación total del Hospital, que quien esto escribe había signado con el CAPFCE allá por 1977. Ahora comprendía la etapa final: disponer las nuevas oficinas para el departamento administrativo, cambio total de la red eléctrica, la instalación de un compresor para refrigerar el área de autopsias y de un departamento para prematuros con dos incubadoras muy costosas recién adquiridas y finalmente pintar todo el hospital con colores apropiados: los techos, color blanco; las paredes color trigo mate.

Es tedioso enumerar obras y obras, tan materiales que son. Si no fuera porque es necesario consignarlas al escribir ésta historia prescindiría de ello para dedicarme a relatar los aspectos meramente humanos, que con ellos suelen palpitar y vivir los hospitales. Pacientes y familiares en un ir y venir de angustias y esperanzas, de dolores y a veces de llanto y de tristezas indecibles. Trabajos denodados de médicos y enfermeras en esos ámbitos donde campean el sufrimiento y la enfermedad, la incertidumbre... o el desconsolado trance de ver que la vida del ser querido va



"TERAPIA INTENSIVA", DESPUES.





extinguiéndose inexorablemente. Muchos pacientes son dados de alta con su salud recuperada. Otros no alcanzan a ver ya la luz del día siguiente o las estrellas de ese anochecer. Sí, la vida de un hospital, más que obra tras obra, debiera reseñarse entretejiendo substancia de vida tras vida. Porque más que materia, un hospital es esencia vital de quienes a él acuden, de quienes en él laboran. Esto lo entendía muy bien el doctor Sáenz, y lo divulgaba con mucha persuasión y emotividad en los discursos que pronunciaba en las altas ocasiones de celebración médica. Discursos significativos y conmovedores los suyos. Yo recuerdo frases de algunos de ellos, de tan hondo que llegaron en el ánimo. *Atendemos los médicos a esos enfermos semejantes nuestros que buscan auxilio moral, más aún que la propia curación* expresó en uno. Y en otra: *Algo tienen las conmemoraciones de principio y de final... Qué hermoso debe ser el día en que todo lo que le pide uno a la vida es tiempo...*

Un hombre dotado de tal sensibilidad habría de ocuparse, además que de los necesarios aspectos administrativos y materiales, de cuestiones de índole más vital y más cálida. Puso su mirada en las áreas que estaban convertidos en páramos descuidados y llenos de basuras y sembró en ellos más de trescientos árboles y césped transformando aquellos lugares tras el Hospital en un vergel donde pudiesen respirar a pulmón abierto los convalecientes, a quienes gustaba ver el doctor Sáenz desde los ventanales de los pisos superiores mientras pasaba visita. Ah, porque he de decir que era su costumbre el recorrer todo el hospital diariamente a la una de la tarde pasando visita a los pisos acompañado del doctor Emilio Vega Arellano, Subdirector que muy diligentemente colaboró en la conducción del hospital, sobre todo tratándose de los asuntos de trato con los médicos. Paciente y calmado el doctor Vega Arellano, sin que las dificultades que nunca faltan le inmutaran ni le hicieran cambiar su afabilidad y la siempre presente sonrisa en sus labios.

### RELAMPAGO EN UN CELAJE DESPEJADO

¿Quién que haya pasado por el trance de una enfermedad propia o de sus seres queridos no se ha movido interiormente conmovido en lo más profundo de su ser dirigiéndose a Dios para implorarle alivio? Necesidad del espíritu humano es el encontrar apoyo espiritual en el Señor, que es dueño de la vida y de la muerte. Y orarle. Es por ello que en un hospital se hace imprescindible un sitio para apartarse de los ajetreos mundanales y estar a solas con Aquel que da confort, paz y esperanza al espíritu. Una capilla para hablar con Dios y poner en sus manos las cuitas de la enfermedad, es tan necesaria en un hospital como un quirófano. En éste se restaura el organismo. En aquella se reconforta el alma. Atendiendo a todo ello el doctor Sáenz determinó acondicionar la habitación inmediata a la entrada al área quirúrgica con todo lo necesario para hacer de ella un oratorio, que desde entonces ha servido para que en él depositen sus plegarias cientos y cientos de pacientes y de familiares. ...Y la abuela de cuyas manos rugosas pende un rosario mientras mira con ojos llorosos a Cristo diciéndole cosas...



Era don Joaquín Ayala un hombre clave desde hace muchos, muchos años, en la buena marcha de los trabajos en el Hospital. De él dependía el funcionamiento de las calderas y allí, en su cuarto de máquinas, se afanaba hora tras hora sin apartarse de sus faenas entre aquellos aparatos que por esas fechas ya resultaban insuficientes para los requerimientos del hospital. Pero un buen día llegó una nueva caldera grande, tan grande así que fue un espectáculo ver cómo la movilizaban grandes grúas hasta dejarla depositada en el sitio que don Joaquín les señalaba. Y cuando por fin quedó instalada, los ingenieros innovaron aquellos espacios de trabajos tan arduos trazando en el piso pistas de diversos colores como señalamiento de un código de seguridad para evitar accidentes entre los colaboradores del buen don Joaquín.

Rector muy generoso para con el hospital había sido el licenciado Villegas Rico, que ahora terminaba su período de Rector. Y cuando el tiempo de elegir nuevas autoridades fue llegado, llegó también un clima de agitación electoral tras el cual surgieron dos encargados temporales del Despacho de la Rectoría: el licenciado Valeriano Valdés primero y el arquitecto Jesús Ochoa Ruezga después. Durante ese período, que duró un año dos meses en total, continuó el doctor Sáenz fungiendo como Director del Hospital, incluso durante los primeros doce meses del nuevo Rector electo, ingeniero Jaime Isafás Ortíz Cárdenas, que ahora estaba al frente de la comunidad universitaria con un nuevo grupo de funcionarios. Y vino a suceder que una mañana, la del martes 12 de noviembre de 1985, cuando todas las actividades en el hospital se desarrollaban normalmente, se presentó en la Dirección un enviado de la Universidad portando un papel para el doctor Sáenz. Era un documento por medio del cual el Rector daba posesión de la Dirección del Hospital a otra persona: al C.P. Jesús Rodríguez Hernández, que hasta entonces había fungido como Administrador. Allí estaban ahora él y el enviado de la Rectoría, ante el doctor Sáenz que no acertaba a saber lo que estaba sucediendo en aquellas sorpresivas circunstancias, tan repentinas como un rayo en un cielo despejado. Sin explicaciones, sin antecedentes, sin más nada. Y así, sin más nada entregó al contador las llaves del escritorio y del cuarto de la Dirección, se despojó de su bata clínica y poniéndose el saco, salió de allí sin decir palabra.

## CAPITULO VII

---

### EN LOS ALBORES DEL TIEMPO ACTUAL

#### LAS CUENTAS CLARAS... Y EL HOSPITAL ESPESO

El contador Público Jesús Rodríguez Hernández era una persona muy conocida, y muy reconocida, también, en el Hospital Universitario. Había llegado a él el año de 1977 cuando durante mi gestión lo envió el entonces Tesorero de la Universidad Lic. Mario Dávila para que se hiciera cargo del departamento contable. Hombre de muy íntegros principios y honestidad a toda prueba era Jesús Rodríguez. De la rectitud de sus convicciones personales habíamos tenido plena constancia todos aquellos que conocimos su trabajo. Y muy trabajador que era, además. Pero ahora su situación era sumamente singular: se veía de pronto, sorpresivamente, siendo el primer Director en la historia del Hospital que no era médico, circunstancia ésta que en un principio generó comentarios superficiales e intrascendentes y hasta con tinte jocoso: -Tendrán que operar al hospital porque se va a llenar de cálculos-, bromeaban algunos. Mas independientemente de esas ligerezas, empezó a vérselo como un hombre que, habiendo sido designado por el rector, tenía todo el apoyo de los altos mandos universitarios. Sus razones tendría para haber designado como Director a una persona no médica. Y sí las había, según he llegado a saber en las pláticas que he tenido con distintas personas directamente involucradas en los acontecimientos que narro en ésta Historia. Meses antes de tal designación, cuando ya el ingeniero Jaime Isaías Ortiz era Rector, nombró un *cuerpo de asesores* -así se le llamó- para que analizaran muy de cerca el funcionamiento de otros hospitales de la ciudad de Monterrey, señaladamente la Clínica Nova del Grupo Alfa y el Hospital San José. En esas entrevistas se obtuvo como elemento constante que la persona que tenía en sus manos el manejo ejecutivo de esos hospitales no era médico, sino un Contador experto en Administración de Hospitales. Había, sí, directores médicos, pero éstos se limitaban a una función estrictamente clínica sin involucrarse para nada en manejos administrativos.

Con tal modelo de estructura transmitido por dicho cuerpo de asesores, el Rector Ortiz Cárdenas llegó a la conclusión de que era saludable adaptarlo para el Hospital Universitario de Saltillo, esgrimiendo el argumento de que en esa etapa de adecuación administrativa de las dependencias universitarias el Hospital requería de un administrador que lo dirigiera, lo cual determinó el nombramiento del contador que más experiencia y conocimiento tenía del Hospital: Jesús Rodríguez Hernández.

Si en los comienzos los comentarios derivados de no ser él médico eran como decía, frívolos e inconsecuentes, no tardaron en presentársele al nuevo Director dificultades que incidían estrechamente con el área de los médicos y de las enfermeras. Mas

entonces surgió la solución a la problemática: la Rectoría nombró un nuevo Coordinador de Hospitales, el doctor Alfonso de Jesús Valdés Dávila, quien había actuado en aquel cuerpo de asesores ya mencionado, y en acuerdo con él para solventar los problemas clínicos del Hospital se determinó nombrar un subdirector para el turno matutino, el doctor Armando Ovalle Berúmen, cirujano de muy buenas hechuras y persona de buen natural en su trato, y otro para el turno vespertino: el doctor Fortunato Rodríguez Castañeda.

### UNOS ANGELES LLAMADOS ENFERMERAS

Continuaba la vida en el Hospital con el transcurrir del tiempo, que hacía llegar allí los nuevos adelantos de la tecnología médica y de las comunicaciones humanas. Ya estaban instalando en las azoteas una antena parabólica para recibir la señal del Satélite Morelos y captar los programas de educación médica continua emitidos por la Secretaría de Salud en la Capital; ya se había dotado al gabinete de radiología de un equipo de ultrasonografía y el área de enseñanza llevó una videocasetera. A propósito de ésta área, durante la gestión del contador Rodríguez Hernández quedaron formalmente instaladas las sesiones clínicas de actualización por especialidades tanto a nivel de los médicos como de enfermería, que vió incrementado su nivel de capacitación con el surgimiento de la Coordinación de Enseñanza para Enfermeras que, a cargo de la licenciada en Enfermería Guadalupe Zurita, organizó desde entonces las Jornadas Anuales, coincidiendo con la celebración del Día de la Enfermera en los inicios del mes de enero.

Ah, las enfermeras, ¡qué imprescindibles resultan para un hospital, para los médicos, para cada paciente! A grado tal son importantes, que no puedo dejar de mencionar en éste libro la enorme deuda de gratitud que todos los médicos de éste Hospital y de todos los hospitales del mundo tenemos para con esos ángeles buenos vestidos de enfermeras que son ellas. Apoyo para el doctor, consuelo para el enfermo aún a costa de muchos sacrificios y desvelos que ellas tienen que sobrellevar, como aquella ilustre Dama de la Lámpara que fue Florence Nightingale, a quien muchos tienen como la fundadora de la Enfermería Moderna, inmortal personaje en la Historia de la Medicina que, así como Hipócrates dejó para los médicos su célebre Juramento, ella dejó para las enfermeras su inmortal Declaración de Principios de Conducta... *Y juro además que cuando tenga mi alma conturbada por alguna pena, la guardaré para mí por no alterar mi ánimo ante mis pacientes...*

Yo digo que en el diario escribirse de la historia de un hospital, muchos de los capítulos más elevados son parte de la historia de ellas mismas. De las imprescindibles, bondadosas enfermeras.

### NUMEROS EN LA VIDA DEL HOSPITAL

Por la naturaleza tan especial, tan elevada que tiene el trabajo dentro de un hospital, médicos y enfermeras habían permaneciendo al margen de los movimientos



grupales en aquellas agitaciones que se habían suscitado los meses antes en el seno de la Universidad. Ahora que la calma había retornado y estaba ya establecido el nuevo Rector con sus colaboradores, las relaciones administrativas hacia el hospital volvieron a reanudarse. Estamos en el año de 1986, lo cual equivale a decir que el hospital estaba cumpliendo sus treinta y cinco años de vida.

¿Cómo era ahora, ya crecido a su plena edad adulta? Un informe del Director Rodríguez Hernández escrito en ese tiempo nos da una idea exacta de su desarrollo, tanto en lo referente al hospital como a su planta física. Habían laborando en él 65 médicos y 120 enfermeras. 48 personas atendían el Departamento Administrativo y 90 se encargaban de las áreas de mantenimiento e intendencia. Constaba de 110 camas disponibles para internamiento, 10 consultorios para consulta externa, 4 quirófanos. De julio de 1986 a junio de 1987 ingresaron 5,348 pacientes, fueron practicados 21,839 exámenes de laboratorio a enfermos internados y hubo un total de 22 defunciones. 13,927 pacientes fueron atendidos en Consulta Externa, 1,919 en el Departamento de Odontología, 11,669 en Urgencias y se efectuaron 19,710 exámenes diagnósticos de diversa índole... El total de pacientes, que relacionados con el hospital ese año fue de 60,000 comprendiendo una procedencia de Zacatecas, Nuevo León, San Luis Potosí y Coahuila...

Números, números muy importantes todos ellos para el manejo administrativo del Hospital, pero al fin y al cabo números solamente. Sin embargo, esos números representan gente, y esa gente significa pacientes, vidas... o muerte. Vida humana, en fin, con todo su palpitar, pero también con toda su fragilidad. Porque más allá de las contabilidades y de las estadísticas, y de los balances del debe y del haber, más allá de todo eso, y muy por encima de ellos, en un hospital está la manifestación patente, patética, descarnada y descarada de la esencia más honda del existir de los seres humanos. Y el existir humano se me puso de manifiesto en toda su desnuda realidad en la mañana de un día que quiero relatar aquí, de tan impactante que me fue. Pero también de tan provechosa. Porque traspasando las fronteras de la ciencia que me habían enseñado mis maestros y de lo que había leído en los libros, ese día aprendí mucho en el libro abierto de la vida.

### **NUESTRO EXISTIR ES FLAMA EXPUESTA AL VIENTO**

Cuando salí de casa rumbo al hospital aquella mañana, estaba muy lejos de imaginarme que iba a ofrecérseme en el contenido de las siguientes horas una jornada llena de sorpresivas lecciones. Yo tenía programada a las ocho una operación, la de una niña recién nacida con un defecto congénito del cuello. Llegando al hospital noté mucho movimiento en el cuarto de emergencia, como cuando pasa algo grave allí. Un médico interno me alcanzó urgiéndome acudir en ayuda. Al entrar, ví a tres médicos muy apurados efectuando maniobras de último recurso para salvar la vida de un hombre que yacía en una camilla. Me hablaron de hacerle una traqueotomía, pero el neurólogo, con cara desconsolada murmuró que no, que desgraciadamente ya no era necesario. Después lo supe: era un empresario de treinta y cinco años llevado por su

esposa porque al estar desayunando sintió de súbito un dolor de cabeza muy intenso y mucho mareo. Casi en seguida, sin que él pudiera articular palabra, cayó como desmayado sobre la mesa. Con grande alarma y la ayuda de unos vecinos a quienes ella les gritó, lo subieron al automóvil para llevarlo al hospital. Ahora él estaba allí, con su traje color azul y toda su prosperidad de empresario en la que supuestamente le quedaba toda una vida por delante. Supuestamente, porque ahora yacía en medio de la sala de emergencia, muerto de una hemorragia cerebral repentina.

Subí al quirófano pensando mucho, pensando... y me metí a operar. Cuando terminé mi intervención y salí de la sala, me esperaba otra página de la vida gritándome que aprendiera de ella: en el quirófano de al lado había malas noticias: un ginecólogo acababa de extirpar una tumoración del seno de una señora de cuarenta y tres años y el patólogo, tras examinarla, la estaba reportando como un carcinoma de los más invasivos. Ella, que en esos momentos estaba anestesiada, ajena totalmente a los lamentables resultados de su operación, había empezado por sentirse una bolita en ese seno al estarse bañando hacía apenas dos o tres semanas. Muy a tiempo consultó a su doctor, el mismo que la había atendido en sus tres embarazos, pues era madre de tres niños, el menor de un año y medio. Le había aconsejado extirpar la bolita y someterlo a examen microscópico. Y ahora... el deplorable reporte de ese cáncer, ya con siembras en otras partes de su organismo. Tres a seis meses de vida, a lo sumo...

Esos dos casos tan patéticos así eran ya evidencia suficiente para manifestarme inobjetablemente lo endeble de la existencia humana, pero se me tenían reservados otros más para confirmar aquellas inquietantes enseñanzas que mi vida profesional me presentaba.

Ví en el Departamento de Pediatría a un niño en el que se estaba comprobando el diagnóstico de una leucemia, para la que no se le podía dar tratamiento que le curara. El pequeño de ocho años, hijo de una pareja de maestros, se había comenzado a sentir cansado y débil un domingo. Dolores de cabeza, luego con falta de apetito y mucha palidez. Lo llevaron al pediatra. Exámenes, análisis en un laboratorio, y en otro... ¡Cómo era posible aquello! ¿No sería una equivocación? Más exámenes para salir de esa angustiada incertidumbre... No, no había duda ya; desgraciadamente, fatalmente. Ese niño lleno de vida semanas antes, no vería ya la siguiente Navidad... Y estaba allí, como dormido en un sopor, con las mejillas húmedas por las lágrimas de su madre reclinada sobre él, abrazándolo.

Abatido en mi ánimo ante tanto dramatismo tan entristecedor, me encaminé rumbo a la salida del hospital. En el piso de abajo, el de Ortopedia, me fue inevitable darme cuenta del caso de un joven que tendría cuando mucho veinte años. Agonizaba víctima de una fractura de cráneo. El sábado pasado, jugando fútbol, se había golpeado la cabeza contra el poste de la portería y... sus padres, y los médicos especialistas, y las radiografías, y su novia, con la que estaba por casarse en un mes más... ¡No! ya no quise saber más de nada más.

Todo aquello me conmocionó el pensamiento con la rotunda evidencia de que la vida de todos nosotros, la de cada uno de nosotros, es como una llamita expuesta al viento que se nos puede apagar en cualquier momento. ¡Tantas eventualidades



imprevistas, mortales, a las que todos estamos tan expuestos! ¡Tantas amenazas que nos acosan furtivamente, agazapadas en los entresijos de la vida diaria, a la vuelta de la esquina de cada día! ¡Tantas... tan escondidas... tan inevitables!

Y pensar que malgastamos la vida sin sentido, como si tuviéramos garantizados más de setenta años seguros por delante para desperdiciarla así, viviendo tan superficialmente, tan sin sentido, tan arrastrados por la rutina y los materialismos.

Y pensar que despertamos cada mañana sin apreciar el olvido milagro de haber amanecido vivos...

Y pensar que nos inquietamos por el qué dirán, apegados a las cosas, a la materia, a los dineros... Angustiados por asuntos intrascendentes que hoy son y mañana dejarán de serlo...

Y pensar que este día que vivimos puede sernos el último...

¡Y pensar que no pensamos...!

[The body of the page contains extremely faint and illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the paper. The text is too light to transcribe accurately.]

## CAPITULO VIII

---

# NUEVO RECTOR SABIO, RECTOR PRUDENTE

### Y SE HABLABA DE TU CON PITAGORAS...

Coincidiendo con la terminación del período del Rector Ortíz Cárdenas terminaba también su gestión el contador Jesús Rodríguez Hernández, quien al salir de la Dirección vio sucederle a quien había sido el subdirector en los recientes últimos meses, el doctor Ildefonso Villarello Domínguez. De él hablaré en un rato más, pues ahora es el momento de ocuparnos del nuevo Rector que había llegado a hacerse cargo de la Universidad tras un proceso electoral que por cierto resultó pacífico y sin violentaciones, dado que el maestro en Ciencias don Remigio Valdés Gámez logró concertar -así dicen en las políticas- a las mayorías de la comunidad universitaria. Pero yo no estoy escribiendo un libro de política universitaria sino una historia, y la historia involucra necesariamente a seres humanos. Por eso quiero hablar de personas más que de acontecimientos electorales. Y hablar de personas me lleva ahora a referirme a don Remigio.

Ya había sabido de don Remigio desde mi juventud, cuando en los círculos culturales de Saltillo se hacía referencia a él comentando que era un matemático considerado como de los más eminentes en toda la República. Y a mí, que nunca me entraron las matemáticas por ningún lado y les tengo el mismo respeto de quien se encuentra ante algo inaccesible por sus muy competentes complejidades, aquello de que don Remigio era tan talentoso en esas ensortijadas cuestiones me impresionaba mucho, al igual que me impresiona y me causa admiración una brillantez deductiva que llega a conclusiones tan exactas como dos y dos son cuatro sin sudar ni una gota siquiera y con muchas elegancias metodológicas de por medio.

Cosa de iniciados en una verdadera casta intelectual exclusivamente reservada a unos cuantos era eso de hablarse de tú con los rebuscamientos de los cálculos de probabilidad y las paradojas de Anaxágoras, los conjuntos numéricos y la lógica matemática. Y a esa secta, a ese sector de científicos con neuronas tan selectivamente coordinadas pertenecía el nuevo Rector, a quien yo veía con el miramiento que se merece un encumbrado domine de esas encrucijadas. Además recordaba que el Ayuntamiento de la Ciudad le había otorgado dos años antes la *Medalla Saltillo*, presea que se confiere a los más señalados personajes de la vida comunitaria saltillense por sus aportaciones al arte, la ciencia, la cultura o el quehacer público.

Así que muy ameritado personaje llegaba a la Rectoría. Y así como en el pasado los gobernadores disponían del nombramiento de los directores del Hospital Civil, también ahora los rectores estaban relacionados con el Hospital Universitario de

Saltillo muy íntimamente. Fue beneplácito saber que habría para el Hospital un gobierno universitario que a más de muy prestigiado, tenía excelentes lazos de comunicación con las más altas autoridades de la cosa pública.

Pues dejemos a don Remigio con su don de hombre de claro talento sentado ya en la silla del Rector y volvamos al Hospital, donde otra silla habría de cambiar de ocupante: nada más, nada menos, que la del Director. Silla tan importante fue ocupada poco tiempo después por un médico que muchos merecimientos tenía para estar en ella. Y experiencia del saber cómo hacer las cosas en un hospital porque en otros las había aprendido durante largos años de experiencia anteriores. Me refiero al doctor Ildefonso Villarello Domínguez, que recibió el nombramiento de Director el 19 de febrero de 1988, si bien desde el mes de diciembre del año anterior fungía ya como subdirector Médico y cubría las funciones de Director ante el permiso solicitado por el Contador Público Jesús Rodríguez Hernández para separarse de su cargo.

### **QUIEN SIEMBRA CON TRABAJO, COSECHA CON JUBILO**

Fama pública entre los médicos de Saltillo tenía el doctor Ildefonso Villarello de ser muy entregado a su trabajo. Incluso yo había conocido una anécdota que da patente testimonio de esa cualidad suya y a la cual debió el doctor Villarello su futuro tan fecundo como médico administrativo. Con el fin de apegarme estrictamente a la verdad en lo que escribo, fui a preguntarle recientemente si tal suceso era cierto. Sí, era verdad, me confirmó. Y me abundó en más detalles de cómo había pasado.

Para conocer en sus pormenores ese sucedido trasladémonos al año de 1963. Yo sé que muchos de quienes me leen ahora que escribo esto en 1991 eran en aquel entonces muy jóvenes e incluso niños, el caso es que por esas fechas Poncho Villarello como le llamaban afectuosamente -y le siguen llamando- los muchos amigos que tiene por su carácter tan llevadero, andaría por los treinta años de edad. Esto quiere decir que era un novel iniciado en la práctica médica con apenas seis o siete años de ejercerla desempeñándose por aquel tiempo como médico visitador del ISSSTE haciendo consultas a domicilio.

Así las cosas, un sábado del mes de febrero de ese 1963 pasadas la una de la tarde llegó al edificio que ocupaban los consultorios y oficinas del ISSSTE en Saltillo, en la contraesquina noroeste de la Alameda, un inspector que venía de la capital verificando el funcionamiento de cada Delegación Estatal. Y al único doctor que encontró trabajando fue al doctor Villarello. Dije antes que era sábado, vale decir día de fin de semana, de acabar cuanto antes al mediodía y ya vámonos. Así sería para los demás, que ya no estaban allí, pero no para el doctor Ildefonso, para quien una obligación era un obligación. Y allí estaba, con tres pacientes por atender aún. Sólo él, dejado ya de sus demás colegas. Por eso fue el único médico que encontró en las instalaciones del ISSSTE el doctor Rafael Cervantes durante aquella su visita de inspección. Hizo algunas preguntas someras al doctor Villarello referentes a sus labores en el Instituto y a otras cosas genéricas de cómo estaba trabajando en general la Clínica. Tras ese



breve diálogo fuése el doctor y Poncho quedó allí, con otro paciente más que había llegado.

Quince días después de aquello, un domingo que comía en la casa paterna, el doctor Poncho recibió un sorpresivo telefonema de México. Era un alto funcionario del ISSSTE comunicándole sin más nada que por instrucciones del doctor Pizarro Mares, Director General del Instituto, sería nombrado Director de la Clínica de esa Institución en Saltillo, puesto del que le dieron posesión formalmente el 23 de abril de 1963. Aquello era un tácito reconocimiento a la entrega del doctor Ildelfonso Villarelo en el cumplimiento de sus deberes. Y muy responsablemente que se ha desempeñado desde entonces, llegando a ser después un encumbrado funcionario estatal de ese organismo de seguridad social.

Fue su labor en el Hospital Universitario muy activa al unísono con las nuevas autoridades de la Universidad. Empezó el doctor Villarelo por tratar de hacer más óptimos los recursos económicos del Hospital, generándole más ingresos al incrementar dos cuartos privados más en cada piso haciendo de lo que eran las llamadas áreas de *media distinción* un total de seis nuevas salas personales.

El crecimiento que estaba teniendo el Hospital trajo consigo la necesidad de eficientizar su infraestructura en los servicios de lavandería, para lo cual se adquirieron dos nuevas grandes máquinas lavadoras. Pero donde más fue notoria la gestación del doctor Villarelo fue en la modernización del equipo de diagnóstico y del instrumental quirúrgico al adquirirse un cardio-tocógrafo, instrumento de muy nueva invención que detecta y amplifica el funcionamiento cardíaco del ser humano en gestión.

Durante la administración del doctor Villarelo se sucitaría un cambio que sería de muy positivos y fructíferos resultados para el futuro. He aquí que el 16 de agosto de 1988 llegó a hacerse cargo del Departamento Administrativo la licenciada Elodia López de Gómez Villarreal, enviada por el señor Rector, quien vió en ella el elemento idóneo para reorganizar todas las funciones de la administración teniendo como su estrecha colaboradora a la contadora Concepción Hernández. A partir de entonces el hospital entró en una fase de reordenación en lo referente a sus recursos físicos y contables, lo cual dió por resultado una mayor solvencia económica al hospital y un mejor aprovechamiento de sus recursos físicos y de personal médico. Con ello el doctor Villarelo pudo disponer de su tiempo para atender los asuntos de su estricta competencia médica y los demás subdirectores de otras áreas, dedicarse optimamente a sus respectivos ámbitos.

En esas fechas el doctor Villarelo hizo también la reposición del instrumental quirúrgico, incluyendo algunas piezas de traumatología y ortopedia de modelo muy anterior. Y ya que hablo de trauma y ortopedia, he de mencionar aquí que por esos días había dejado de ejercer tanto en el Hospital como en su consulta privada un médico traumatólogo muy famoso por su personalidad tan pintoresca y su carácter tan simpático. Muchos lectores ya habrán pensado que me refiero al doctor Carlos Cárdenas Valdés, el conocidísimo *Rayito* de la medicina, de la tauromaquia, de la charrería y de todos los demás ambientes y círculos de amigos que hay en Saltillo y sus alrededores. ¡Cómo no hacer en éste libro mención especial del Rayito, amigo antier y

ayer, ahora y siempre, de todos los doctores que han ejercido en el Hospital Universitario de Saltillo y en todos los demás Hospitales de la ciudad.

### ¡VISTALO DE CHARRO, QUE YO LO CURE!

Cuando llegué al cuarto vestidor de cirujanos del hospital, ví un sombrero cordobés colgado en la percha cercana a mi gaveta. Esa prenda era señal inequívoca de que en esos momentos estaba operando su dueño, un personaje que por su carácter jovial, dicharachero y simpático ha llegado a ser toda una celebridad querida en nuestro medio, donde todos le conocen por su típica característica de salpicar su charla amena con vocablos altisonantes, que usados en boca de otro parecerían imprecaciones, pero en la de él son como la salsa que hace más sabroso el platillo de su conversación.

Pues bien, viendo el tal sombrero que él usa desparramando elegancia, vinieron a mi memoria muchos sucesos anecdóticos que tuvieron por protagonista a éste médico. Y así, complaciendo aquel divertido curso de recuerdos graciosos, me dio por evocarlos empezando por el sucedido aquel día en que le dijeron, antes de que entrara a operar, que había llegado una nueva Madre Superiora a la comunidad de religiosas que atienden los servicios de enfermería de hospital. Muy respetuoso ante esa circunstancia, el doctor se propuso no pronunciar palabra alguna de las tan acostumbradas en su hablar. Circunspecto, saludó con modales muy gentiles a las enfermeras y monjitas, quienes notarían lo extraño de su conducta, pues una de ellas dijo a otra en voz queda: -Qué raro que no ha dicho ninguna palabra descompuesta el doctor; parece que viene enfermo.

Transcurrió toda la operación en esa santa paz de labia contenida, pero en el momento de poner el enyesado, cuando su asistente le ofreció el balde con agua para humedecer las vendas, el cirujano metió sus manos en ella quemándose las al no imaginarse que estaba casi hirviendo. -¡Hiiiija de toda su #%&(\* +!l%& ^\*!)-se le salió exclamar muy espontáneamente. Las madres se vieron entre sí como repuestas de una preocupación y una de ellas, poniendo beatíficamente sus ojos en el techo del quirófano, dijo: -¡Gracias a Dios, ya se alivió el doctor! Desde entonces anda entre las buenas religiosas del hospital el dicho de que este colega y amigo mío, es un doctor con boca de diablo pero con manos de ángel.

Con su cara sonrojadamente saludable, ojillos vivarachos de mirar inquieto, y una invariable sonrisa bajo su bigote bien cultivado, *El Rayito* se distingue por la asidua elegancia de su porte. Si vestido de médico o en galano traje charro o en impecable corto andalúz. Un señor de sobrada presencia a quien el Creador dotó de tres preciosos carismas: el de ser médico sapiente en su especialidad, torero colmado de la más entregada afición y charro a carta cabal.

Personaje dueño de fama y rodeado de aprecio, el doctor Carlos Cárdenas es toda una institución en nuestro ámbito. Yo sé porqué: es que además de ser un hombre muy hombre y muy bueno, es también una persona que infunde su señorío a todas sus circunstancias. Caballeroso ante las damas, es festivo e ingenioso si la ocasión se presta; charlista ameno y relator de anécdotas sin término. Dotado de una ágil

capacidad para la ironía, muchos recuerdan la vez en que una señora le llevó al consultorio a su hijito vestido en hábitos religiosos. -Lo vestí de San Martín de Porres porque el santito me hizo el milagro de aliviarle su piernita, doctor-, le dijo en son de explicación. El Rayito no vaciló en replicar: -¡Vístalo de charro, por si yo fui el que se lo curé!

Cómo olvidar la ocasión aquella: operábamos los dos a la misma persona, un charro que había caído de su caballo en un coleadero. Yo, suturándole unas heridas que tenía en la cara; él, aplicándole un clavo intramedular para fijar una fractura del fémur. Y el clavo no entraba en posición correcta una y otra vez, hasta que el Rayito, desesperado, clamó: -¡Virgencita, ilumíname! Una de las enfermeras del quirófano, muy solícita, se puso a acomodar mejor el fanal de luz, y el Rayito, muy parsimonioso, se volvió hacia ella y con toda calma le dijo; -Mira %#\*&¿&, ni tú eres virgencita, ni esa es la clase de luz que necesito.

En otra ocasión, estando incapacitado por unos malestares indeterminados, fue consultado en México por un médico calificador de incapacidades de esos que tienen por sistema exprimir al máximo el rendimiento de quienes laboran para el Seguro Social. -Para diagnosticarlo, usted necesita someterse a una intervención exploradora del tórax. -No me siento tan grave como para eso, señor -repuso el doctor. -Pues entonces vuelva usted a su lugar de adscripción y póngase a trabajar. -No me siento tan sano como para eso, señor -adujo astutamente.

Nuestros mutuos afanes e intereses en la medicina y en la tauromaquia nos identificaron en una amistad que tengo por muy preciada. Junto a él, como médicos de plaza que fuimos ambos durante más de quince años, he presenciado muchas incidencias en los ruedos, desde la faz dolorida del cornado, hasta el rostro sonriente del triunfador dando la vuelta al ruedo. Operamos una vez a un novillero ya muy próximo a recibir su alternativa. En su segundo toro el burel lo había prendido produciéndole una herida en la parte posterior del muslo. El día que lo dimos de alta del Hospital Universitario, nos dijo ya puesto de pie y dando sus primeros pasos que muy agradecido y todas esas cosas. Y añadió: -Lo único que siento de todo esto es que no me hayan tomado una fotografía de la operación. Esta es mi primer cornada. Y el Rayito, muy serio, lo encaró reponiéndole: -¡Al carajo las fotografías! Los toreros se hacen en las plazas, no en las fotitos. ¡Andele, póngase a torear otra vez, hijo de la %#\*&%#&!

Cuánto me ha ilustrado el Rayito en eso de la fiesta de los toros, en medicina y en literatura. En días de corrida, en noches de larga bohemia. Y así como le ví fluirle su pasión por tirarse al ruedo y echar unos capotazos en la ganadería de Corlomé, he admirado también su vívida afición por la poesía en la que, declamando con pose de consumado actor, recorre el panorama de las letras citando con asombrosa memoria poemas que suben hasta Lope de Vega y García Lorca sin dejar de incluir un jocoso repertorio de composiciones populares que hacen destornillarse de risa a quien se las escucha.

Sabe el Rayito ejercer la medicina con la dilatada prudencia que la práctica larga confiere. Un día sufrió un charro una caída de caballo. Había, según se dictaminó,



luxación de una vértebra cervical. Llamado a consulta, Carlos aconsejó un manejo conservador sin intervenir por los riesgos que la operación implicaba. -Pues si es necesario opérela, doctor -solicitó la esposa del lesionado argumentando-: que al cabo Dios es muy grande. -Pues no se crea que el diablo es tan chiquito, señora -le espetó el doctor convincentemente.

He dejado de referirme intencionalmente a esa otra vocación inmensa que le corre por las venas a este señalado personaje: la charrería, fiesta nacional de la cual él es decano y fundador en Saltillo y lleva varias décadas haciendo escuela en ella, una escuela que ha fructificado dando triunfos nacionales a las generaciones que él forjó. Se cumple así lo que él mismo dice: *las lumbres que yo prendo no cualquiera las apaga*. Tantos son sus merecimientos en la charrería que a principio de los años ochenta le fue propuesta la presidencia nacional de la asociación de charros. Para ello tendría que hacer viajes frecuentes a la ciudad de México.

-Quédense con la presidencia. Yo no voy a México ni de Obispo -les dijo a sus colegas charros declinando el ofrecimiento.

No podía faltar en las páginas de mi libro su simpática, imprescindible presencia. Desde aquí, correspondiendo a aquel brindis que una tarde de toros me hiciera el Rayito, yo le digo con voz clamorosa:

¡Siempre te recordaré, amigo querido!

### CONTIGO EN LA DISTANCIA

Sí, cambiaba el Hospital su fisonomía en el personal de los médicos. Unos cuantos doctores de ingreso relativamente reciente dejaron de prestar en él sus servicios y muchos otros se jubilaron por edad o nos pensionamos. ¡Ah, qué duro trance es para un médico verse obligado por alguna circunstancia orgánica a dejar de ejercer en un hospital! A mí me tocó vivir en carne propia esa experiencia nada grata. Tener que separarme del ejercicio hospitalario por razones totalmente ajenas -y muy contrarias- a mi voluntad. Fue a causa de una repentina trombosis de la vena central de la retina en el ojo derecho que hizo urgentemente necesarias varias intervenciones quirúrgicas que me practicó en el propio Hospital Universitario el talentoso oftalmólogo Luis Garza Pérez, con quien tengo una perenne deuda de gratitud, auxiliado por su eficaz colega Héctor Noé Medina.

Ahora era yo el que estaba yacente en la mesa de operaciones donde antes yacían mis pacientes. Ahora el paciente era yo. Ahora era yo quien tenía que recibir las instrucciones del doctor... y seguirlas: -Es mandatorio que ya no te expongas a ambientes contaminados, incluyendo las estancias del hospital. Aquello significaba para mí renunciar a lo más querido de mi práctica médica: a mi vida hospitalaria. Nací a la Medicina en Hospitales. En ellos me formé, en ellos viví las experiencias más gratas, y más ingratas también, de mi ministerio. En Hospitales de México y de los Estados Unidos aprendí y en hospitales de allá y de aquí enseñé. En ellos recibí órdenes y de uno de ellos, de éste cuya historia escribo, fui Director. ¡Cuánta vida tan intensa, tan inolvidable, dejé en los hospitales durante veinticinco años! Ahora me veía



impedido para continuar desempeñando mi actividad tan amada en los quirófanos, en los cuartos de urgencias, en las salas de consulta, junto a la cabecera de mis enfermos...

Creo que lo mismo pasó por esas fechas con otros compañeros que por parecidas razones a las mías hubieron de retirarse del Hospital, que es como abandonar nuestra propia casa, sus gentes, sus habitaciones, sus sonidos y sus olores, su ambiente a veces de silencio, a veces de llanto patético que irrumpe desgarradoramente quebrando la quietud en todos los ámbitos. Dejarlo todo, vaya. Y así, un buen día de 1989, -un mal día, mejor dicho-, tras veintitres años de continua actividad en el Hospital Universitario de Saltillo, desalojé mi gabinete del cuarto vestidor de médicos y salí del edificio. Iba llorando por dentro.

De ese Hospital continué escribiendo su Historia porque lo conozco y lo quiero como a un amigo muy íntimo que llevo en el corazón.

### **AMAME... O DEJAME...**

En esas circunstancias de trabajos y de renovaciones estaba el Hospital cuando he aquí que repentinamente apareció una noticia de grandes titulares en los periódicos:

*El Hospital Universitario de Saltillo pasara al Estado*

*La Secretaría de Salud absorberá el Hospital*

*La Universidad no puede seguir financiando al Hospital Universitario*

y cosas por el estilo. Las notas de los reporteros, con variaciones de más o de menos, daban noticias cuyo común denominador era simple y llanamente que se estaba contemplando la posibilidad pronta de desincorporar de la Universidad al Hospital Universitario, esgrimiendo razones económicas tales como la dispersión de su presupuesto para el pesado sostenimiento de sus nóminas y de su funcionamiento en general.

Los rumores de que el Hospital Universitario pasaría al Estado no eran nada nuevo. Basta un somero recuerdo para memorar que ya antes se había esgrimido esa posibilidad e inclusive había sido un argumento usado estratégicamente para contener algunos movimientos sindicales adversos. Hubo incluso una época, allá por finales de los años setentas, en los que se pensó en la conveniencia de que el Hospital fuese manejado por un patronato de saltillenses pertenecientes a la iniciativa privada. Y me consta que hubo pláticas muy en serio a ese respecto, que culminaron en la negativa de los señores empresarios al descartar definitivamente la idea por la presencia dentro del Hospital de los sindicatos tan conflictivos. Después volvían de nuevo las palabrerías de una supuesta separación del Hospital en los corrillos de afanadoras y de enfermeras, y de doctores. Sin embargo no había pasado nunca nada y los rumores quedaban en eso, en rumores.

Pero ahora parecía que las cosas iban en serio. No era un guerra de papel en los periódicos ni una estrategia política de nada. Era que efectivamente, la Universidad había determinado estudiar la factibilidad de hacer algo por evitar una derrama de recursos que salían de las arcas de su tesorería para mantener un centro asistencial, cuestión que, -declaraba el señor Rector-, no entra dentro de la competencia de la

Universidad, sino en la del Estado. Y empezaron a verse dentro y fuera del Hospital personas identificadas con la Universidad y con algunas dependencias estatales haciendo mediciones, tomando fotografías y levantando inventarios. El personal estaba inquieto porque aquellas circunstancias tomaban visos de una separación inminente. Ya se había hecho incluso una relación de antigüedad de cada elemento del personal en todos sus sectores y los periódicos hablaban en términos de que serían liquidados mediante indemnización proporcional, y que luego la Secretaría de Salud estaría en libertad de recontratar a quienes estimara conveniente. Había desasosiego, sí, y más cuando se difundió una noticia surgida yo no sé de donde: que en la primera visita a la entidad del doctor Kumate, Secretario de Salud, se llevaría a efecto el paso definitivo del Hospital al Sector Salud. En esas noticias, como siempre suele suceder, había diversidad de declaraciones involucrando al propio Rector, al doctor Raymundo Verduzco, Secretario de Salud en el Estado, al director Villarelo y a los líderes sindicales del Hospital. Qué hubo en todo eso de verdad y de rumor falso es cosa que yo no sé, el caso es que otro día, así como había aparecido la tormenta, volvió a salir el sol con otra noticia emanada de la Rectoría: el Hospital Universitario seguiría dentro de la Universidad, mas con un condicionante muy lógico: si el hospital iba a seguir perteneciendo a la Universidad, habría de ser convertido definitivamente en un verdadero Hospital Universitario en toda la extensión de la palabra. Y la extensión total de la palabra implicaba ante todo incrementar sus funciones de investigación y de enseñanza.

Sí, se trataba de darle un nuevo rostro al Hospital Universitario. Diríase comparativamente, de hacerle una cirugía de reconstrucción radical en todos sus esquemas de funcionamiento. Fue entonces que la Rectoría, tomando la decisión de iniciar el cambio total, optó por acordar con el doctor Villarelo un primer cambio: el de la propia Dirección. Aquella sustitución se estaba dando por la única razón de que quería iniciarse la nueva etapa promoviendo la renovación desde las más altas instancias. Y así como había llegado el doctor Villarelo a la Dirección, con la frente en alto y su nombre muy digno, salió de ella un día 26 de junio de 1990 con su nombre muy digno y la frente en alto.

## **CAPITULO IX**

---

### **FINAL QUE MAS BIEN ES UN PRINCIPIO**

#### **AYER NACIENDO EN EL, HOY DIRIGIENDO EN EL**

Estoy plenamente seguro de que cuando se escriba la historia de la Odontología en Saltillo, el doctor Juan Talamás va a ocupar un lugar muy prominente en sus páginas más brillantes. No solo porque él es un odontólogo experto y sabio, sino porque su natural y espontánea bonhomía hacen que sea muy querido por todos los que le conocen. Y muy conocido que es el doctor Juan Talamás, decano de los odontólogos saltillenses a quienes él ve como a sus hijos y anda siempre procurándoles cursos para que estén actualizados y hasta sacándolos de apuros en sus dificultades personales.

Tiene el doctor Talamás una peculiaridad que yo le admiro como una cualidad: su risa. Cuando el doctor Talamás se ríe tan sabrosamente, tan sanamente, tan a sus anchas, es imposible no reírse uno también. Me parece que él es la única persona en todo el mundo que con su carcajeante risa ha interrumpido una función de teatro. Yo asistí a la escenificación de una comedia en el Teatro de la Ciudad, y cuando en el transcurso de la obra uno de los actores dijo una ocurrencia que causó gracia al auditorio, al doctor Juanito le provocó una de sus características carcajadas interminables. Y mientras más reía él, más reía también el público, contagiado de tan buen humor. Fue entonces que Ortíz de Pinedo, también riéndose sin poder evitarlo, dijo al público desde el escenario en medio de aquellas risotadas singulares de Juanito: -Vamos a esperar a que el señor acabe de reírse. Ojalá hubiera otras risas iguales en la república, pero solo aquí la hemos encontrado. Gracias por su buen humor, señor. Es el mejor aplauso que hemos oído nunca.

Pero... ¿A qué viene todo esto? Todo esto viene al caso porque el doctor Talamás, aunque nunca ejerció en el Hospital tiene mucho que ver con él, según se verá.

Es el miércoles 14 de agosto de 1957. En torno a la sala de Obstetricia del Hospital Civil de Saltillo anda inquieto el doctor Juan Talamás. Es que su esposa Julieta Dieck estaba siendo atendida en esos momentos por el doctor Kerim, su primo, y esperaba que algún enviado del médico llegara de un momento a otro para avisarle cómo iban las cosas en aquel nacimiento que ya era inminente. Nada de peculiar tendría ese nacimiento para ésta historia si no fuera porque el niño que recién estaba naciendo ese día llegaría a ser con el tiempo Director del hospital en que nació. Hablo del doctor Miguel Talamás Dieck, nominado para ocupar el máximo cargo en ese nosocomio por el Rector de la Universidad don Remigio Valdés Gámez el día 27 de junio de 1990.

El doctor Miguel Talamás, inició sus funciones como Director teniendo ante sí un compromiso muy grande que desde aquel primer día se le estaba imponiendo como



reto muy dificultoso. Aquellos estudios que se habían hecho para ver la factibilidad de separar al Hospital de la Universidad habían dado por conclusión, como antes dije, una decisión condicionada: el hospital seguiría incorporado a la Universidad siempre y cuando demostrara que era capaz de solventar exitosamente dos instancias: la primera, era de índole administrativa: generar recursos económicos en cantidad suficiente para bastarse a sí mismo en sus gastos de operación. La segunda era de ingerencia estrictamente académica pero igual de tajante: convertir al Hospital en un verdadero centro de educación médica, en un real Hospital Universitario.

¿Quiere esto decir que antes no lo fuera? No. Desde que el Hospital fue absorbido por la Universidad dejó de ser un mero centro asistencial civil empezando a servir como centro de adiestramiento práctico a los pasantes de la Escuela de Medicina de la Universidad. Había, sí, un Departamento de Enseñanza fundado a raíz de su nuevo perfil de dependencia universitaria, pero ha de reconocerse que esos niveles de educación eran impartidos en la etapa de pregrado, y que el resto de las actividades académicas se daban en forma difusa, esporádica y sin una programación definida. Era Universitario el Hospital en cuanto a que en él hacían su año de internado, previo a su graduación los pasantes de la Escuela de Medicina, pero nada más. Ahora se trataba de lograr imponerle un carácter realmente docente, convertirlo en sitio de cátedra médica, de enseñanzas magistrales. De involucrarlo en la educación médica a nivel tanto de pregrado como de postgrado adecuándolo a las necesidades de formación y actualización de los profesionistas de la medicina en la práctica general y en las disciplinas especializadas.

### **EN LA ALTA CUMBRE DE SUS TRES MISIONES**

Para ello era menester hacer del Hospital una nueva versión -muy nueva, demasiado nueva- de centro asistencial dotándole integralmente y de manera formal de la triple función que debe tener un verdadero hospital universitario: ser centro de asistencia, de enseñanza en las ciencias de la salud y de investigación bio-médica.

Hablar de programas de educación de postgrado en un hospital son palabras mayores. No es algo tan a la ligera como decir que se van a tener tantas o cuantas conferencias o tales y cuales simposiums. Implica un programa de enseñanza continua formulado de acuerdo a objetivos específicos, que se han de lograr en el educando a manos de médicos especializados de alto nivel médico y académico en sus respectivas ramas, para hacer de sus participantes especialistas muy bien preparados y muy competentes. Por todo esto digo que era un verdadero reto la tarea que tenía ante sí el doctor Talamás, por cierto el médico que a más temprana edad ha llegado a ser Director en el Hospital.

Tener un sistema de formación de médicos especialistas por medio de programas formales de Residencias es anhelo y culminación de todo Hospital que se precie de ser Universitario. Y en el Hospital Universitario de Saltillo se iniciaron tales programas con el apoyo decidido del diligente subdirector Médico, doctor Jorge Gutiérrez y de los Coordinadores de Enseñanza doctor David Adame Barajas en el nivel de Pregrado



y Doctor Benjamín Valdés en el de Postgrado. *-La actividad del Hospital en cuanto a la enseñanza -me indicó el doctor Talamás en una de nuestras entrevistas, es, junto con la misión asistencial, la función prioritaria de nuestro Hospital. -Y continúa diciendo-: Esa actividad académica se inició con la formación de residentes en cinco especialidades: Medicina Interna, Cirugía, Gineco-obstetricia, Pediatría y Anestesiología.*

Cinco residencias en las principales especialidades del ejercicio médico. Esto ya de por sí renovaba el rostro del Hospital, dándole pleno cumplimiento y justificación a su apellido de Universitario. Ya sólo faltaba por ultimar un requisito: el que necesariamente debe tener una Residencia en cuanto a ser reconocida oficialmente desde el punto de vista académico por una institución educativa que confiera validez a dichos estudios. El requisito fue cubierto estableciéndose una vinculación lectiva con la Facultad de Medicina Unidad Saltillo. *-Nótese entre paréntesis que la anterior Escuela estaba ahora ya elevada al rango de Facultad al impartirse en ella cátedras de mayor grado que el título profesional que confiere-*.

Y ya que estamos en los temas de academias y cuestiones educativas, hay otra faceta que se ha complementado en el Hospital para el análisis de los principales problemas que suele presentarse en la práctica hospitalaria: la institución de los Comités de Estudio de Morbi-mortalidad, Infecciones Nosocomiales, Mortalidad Materno-Infantil, y la creación de la Clínica de Tumores y la de Labio Leporino y Paladar Hendido, cada cual con su Coordinador y supervisados todos ellos por el doctor Hugo R. Castellanos. Tal y como Dios manda en todo hospital que se precie de estar adecuado a la actualización de los avances de la ciencia médica y su ejercicio hospitalario.

Pero el doctor Talamás fue más lejos aún, al crear la División de Estudios de Postgrado en el Hospital destinado a servir de elemento supervisor de la enseñanza de médicos internos, residentes y de la planta, así como de coordinar a los maestros titulares estableciendo un Cuerpo de Docencia y de Investigación estrechamente vinculado con la Facultad. El más reciente logro, muy significativo y de basto alcance, es el convenio académico que recientemente se ha establecido con el mundialmente famoso Hospital Metodista de Houston, Texas, allí donde los doctores Michel DeBakey y Denton Cooley, innovaron mundialmente la cirugía cardiovascular. Con dicho acuerdo mutuo se consiguió que los médicos especialistas del Hospital Universitario de Saltillo asistan a programas de actualización en procedimientos de diagnóstico y tratamiento impartidos en aquel Centro Médico famoso internacionalmente.

Ahora el Hospital, además de ser un Hospital-Escuela, es también casa que recibe con generoso albergue a todas las sociedades médicas de la ciudad para que en sus instalaciones académicas efectúen sus reuniones científicas. Con todo esto, bien se ve el radiante rostro nuevo del nuevo Hospital Universitario de Saltillo *Dr. Gonzalo Valdés Valdés*

Muchos otros logros se han derivado del *Programa de Acción Institucional* implantado por el doctor Talamás desde el inicio de su encomienda al frente del Hospital hasta los días en que estoy escribiendo esta reseña. Este programa está

enfocado a lograr modificaciones de forma y de fondo en la estructura, la organización y el funcionamiento del Hospital, para cuya realización fue sometido al visto bueno del señor Rector quien dio pleno consentimiento y apoyo con el fin de que se comenzase a partir del día 1 de marzo de 1991. Entre los logros que mencionaba, destaca, además de los programas de las residencias en especialidades, la habilitación de un novedoso organigrama que, traducido a personas y a funciones, ha redundado en una optimización de los trabajos propios a cada departamento, notoriamente en el área de la subdirección Médica, Administración y Departamento de Personal.

Pero sobre todo esto hay un aspecto que a mí me parece una grande hazaña por lo que significa de beneficio para el tratamiento de los pacientes: el haber logrado que el hospital tuviera siempre, día y noche, las 24 horas de los siete días de la semana, médicos en servicio disponibles para la atención inmediata e ininterrumpida de los enfermos en cada una de las especialidades mayores, que constituyen los servicios básicos de un hospital teniéndose la presencia física de su respectivo especialista. Claro está que para hacer posible esto hubo de aumentarse las horas de trabajo en gran manera, cuestión ésta que fue ampliamente secundada por el Tesorero de la Universidad, Lic. Francisco Javier Duarte Villegas, hombre muy inteligente y ducho en cuestiones financieras.

Por esas fechas de los inicios de 1991 fueron adquiridos nuevos instrumentos para diagnóstico y tratamiento, entre ellos un aparato de Rayos X portátil, una unidad electro-quirúrgica, dos ventiladores Ma. 2 + 2, un ventilador Baby Beart y todo un arsenal de nuevo equipo quirúrgico para neuro-cirugía y cirugía vascular.

Actualmente el Hospital cuenta con un total de 144 camas atendidas por 80 médicos que cubren todas las especialidades y una buena parte de las sub-especialidades más modernas, incluyendo un convenio con el *Centro de Imágen Diagnóstica* para efectuar en él procedimientos de Tomografía Axial Computarizada a los pacientes del Hospital que lo requieran.

## COLOFON

Tal es el Hospital en los días en que ésta Historia está por ver la luz pública. Así de intenso en sus funciones, así de magnánimo en su misión primigenia de tratar a los enfermos y de enseñar a los médicos para que desempeñen con el óptimo de su talento y de su experiencia la hermosa encomienda que Dios puso en sus manos convocándoles al ejercicio del noble Ministerio de la Medicina.

La última página de los libros tiene resonancia de que allí acaba ya todo lo que se empezó en la página uno. Eso no es así en el caso de un libro como éste, pues La Historia del Hospital Universitario de Saltillo no termina aquí... Nuestra Historia continúa porque es una trama entretejida por vidas humanas, que siguen viviendo y construyendo la historia después de la última fecha y del último ser humano mencionado en éstos párrafos. Porque después de todos los acontecimientos que he narrado como parte de la vida del Hospital, y de todos los personajes que en esa vida han figurado seguirán más sucesos y más personas dándole nuevos perfiles a éste noble



IMAGEN ACTUAL DEL HOSPITAL UNIVERSITARIO DE SALTILLO.





y muy digno Centro Asistencial. Por el momento no podemos adelantarnos al futuro. Y en el presente que Dios nos está concediendo vivir, memoramos ya con nostalgia, ya con melancolía, todo ese tiempo, ya ido, que ha quedado plasmado aquí, plasmado en la historia, en un pasado de días de trabajos y entusiasmos, de conquistas y de luchas infatigables.

La Historia del Hospital Universitario no es, como se ha visto, la historia simplona de una edificación. La han hecho las gentes que en él depositan día tras noche su entrega personal, la han escrito los enfermos que a él acuden. Ahora hemos llegado al final de éstas páginas tan plenas de emocionante palpitar de vida, de regusto, de humorismo ante la memoria de las anécdotas o de una cierta tristeza ante los aconteceres dolorosos que también tuvieron su lugar en estos párrafos.

Ahora hemos llegado al final de un camino en el que encontramos la huella del pasar de gentes muy ilustres, desde aquellos pioneros que concibieron y construyeron el Hospital, hasta que el doctor Miguel Angel Talamás Dieck, quien ahora que ocupa la Dirección -la Dirección lo ocupa a él, mejor dicho- puso sus ojos en una placa conmemorativa que está a la entrada del Hospital donde él nació.

*Inaugurado el 20 de noviembre de 1951...*

E infiriendo que no era como pasarse por alto un cumpleaños de cuarenta aniversarios, puso sus intenciones todas en la iniciativa de publicar para esa memorable fecha la *HISTORIA DEL HOSPITAL UNIVERSITARIO DR. GONZALO VALDES VALDES* poniendo en mis manos la encomienda de investigarla y de escribirla y confiándola a la Universidad para que en ella se editara.

Y aquí está ahora éste libro que, gracias a las benéficas gestiones del doctor Talamás Dieck y de sus colaboradores, pudo ser producido desde sus comienzos hasta éste capítulo último, aunque no final porque como decía, la vida nos continúa.

Pues que le continúe también su larga, fructífera y fecunda vida al Hospital Universitario de Saltillo, cumpliendo con su enaltecida misión de atender en sus generosos ámbitos a pobres y a ricos, a ancianos y niños, hombres y mujeres, a todo ser humano por igual, que Dios no hace distinciones en sus creaturas.

En cuanto al Hospital mismo, a su edificio, a sus estancias y sus ámbitos, a sus áreas de tratamiento y de internamiento, dadas todas ellas a la vida por la vida misma de quienes en él laboran, estemos todos gozosos y muy satisfechos de que ahora que cumple sus cuarenta años de existencia resuenen en todos sus contornos, dentro y fuera de su ser de Hospital, unas palabras excelsas que vienen traspasando los tiempos y el espacio desde el celaje azul más allá de las nubes:

*Seas bienaventurado para siempre. Porque estuve enfermo y tú me diste alojamiento; mitigaste mi dolor y sanaste mis heridas.*

FIN

El primer punto de partida es el análisis de la situación actual de la educación en el país, considerando los aspectos económicos, sociales y culturales que influyen en el proceso educativo. Este análisis debe ser integral y abarcar tanto el nivel nacional como el regional, así como el ámbito institucional y el individual.

En segundo lugar, es necesario definir los objetivos y metas que se pretenden alcanzar con el plan educativo. Estos deben ser claros, medibles y alcanzables, y estar alineados con la visión y misión de la institución educativa. Asimismo, es importante establecer un marco teórico y metodológico que sustente el plan.

El tercer punto es la elaboración del contenido del plan, que debe ser pertinente y actualizado, considerando las necesidades y demandas de la sociedad y del sector educativo. Esto implica la selección de los contenidos curriculares, la definición de los niveles de aprendizaje y la elección de los métodos y recursos educativos más adecuados.

Además, es fundamental diseñar un sistema de evaluación que permita medir el grado de cumplimiento de los objetivos y metas establecidas. Esto requiere la definición de indicadores de desempeño y la implementación de instrumentos de evaluación adecuados. Asimismo, es necesario establecer un mecanismo de seguimiento y control que permita detectar y corregir los problemas que puedan surgir durante la implementación del plan.

Finalmente, es esencial garantizar la participación activa de todos los actores involucrados en el proceso educativo, tanto a nivel institucional como individual. Esto implica fomentar la colaboración y el trabajo en equipo, así como promover la transparencia y la rendición de cuentas. Asimismo, es importante establecer canales de comunicación efectivos que permitan escuchar las opiniones y sugerencias de los interesados.

En conclusión, la elaboración de un plan educativo requiere un proceso sistemático y participativo que considere todos los aspectos relevantes del proceso educativo. Solo así se podrá garantizar la calidad y pertinencia de la educación, contribuyendo al desarrollo integral de la sociedad y del individuo.

Este documento constituye un primer acercamiento a la elaboración de un plan educativo, y se espera que sirva como guía para quienes estén interesados en este tema. Asimismo, se invita a la reflexión y al debate sobre los aspectos aquí mencionados, con el fin de enriquecer el proceso de elaboración del plan.

**FUENTES DE DOCUMENTACION CONSULTADAS  
PARA INTEGRAR LA HISTORIA DEL HOSPITAL  
UNIVERSITARIO DE SALTILLO DR. GONZALO  
VALDES VALDES**

AVILES FALCO, CARLOS, Dr. *Colección particular de documentos, periódicos y fotografías.*

CUELLAR, PABLO M. ING. *HISTORIA DE LA CIUDAD DE SALTILLO*, Editorial Libros de México, S.A. México, D.F. 1975.

FUENTES AGUIRRE, JORGE Dr. *HISTORIA DE LA MEDICINA EN SALTILLO*. Obra en Preparación.

FUENTES AGUIRRE, JORGE, Dr. *COLECCION DE COLUMNAS EDITORIALES VIERNES CON JORGE FUENTES*, Periódico *Vanguardia*.

LAIN ENTRALGO, PEDRO. *HISTORIA UNIVERSAL DE LA MEDICINA*. Salvat Editores, 1974 tomos 1,3,6 y 7.

RODRIGUEZ HERNANDEZ JESUS, C.P. *Informe de actividades en el período de noviembre 1985 a septiembre 1987*.

SAENZ HERRERA ENRIQUE Dr. Documentos de archivo particular. Comunicación personal.

TALAMAS DIECK, MIGUEL ANGEL, Dr. *Comunicado de acciones de la presente Gestión Directiva*. Julio de 1991.

VILLARELLO DOMINGUEZ, ILDEFONSO, Dr. *Informe de actividades realizadas por la Dirección durante el período 1988-1990*. Comunicación personal.

ARCHIVO DEL HOSPITAL UNIVERSITARIO DE SALTILLO DR. GONZALO VALDES VALDES. Actas y Documentos de Relación con la Universidad Autónoma de Coahuila. Informe Anual de Directores 1984-1987.

CATALOGO DEL ARCHIVO MUNICIPAL DE SALTILLO, Tomos 8 y 9.

HEMEROTECA DE LOS PERIODICOS *VANGUARDIA*, *EL SOL DEL NORTE*, *EL HERALDO DE SALTILLO*, Y *EL INDEPENDIENTE*. Colección particular del autor.

PERIODICO OFICIAL DEL CONGRESO DEL ESTADO DE COAHUILA. Julio 12 de 1975.

RUENTES DE DOCUMENTACION CONSULTADAS  
PARA INTERAR LA HISTORIA DEL HOSPITAL  
UNIVERSITARIO DE SALTILO DR. GONZALO  
SALTILO, COAHUILA

AVILES FALCO FARIAS H. (1987). *El Hospital de Saltillo: un siglo de historia*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

CELISAR TABLO M. (1987). *Historia del Hospital de Saltillo*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

FUENTES AGUIRRE JORGE. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

FUENTES AGUIRRE JORGE. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

LAZARUSO RODRIGUEZ J. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

RODRIGUEZ MORALES J. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

SABAN HERNANDEZ J. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

TAMAYO DE LA CRUZ J. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

VILLAREJO DOMESTICO J. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

ARCHIVO DEL HOSPITAL UNIVERSITARIO DE SALTILO DR. GONZALO SALTILLO, COAHUILA. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

EL HERALDO DE COAHUILA. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.

PERIODOICO DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA EN SALTILO, COAHUILA. (1987). *Historia de la Medicina en Saltillo, Coahuila*. Saltillo, Coahuila: Editorial Iberoamericana.



---

## **CUADRO DE DIRECTORES**

DR. GUILLERMO DE HOYOS CHAPA. Noviembre 20, 1950 a noviembre 29 de 1951.

DR. GONZALO VALDES VALDES. Diciembre 1, 1951 a noviembre 30 de 1957.

DR. CARLOS AVILES FALCO. Diciembre 1, 1957 a noviembre 30 de 1963.

DR. JESUS FERNANDEZ AGUIRRE. Diciembre 1 de 1963 a noviembre 30 de 1969.

DR. FELIPE CALDERON MIRELES. Diciembre 1 de 1969 a abril 15, 1976.

DR. FORTUNATO RODRIGUEZ CASTAÑEDA. Abril 16 de 1976 a diciembre 14, 1976.

DR. JORGE ARTURO FUENTES AGUIRRE. Diciembre 15 de 1976 a agosto 16 de 1978.

DR. ARNOLDO VILLARREAL ZERTUCHE. Agosto 17 de 1978 a octubre 13 de 1982.

DR. ENRIQUE SAENZ HERRERA. Octubre 14 de 1982 a noviembre 5 de 1985.

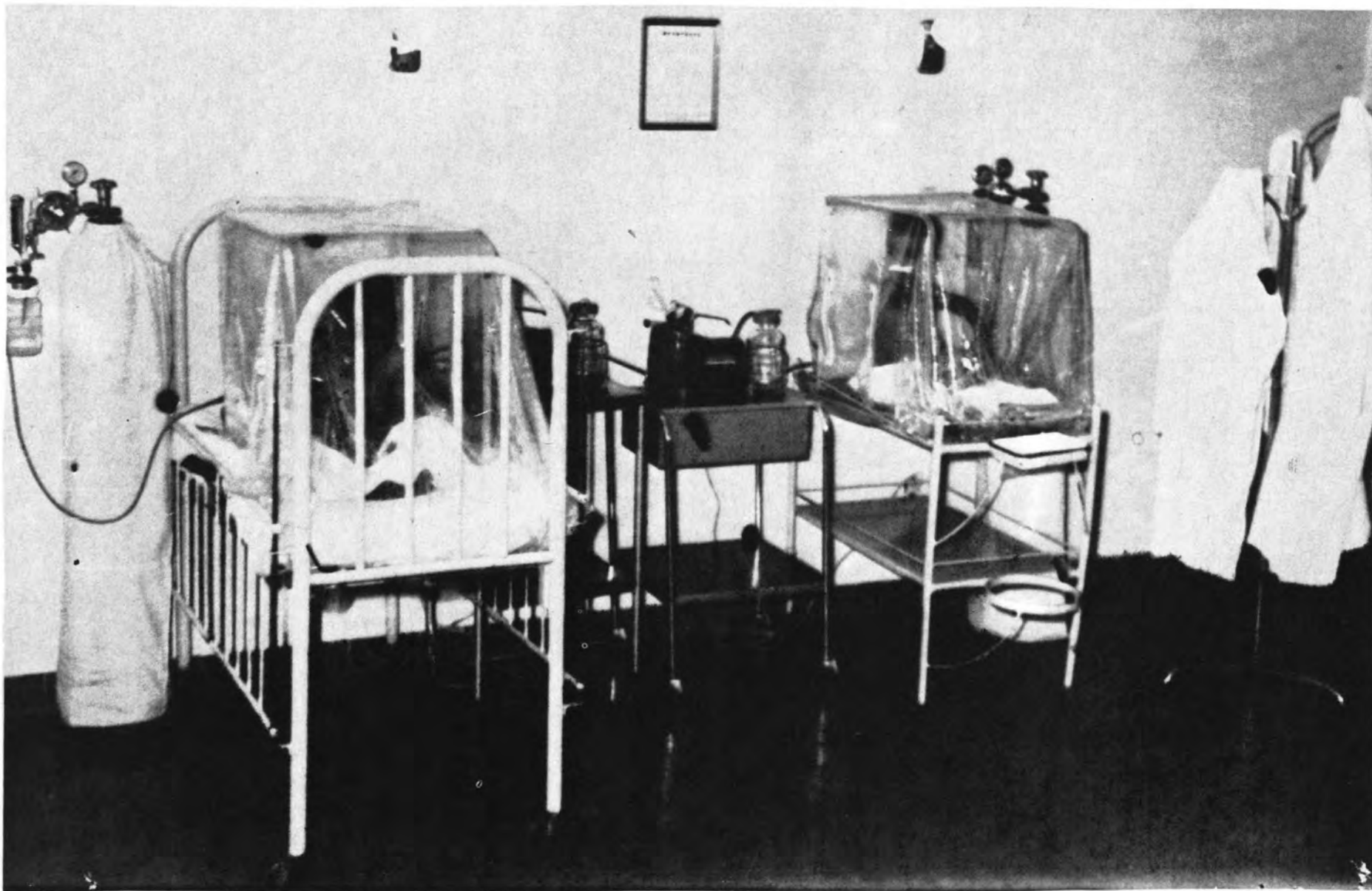
C.P. JESUS RODRIGUEZ HERNANDEZ. Noviembre 6 de 1985 a febrero 18 de 1988.

DR. ILDEFONSO VILLARELLO DOMINGUEZ. Febrero 19 de 1988 a junio 26 de 1990.

DR. MIGUEL ANGEL TALAMAS DIECK. Desde junio 27 de 1990.

## CUADRO DE DIRECTORES

DR. GUILLEMO DE PRADO	1950 a noviembre 29 de 1951
DR. GONZALO VALDES VALLI	1951 a noviembre 30 de 1957
DR. CARLOS VILLER	1957 a noviembre 30 de 1963
DR. JESUS HERNANDEZ AGUIRRE	1963 a noviembre 30 de 1969
DR. FELIPE CALDERON MORALES	1969 a abril 15 de 1976
DR. FORTUNATO RODRIGUEZ	1976 a diciembre 14 de 1978
DR. JORGE ARIAS ROBERTO	1978 a agosto 16 de 1978
DR. ARNOLDO VILLAR	1978 a octubre 13 de 1982
DR. ENRIQUE RIVERA	1982 a noviembre 5 de 1985
DR. JESUS RODRIGUEZ HERNANDEZ	1985 a febrero 18 de 1988
DR. HERIBERTO VILLAR	1988 a junio 30 de 1991
DR. MIGUEL ANGEL TALAUE	1991 a agosto 1 de 1991



**MODERNO EQUIPO** de tratamiento pediátrico instalado por el Dr. Carlos Avilés en la inauguración del Hospital Civil de Saltillo.







**AQUI SE OBSERVA a la primera paciente tratada en el Depto. de Rehabilitación del Hospital Civil de Saltillo, por secuelas de poliomielititis.**





**EL PERSONAL DE ENFERMERIA** acondiciona la sala de Pediatría en los días inmediatamente anteriores a su funcionamiento definitivo.





## INDICE

<i>Proemio</i>	5
<i>Prólogo</i>	7
<i>Presentación</i>	9
<i>Capítulo I. Los orígenes</i>	11
<i>¡Y pensar que nació porque había guerra!</i>	11
<i>Aquella medicina del Saltillo de entonces</i>	12
<i>Primera piedra, realidad primera</i>	13
<i>Paso a paso... piso a piso</i>	15
<i>Y aquel noviembre se abrió la flor de un sueño</i>	16
<i>He aquí un cortejo de pioneros ilustres</i>	18
<i>Capítulo II. En los inicios de una noble misión</i>	21
<i>Y pondré en ustedes un espíritu nuevo</i>	21
<i>Llega a dirigirlo quien ayer lo gestó</i>	23
<i>Los especialistas de aquel entonces</i>	25
<i>¿Y usted qué sabe hacer, doctor?</i>	26
<i>La monja que se aparece en el hospital</i>	28
<i>Capítulo III. La llegada de los tiempos nuevos</i>	31
<i>Me voy a morir a las diez, hijo...</i>	31
<i>La muerte viaja por tren al hospital</i>	34
<i>Toga y birrete de universitario</i>	36
<i>Inicia con fortuna Fortunato</i>	37
<i>Nuevos horarios, protestas nuevas</i>	39
<i>¡Les quedan cinco minutos... o quemamos!</i>	40
<i>Capítulo IV. De la apasionada entrega... a la apasionada intriga</i>	43
<i>¡Los pacientes no son cacerolas!</i>	43
<i>Un pacto para reconstruir el hospital</i>	45
<i>El corte quirúrgico de un listón inaugural</i>	47
<i>Estalla una infamante guerra de papel</i>	49
<i>¡Pongan de director al jardinero!</i>	51

<i>Capítulo V. Tiempos de paz... tiempos de calma</i>	53
<i>De toses a toses... de perros a perros</i>	53
<i>El hospital adquiere un nuevo rostro</i>	56
<i>Capítulo VI. Y les dare un corazón de carne...</i>	59
<i>El doctor Avilés, profeta en su tierra</i>	59
<i>De lo administrativo al humanitarismo</i>	61
<i>Relámpago en un celaje despejado</i>	63
<i>Capítulo VII. En los albores del tiempo actual</i>	65
<i>Las cuentas claras... y el hospital espeso</i>	65
<i>Unos angeles llamados enfermeras</i>	66
<i>Números en la vida del hospital</i>	66
<i>Nuestro existir es flama expuesta al viento</i>	67
<i>Capítulo VIII. Nuevo rector sabio, rector prudente</i>	71
<i>Y se hablaba de tú con Pitágoras...</i>	71
<i>Quien siembra con trabajo cosecha con júbilo</i>	72
<i>¡Vístalo de charro, que yo lo curé!</i>	74
<i>Contigo en la distancia</i>	76
<i>Amame... o déjame</i>	77
<i>Capítulo IX. Final que más bien es un principio</i>	79
<i>Ayer naciendo en él... Hoy dirigiendo en él</i>	79
<i>En la alta cumbre de sus tres misiones</i>	80
<i>Colofón</i>	82
<i>Fuentes de Documentación</i>	85
<i>Cuadro de directores</i>	87

---

# UNIVERSIDAD AUTONOMA DE COAHUILA

---

## DIRECTORIO

**M.C. Remigio Valdés Gámez**

Rector

**Lic. Raúl Amador Sifuentes**

Secretario General

**Lic. Ernesto Barrera Fuentes**

Oficial Mayor

**Lic. Francisco J. Duarte Villegas**

Tesorero General

**Lic. Armando J. Guerra Guerra**

Coordinador General de Extensión

Universitaria y Difusión Cultural

**Dr. Miguel Angel Talamás Dieck**

Director del Hospital Universitario Saltillo



*El presente libro se terminó de imprimir el 15 de noviembre de 1991. La captura estuvo a cargo de Claudia Cruz, el diseño tipográfico y el cuidado de la edición de Américo Fernández de la Coordinación General de Extensión Universitaria y Difusión Cultural. Tiro: 1,000 ejemplares*

Impresión: "Prensas Universitarias", U A de C  
Saltillo, Coahuila.





**UNIVERSIDAD  
AUTONOMA  
DE COAHUILA**

---